

# LA PROMESA DE NO OLVIDARTE



Bilografía Isla skye 2



Yolanda Revuelta

«Bilología: Isla Skye»

*La promesa de  
no olvidarte*

(Volumen II)



*Yolanda Revuelta*

## Bilología Isla Skye

«La sombra de una mentira»  
«La promesa de no olvidarte»

Copyright © 2018 Yolanda Revuelta  
Diseño de portada: Migarumo  
Corrección: Violeta Triviño  
violetamtcorreccion@gmail.com  
Maquetación: Valerie Miller  
valeriemillerscribe@gmail.com

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de la obra, solo podrá realizarse con la autorización expresa de los titulares del copyright.

All Rights reserved

1ª Edición Marzo 2018

*Para mi gente, amigos y familiares  
que fueron mi brazo derecho durante  
cinco semanas.  
Gracias.*

*Yolanda Revuelta*

*He sido un hombre afortunado  
en la vida; nada me fue fácil.*

*Sigmund Freud.*

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[Agradecimientos:](#)

[Yolanda Revuelta](#)

[Otros títulos de la autora:](#)

## CAPÍTULO 1

Connor, con ayuda de su endoscopio, escuchó los lentos y frágiles latidos de su paciente. Su tez cetrina, su respiración casi apagada, arrítmica y débil dejaban claro su diagnóstico: no le quedaba mucho tiempo de vida. El infarto que había padecido tan solo unos días atrás, había diezmado el órgano vital y la muerte acechaba, estaba cada vez más cerca.

«Casi inminente», pensó mientras guardaba el endoscopio en su maletín de piel y luego arrojaba a la enferma para que no se enfriase.

Ellen Campbell se había negado a ser ingresada en un hospital y su familia, a pesar de estar totalmente en desacuerdo, al igual que él, habían respetado su última decisión.

Uno debía elegir cómo vivir y cómo morir.

Esa era una cuestión. La otra, pensando de forma egoísta, era peor: ¿Cómo se lo iba a decir a Kate?

Debía ser sincero y obrar como médico de familia. Kate merecía saber la verdad, aunque le doliese.

Se preguntó qué diría Sloan al respecto, pero su amigo estaba lejos, demasiado lejos para comentarle algo así. Además, estaba de lo más ocupado viviendo su propia historia de amor con Madison.

No, no podía empañar un momento así. Sloan y Madison necesitaban su propio espacio de paz y tranquilidad, no tardarían en estar de vuelta, pero mientras tanto, él debía hacerse cargo de la situación.

Cerró el maletín y, antes de salir de la habitación, su mirada recayó de nuevo en la moribunda.

Ellen Campbell se moría, le quedaban pocas horas y nadie podía hacer nada para remediarlo. Algunos rezarían y otros

llorarían, él pensó que Kate sería de los últimos y lo lamentó, porque ella no necesitaba más sobresaltos ni disgustos.

Con cierto pesar dejó la habitación, cerró la puerta tras de sí, y se dispuso a buscar a Ian, el marido de la enferma, él era el primero al que debía comunicar lo que estaba a punto de suceder.

\*\*\*

El día, como era de esperar, se tornó gris y ventoso. El invierno parecía querer ganar su última batalla a una primavera que había entrado casi a hurtadillas en la isla. El plumizo cielo auguraba lluvia y solo las plegarias del padre Mills parecían retrasar lo inevitable.

El féretro ya descansaba en suelo santo. Ellen había muerto serena, y al parecer, en paz consigo misma.

—Yo soy la resurrección, y la vida, dice el Señor: el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá; y todo aquel que vive, y cree en mí no morirá eternamente...

Las palabras del reverendo se escucharon entre un silencio doloroso y abrumador, solo roto por el rugido del mar. Connor levantó su mirada del suelo y sus ojos, casi sin pretenderlo, buscaron a Kate entre los asistentes.

No había sido fácil notificarle la muerte de su madre, pero aún más difícil había sido no poder abrazarla y darle consuelo. Elliot y Matt se encontraban a su lado, cabizbajos y algo confusos por tantos cambios, por tanto dolor. Kate los protegía, dejando descansar el peso de sus manos abiertas sobre los respectivos hombros de sus hijos.

«Demasiadas pérdidas en poco tiempo, demasiado dolor que digerir», pensó Connor.

—De Jesucristo, nuestro único Mediador y Abogado. Amén.

Con las últimas palabras del padre Mills se dio por

concluido el acto religioso. El sacerdote se santiguó mientras las primeras gotas de lluvia comenzaban a hacer acto de presencia. Algunos de los presentes empezaron a desligarse del resto por varios puntos del cementerio; solo un grácil y pródigo rayo de sol encontró un resquicio entre las densas y cenicientas nubes. Connor se percató del pequeño fenómeno y no pudo evitar decir en voz queda:

—Hasta siempre, Ellen.

En ese mismo instante, alguien tiró de su americana y Connor no tuvo más remedio que prestar atención al zarandeo de la tela. Sonrió al ver al hijo mayor de Kate, que estaba de pie a su lado.

—¿Qué tal, Elliot? —le saludó.

El niño se encogió de hombros y a continuación, sus labios se levantaron más por un lado que por otro de la boca.

Connor, como respuesta, le revolvió el pelo con la mano.

—¿Podemos ir mañana a tu casa? Hace mucho que no vamos —se quejó.

Connor frunció los labios.

—¿Tu madre está conforme?

—Supongo que sí.

—¿Solo lo supones?

Elliot lo miró con expresión compungida.

—Hablaré con tu madre, ¿de acuerdo?

El niño asintió despacio, no muy convencido.

—Está triste.

Connor atrajo a Elliot hacia él.

—Es lógico. Todos lo estamos.

—¡Elliot, nos vamos!

La voz de Kate se dejó oír por el silencioso cementerio.

Tanto Connor como el niño miraron en dirección a ella.

Estaba preciosa, a pesar de que sus ojos estaban irritados e hinchados por las lágrimas. Vestía de negro riguroso y Connor pensó que su aspecto parecía más endeble que la última vez que se habían visto.

Kate hizo un ademán con la mano. A su lado se encontraban su padre, su hermana Rosemary y Matt que lo

observaba con los ojos muy abiertos, como si deseara que la incursión de su hermano hubiese sido todo un éxito.

—Debes obedecer a tu madre, ve con ella.

—Pero...—comenzó a protestar el niño.

—No la hagas enfadar —le aconsejó.

Elliot, cabizbajo y arrastrando los pies, se alejó muy a su pesar de Connor. El niño anduvo un par de pasos y, sin previo aviso, le dio una patada a una piedra con la punta de su zapato. Por el movimiento parabólico que alcanzó el guijarro, Connor supo que la frustración de Elliot era considerable. Matt debió imaginarse el resultado de la conversación porque en ese mismo instante, su mirada se perdió en el suelo.

Él lo vio marchar y su corazón se agrietó un poco más. Debería haber mantenido las distancias, se lo había reprochado miles de veces a lo largo de estos últimos días, por nada del mundo debería haber besado a Kate aquella tarde, en su casa, pero ya era tarde para las lamentaciones. El daño estaba hecho y las consecuencias de su error, las estaban pagando también los niños. Algo imperdonable por su parte.

Los vio marchar y tuvo que hacer un esfuerzo para no echar a correr tras ellos. Debía ser sincero consigo mismo y aceptar las consecuencias:

Lo había intentado y había perdido.

## CAPÍTULO 2

—Muchacho, tienes peor aspecto que yo, y eso ya es decir.

Connor ignoró el comentario y se centró en escuchar el potente latido de Graham a través del endoscopio.

—Tu corazón es como un roble, fuerte y potente.

Graham sonrió de oreja a oreja.

—Los escoceses morimos en el campo de batalla, no en la cama.

Connor sonrió, pero no comentó nada al respecto, rodeó al paciente y colocó de nuevo el endoscopio en la espalda, a la altura de donde se encontraban los pulmones.

—Haz una respiración profunda.

Graham obedeció.

—Otra.

—¿Todo bien? —preguntó Graham una vez expulsado el aire.

—Perfecto. No queda rastro de esa tos que te ha dado tanto la lata.

Graham se levantó de la camilla y se dispuso a ponerse la camisa.

—No sé que habría hecho sin ti.

—Hubieses buscado otro médico—comentó sin más a la vez que se alejaba de su paciente.

Los labios de Graham se curvaron ligeramente.

—Tú eres el mejor médico que conozco.

Esta vez fue el turno de Connor en sonreír.

—Te agradezco la confianza, pero tú no conoces a demasiados médicos para afirmar algo así. Tienes una salud de

hierro.

El orgullo se reflejó en los ojos de Graham.

—Ha sido un exceso de trabajo, el cansancio y el no poder dormir —comentó abrochándose la camisa—. Si no llega a ser por ti y por Kate, hubiese desfallecido sobre la barra.

—Y Alison —afirmó Connor.

—Sí. He de reconocerlo, esa muchacha parece que no se cansa nunca. Siempre es de gran ayuda.

Connor se sentó tras la mesa y tecleó algo en el ordenador. Él y Kate habían estado echando una mano en el pub durante la ausencia de Sloan y Scott. Al principio todo había resultado más sencillo, sin embargo tras haberse atrevido a besar a Kate, las cosas se habían complicado hasta el punto que su relación de amistad se había deteriorado, algo que nunca se podría perdonar. Había sido un estúpido elevado a la enésima potencia.

—No hay nada que agradecer. ¿Scott ya ha regresado? —preguntó intentando así ahuyentar sus propios pensamientos.

Graham se metió los faldones de la camisa por el pantalón antes de responder.

—El chico regresó ayer por la tarde. Sloan y Madison se quedarán un par de semanas más en Georgetown.

Connor asintió sin dejar de mirar la pantalla de su ordenador. A Sloan le había costado, pero al final había decidido ir tras Madison, una artista estadounidense que había hecho tambalear los cimientos de la tranquila y sosegada vida de su amigo de la infancia.

Al recordar las semanas anteriores esbozó una tenue sonrisa.

—Scott debe regresar a sus estudios, si quiere sacar el curso con nota —continuó Graham—, viene encantado con la experiencia y con ganas de volver a repetir. Se quedará en mi casa y así nos haremos compañía mutuamente durante un tiempo, creo que nos va a venir bien. He de decir que yo estoy encantado con la decisión, un viejo gruñón y cascarrabias como yo siente que la soledad es endiabladamente mezquina cuando se lo propone.

Connor dejó de teclear y se reclinó en su sillón, juntó las

palmas de las manos y dijo:

—Me parece un acuerdo perfecto. Scott es un chico inteligente, llegará lejos.

—Me recuerda mucho a ti.

—¿A mí? —preguntó Connor sorprendido.

—Sí, a ti. —Graham se sentó en una silla, frente a aquel hombre que había visto nacer, crecer y madurar y al que tantas veces había regañado a lo largo de su infancia y adolescencia. Sloan, Tom y Connor siempre estaban metidos en problemas, pero la mayoría de las veces salían airoso de las consecuencias. Le recordaban un poco a los tres mosqueteros. Sonrió para sí mismo. A veces la vida era un misterio—. Sloan es más tranquilo, no necesita conocer mundo para ser feliz —expuso con aire ausente—. Este viaje ha sido para recuperar a Madison, la verdad es que no lo pensó mucho —sonrió de nuevo y cabeceó—, volverá, pero Scott, con el tiempo, volará lejos y tardaremos en verle de nuevo el pelo. Solo espero que la salud me acompañe para verlo triunfar en la vida.

—Con tu salud, llegarás a conocer a tus bisnietos, no te preocupes. —Connor se adelantó y apoyó los codos en la mesa. Estaba más agotado de lo que quería reconocer, se pasó las palmas de las manos por el rostro y pensó que dormir al menos dos días seguidos, no le vendría nada mal.

—Y, ahora ¿me vas a contar qué es eso que no te deja dormir?

Connor pensó que el diablo sabía más por viejo que por diablo.

—¿Una mujer? —instó Graham.

Connor decidió sincerarse. Después de todo, Graham era como un padre para él y lo más importante, algo que solo se aprendía tras una barra y muchos años de experiencia: sabía escuchar y guardar un secreto.

—Kate.

El anciano silbó con fuerza.

—¿Se puede saber lo que pasa con las McAllen?

—Kate es Campbell —aclaró.

—Eso le gustaría a ella, pero tiene más de McAllen que

de Campbell. Creo que Ian estaría de acuerdo conmigo.

—Graham, no hace falta que te diga...

Connor no terminó la frase.

—Tu secreto está a salvo conmigo, muchacho, pero permíteme decirte que Kate no está pasando por su mejor momento, no te va a ser fácil conquistarla.

—No lo voy a hacer.

—¿Cómo? —preguntó extrañado Graham—. ¿Te rindes antes de haberlo intentando?

Connor no pudo más que reprimir una sonrisa ante aquellas palabras. Decidió omitir el detalle de que la había besado.

—Créeme, lo he intentado.

—Y, ¿te ha rechazado?

—Como tú bien has dicho, Kate no está pasando por un buen momento, así que es mejor dejar las cosas como están.

Graham le devolvió una mirada llena de compasión.

—Déjame decirte que un escocés...

—No se rinde jamás. —Connor terminó la frase por él.

—Exacto —exclamó Graham con tono de orgullo en la voz.

Connor apretó los labios hasta formar una línea muy fina.

—No me rindo —aclaró—, simplemente me dejo llevar por las circunstancias.

—Discrepo.

—De no hacerlo, me desilusionarías. — La expresión de Connor se relajó—. Tengo que continuar con la consulta, solo espero que hagas caso a todos mis consejos.

Graham podía ver que aquel hombre que había visto crecer no estaba pasando por sus mejores momentos, y de alguna manera, se autoconfió a sí mismo para echarle una mano. Sloan no estaba, Moira, su hermana, seguía en España, y los padres de Connor habían muerto. El muchacho estaba solo en ese mismo instante, para él era como un hijo y por encima de todo deseaba que fuera feliz.

—Seguiré tus consejos, siempre que tú sigas los míos.

Connor arañó el suelo con las patas de la silla cuando se

levantó.

—Yo soy el médico, ¿recuerdas? —inquirió Connor con cierta ironía.

Graham desoyó la pregunta.

—Kate es una mujer excepcional, no dejes de luchar por ella. Me encantaría veros juntos. Como pareja, quiero decir.

Connor asintió sin demasiada seguridad en sí mismo.

El anciano se abrochó el abrigo antes de dirigirse a la puerta.

—¿Seguirás mi consejo?

—Lo intentaré.

—Con eso es suficiente —se despidió Graham mientras abría la puerta y desaparecía tras ella.

Connor desanduvo sus pasos y volvió a sentarse. Gracias a Dios, era un día tranquilo, no había demasiados pacientes en la sala de espera. Era curioso cómo se había corrido la voz, eran muchos los que llegaban de otras islas y de otros pueblos para ser atendidos por él; seguramente había mejores profesionales, pero él creía saber a qué se debía su inesperado éxito. Le gustaba escuchar a sus pacientes, tomarse su tiempo mientras le comentaban el porqué de su dolencia física. Si algo había aprendido a lo largo de su vida profesional era que no todas las enfermedades eran producto de los virus o bacterias. La tristeza, el no saber asumir los errores o la misma negación también pasaban facturas al cuerpo, todo ese desequilibrio traía consecuencias, tarde o temprano.

A él le gustaba escuchar con cierta dosis de paciencia, luego preguntaba y sacaba sus propias conclusiones. La verdad es que no solía fallar en el diagnóstico.

Con un dedo, presionó una tecla del ordenador. Acababa de llegar un e-mail de Sloan. Una lenta sonrisa se dibujó en sus labios y se dispuso a leerlo.

Al terminar de leer exclamó en voz alta:

—Bien por ti, amigo.

\*\*\*

—Por el amor de Dios, Kate, ¿quieres centrarte? A este paso se te caerá el agua hirviendo sobre los pies.

Kate respiró hondo antes de dejar el hervidor de agua sobre la encimera. Rosemary tenía razón, estaba despistada, cansada de tanto dolor, de que las cosas no salieran bien. Primero Tom, su marido, y ahora su madre. Tenía la impresión de que había alguien ahí arriba que no quería que fuese feliz, y para colmo de males estaba el beso de Connor. Le había cogido desprevenida, sin embargo cuando sintió los cálidos y sugerentes labios de él sobre los suyos, ¿qué hizo ella? No se apartó sino que le devolvió el beso para saciarse de aquel sabor inesperado y sensual que la paralizó desde los pies a la cabeza.

—Deberías tener más cuidado.

El áspero tono de su hermana hizo que se distanciase de la jarra caliente. Estaban en la cocina donde ambas habían crecido, Rosemary le había pedido quedar allí y ella no había podido negarse. Su padre casi no había salido del taller desde el funeral de su madre y de eso hacía ya dos días. Kate imaginó que su hermana querría hablar de ese tema en particular.

Algo la llevó a pensar de nuevo en Connor. Él seguía en su mente, cada hora, cada minuto desde aquel instante en que ella tuvo el valor de apartarse de aquellos brazos fuertes y musculosos que le rodeaban la cintura. No le hacía falta cerrar los ojos para recordar la expresión de Connor cuando ella le miró aterrorizada, como si hubiese cometido el delito más atroz del mundo. Había sido injusta con ambos, no había aclarado la situación, hizo lo que le dictó la conciencia, y en ese mismo instante decidió que huir de Connor y de aquel abrasador beso era la salida más digna. Ahora la distancia entre ambos parecía más insalvable que nunca.

—Tengo entendido que has comenzado a trabajar en casa de Connor.

Ella, al escuchar el nombre del hombre que ocupaba sus pensamientos en voz alta, sintió un escalofrío que le recorrió toda la espalda. Habían llegado a un acuerdo verbal poco antes de que Sloan se hubiese ido a buscar a Madison. No se arrepentía de su decisión, a ella le gustaba limpiar, era algo que le distraía y ese trabajo le daba un sueldo extra, sin embargo la tensión que existía

entre ellos tras aquel inesperado beso, tarde o temprano pasaría factura a su amistad y eso era algo que lamentaba profundamente.

—Sí. Necesitaba a alguien que limpiase su casa y la consulta, me pareció buena idea y acepté.

Kate se fijó en el gesto desaprobatorio de su hermana.

—La gente comenzará a murmurar.

«Al igual que haces tú con todo hijo de vecino» pensó ella, pero, como de costumbre, no se atrevió a expresarlo en voz alta.

—La gente tiene demasiados problemas, no se deberían meter en asuntos ajenos. —Su mente la llevó hasta Madison y su tía Fiona. De esas habladurías surgían las especulaciones y los malos cotilleos que dañaban a las buenas personas, mientras que los culpables solían salir indemnes—. Además necesito el dinero.

Rosemary esbozó una sonrisa desdeñosa.

—No tienes por qué trabajar para Connor, Harry y yo podríamos...

Kate no la dejó terminar la frase.

—No necesito caridad, sino un trabajo que dé de comer a mis hijos. —Su voz sonó cortante y se arrepintió en el acto. Ya estaban sufriendo bastante con los últimos acontecimientos, por el bien de ambas necesitan enterrar el hacha de guerra.

—Mamá dejó su puesto de trabajo en el pub para que lo ocupases tú.

Solo las palabras de su hermana podían sonar tan hirientes, pero decidió controlar su ira. Después de todo, el trabajo en el pub la había salvado de la miseria. Tras la muerte de Tom, lo único que le había quedado eran facturas por pagar. Pensó en la última carta que había llegado del banco y se estremeció.

—Y sigo en el pub, a Graham y Sloan no les importa en absoluto, es más fueron ellos quienes me sugirieron que aceptara el trabajo que me ofrecía Connor.

—Kate, yo solo digo que...

—Sé lo que intentas, Rosemary y te lo agradezco, pero déjame recordarte que es mi vida, no la tuya.

«Maldita sea, contrólate». Esa frase se coló en los

engranajes de sus pensamientos como una advertencia.

—Repercutirá en la familia —contraatacó su hermana en un tono hosco—, pero claro, a ti eso no te importa, ¿verdad?

Kate optó por guardar silencio.

Rosemary se sintió agredida ante el hermetismo de su hermana.

—¿Sabes algo de Madison? —inquirió con una voz teñida de rabia al comprobar que su hermana no entraba a sus puyas, un terreno donde estaba segura que siempre podía ganar a Kate.

—No es de tu incumbencia, Rosemary, y deja de hacerme preguntas como si tuviera la edad de mis hijos.

El tono de voz empleado por Kate dio por concluido el interrogatorio.

Rosemary, viéndose vencida, soltó el aliento de golpe y no tuvo otra opción que cambiar de tema.

—¿Has pensado qué vamos a hacer con las cosas de mamá?

Kate volvió al presente tensa, se humedeció los labios y pensó una respuesta práctica y corta.

—No, aún no.

—Bien, ¿qué tienes en mente? —preguntó una impaciente Rosemary.

—Ya te he dicho que no lo sé. —Kate levantó una de las tazas y se la llevó a los labios. El té aún estaba caliente, pero esa mejor abrasarse la lengua que seguir con aquella agotadora conversación. Miró a través del cristal de la ventana y observó a sus hijos, que en ese instante estaban jugando fuera. A simple vista parecían felices, y así es como debía ser. Volvió su atención a su hermana, su mirada acusadora e impaciente estaba clavada en ella—. Ya te lo he dicho —repitió—, no lo sé, se puede donar a la parroquia, si te parece bien.

—Supuse que dirías eso.

Kate pidió paciencia y clemencia al mismo tiempo. Podría llegar a cometer un fratricidio de un momento a otro.

Si Rosemary era insoportable ya de por sí, la reciente e inesperada muerte de su madre parecía haberla desubicado por completo.

—Y, según tú, ¿qué deberíamos hacer?

Su hermana cogió su taza de té con aire pensativo.

—Supongo que lo mejor es donar sus cosas.

Kate apoyó la cadera en el borde de la encimera y observó a su hermana detenidamente.

—Rosemary, ¿por qué tengo la impresión de que escondes algo? ¿Quieres ser sincera al menos una vez en tu vida?

La susodicha se llevó la taza a los labios, sin tan siquiera mirar a Kate.

—Es posible que haya algo —comentó.

—¿Y bien? —inquirió Kate.

La conversación se interrumpió cuando Elliot lanzó un aullido al aire que traspasó todas las barreras de la casa. A Kate se le paró el corazón cuando vio a su hijo primogénito sobre un muro de piedra con los brazos extendidos, emulando las alas de un avión. Con gesto raudo abrió la ventana.

—Elliot, bájate ahora mismo de ahí —ordenó.

Su hijo, vacilante, miró hacia la dirección de donde provenía la orden. En ese instante, como si el destino viese una oportunidad caída del cielo, Elliot resbaló, lo que hizo que el niño perdiese el equilibrio y volara por los aires hasta aterrizar en el suelo.

El audible y feroz grito de Kate se escuchó con firmeza.

Salió de forma apresurada de la cocina, ni tan siquiera la importó tropezar con su hermana, simplemente pensaba en su niño. Se precipitó fuera de la casa sin resuello:

«Por favor, qué esté bien» rogó a ese ser supremo que parecía haberla abandonado.

Cuando llegó hasta sus hijos, Elliot seguía tumbado boca abajo sobre la hierba. Su rostro contrito y sucio de tierra era el reflejo del dolor.

—Cariño, ¿estás bien? —preguntó ya de rodillas, a su lado.

—Me duele —aulló el niño—. Me duele mucho —Su protesta se convirtió de inmediato en llanto.

Kate observó el brazo derecho del niño, no había rastro de sangre, lo que era buena señal, sin embargo, el ángulo que

mostraba el miembro no era del todo natural. Lo supo casi de inmediato: Elliot se había fracturado el brazo en la caída. La inminente inflamación era una buena muestra de ello. Levantó la mirada hacia Matt, el pequeño tenía los ojos como platos, como si quisiera asimilar lo sucedido pero no pudiese. Contemplaba a su madre asustado, sin saber muy bien lo que había que hacer.

—¿Elliot está bien? —inquirió una dramática Rosemary cuando llegó hasta ellos.

Kate ignoró la pregunta, ahora no necesitaba a su hermana fuera de sí, ni acusaciones fuera de lugar.

—¿Podrías traer paños fríos o hielo, por favor?

Cuando Rosemary se percató que la orden iba dirigida a ella, dio un pequeño salto, como si en ese preciso momento saliese de su propio estupor.

—Sí. Ahora mismo voy.

Kate respiró con alivio cuando la vio alejarse en dirección a la casa.

—Matt, cielo... —Kate intentó mostrarse lo más serena posible, aunque tenía la impresión que el corazón se le iba a salir del pecho— corre, ve a buscar a Connor.

No hizo repetirlo dos veces, el pequeño se giró sin que su madre terminase la frase. Sus piernas parecían volar sobre la verde pradera.

—No te muevas, cariño —advirtió Kate a su hijo—, creo que te has roto el brazo.

Elliot se limpió el rastro de lágrimas con la mano que aún tenía ilesa, lo que hizo que su rostro se ensuciara aún más, y a continuación, su mirada recayó en la extremidad dañada. Lo intentó mover, como si quisiera cerciorarse de que su madre estaba en lo cierto.

—No, no lo muevas. Vamos a esperar las indicaciones de Connor.

El niño obedeció en el acto, pero más a causa del dolor que de la advertencia de su madre.

—¿De verdad me lo he roto?

Kate no pudo evitar esbozar una sonrisa al ver el brillo de interés que nació en la mirada de su hijo.

—Creo que sí, pero no estoy segura al cien por cien.

Elliot observó su brazo durante unos segundos que a ella se le hicieron interminables, no tenía muy claro cuál iba a ser la reacción de su hijo si se confirmaba su diagnóstico.

—¿Me va a quedar alguna cicatriz? —preguntó el niño, siendo consciente de que si era así podría presumir de la herida y ser el centro de atención de los adultos, al menos un tiempo.

Kate no sabía si reír o llorar ante la pueril pregunta. No le iba a quedar ningún tipo de cicatriz, casi estaba segura de ello, aunque la zona comenzaba a inflamarse a una velocidad vertiginosa y ahora tenía un hematoma del tamaño de una moneda que crecía a pasos agigantados por la fina y pálida piel de su hijo.

No pudo evitar acercarse y besar a Elliot en el pelo, al igual que tampoco pudo evitar abrazarlo con cuidado de no hacerle daño. Pensó en la respuesta que más ilusión le haría a su primogénito:

—Tengo la impresión de que va a ser una cicatriz bastante visible.

Elliot dejó de gimotear en el acto y sonrió de oreja a oreja ante la preciada respuesta.

## CAPÍTULO 3

Connor se armó de paciencia y volvió a repetir cada una de las palabras que había pronunciado en los últimos diez minutos.

—Murray, no deberías automedicarte —comentó mientras leía de nuevo el historial de su paciente.

El hombre sentado en una de las sillas de la consulta observaba a Connor con cierto escepticismo.

—No es una pastilla propiamente dicha —se quejó titubeando unos segundos antes de seguir hablando—. Como te he dicho bebo esa infusión antes de ir a la cama, y he de confesar que me hace sentir más relajado y duermo como un bebé, cosa que no hacía en años. —Se inclinó hacia adelante, apoyó los codos sobre la mesa y miró directamente a Connor—. La planta me la ofreció una de las hermanas Crane —dijo casi en un susurro—, a ella le viene genial para su reuma, al principio era un poco escéptico, sin embargo, todas mis dudas se disiparon al cabo de unos días, no me queda otro remedio que darle la razón.

El hombre parecía casi consternado de tener que dar el parabién a una Crane.

Connor levantó la mirada del informe médico, de haber podido se hubiese echado a reír, sin embargo comenzó a fruncir poco a poco el entrecejo hasta que su frente se arrugó por completo.

—Y, ¿se puede saber qué tipo de planta es?

Murray se echó para atrás y pegó la espalda contra el respaldo de la silla.

—La verdad, no lo sé a ciencia cierta, pero me ha parecido oportuno que tú lo supieras.

Connor se pasó la mano por la cara antes de preguntar:

—¿Al menos sabrás que aspecto tiene?

—Bueno me la enseñó en el jardín. —Miró al suelo fijamente, como si de repente allí estuviese la planta, levantó la mirada pensativo y prosiguió—, pero ellas lo suelen vender en bolsas transparentes de plástico.

—¿En bolsas transparentes de plástico, dices? —inquirió un Connor totalmente desconcertado.

Murray asintió enérgicamente con la cabeza.

—Isobel —dijo, haciendo referencia a uno de los últimos comentarios de las hermanas Crane— la cultiva en su jardín, pasado un tiempo seca las hojas en el desván de la casa y cuando están listas, las trocea y hace infusión con ellas. No hay más misterio.

—Ya. —Connor chasqueó la lengua—. Y dime, Murray, ¿tú sabes el aspecto que tiene la planta?

—Sí, claro.

Connor clamó al cielo para no perder la poca paciencia que le quedaba.

—¿Y bien?

El aludido dejó escapar de su boca una exhalación de lo más audible, como si en ese mismo instante hubiese captado la pregunta de su interlocutor.

—Pues... —meditó unos segundos la respuesta— se podría decir que tiene forma de garra, sus hojas son alargadas y estrechas. —Extendió la mano en lo alto y abrió y estiró los dedos todo lo que pudo—. Es una planta muy bonita, si he de serte sincero.

Connor se recostó en su silla y se acarició el lóbulo de la oreja con aire pensativo. «No puede ser posible», pensó. Se acercó a la mesa y tecleó algo en su portátil.

—¿Algo parecido a esto? —preguntó mostrándole la imagen de la pantalla.

—¡Exacto! —exclamó Murray, feliz de que Connor hubiese podido captar su idea con tanta rapidez.

Connor se sintió desfallecer. Las hermanas Crane cultivaban marihuana en su jardín. La cuestión era saber si eran conscientes del delito que estaban llevando a cabo.

Su descubrimiento le llevó a otra pregunta, ¿cuántos vecinos más bebían infusiones de marihuana? La respuesta lo inquietó.

Iba a comentarle a Murray las consecuencias que podía llevar el consumo de dicha planta cuando la puerta se abrió de golpe, tal fue la fuerza de la acción que la propia puerta rebotó con gran estruendo contra la pared. Tanto Connor como Murray no pudieron evitar dar un pequeño brinco en sus respectivos asientos presas del desconcierto.

Matt buscó a Connor con la mirada y cuando lo encontró, el médico parecía haber perdido el color. Intentó gritar que Elliot se había caído, que estaba herido y que lloraba, pero su voz se perdió en el intento.

—¿Qué pasa, Matt? —inquirió Connor dejando su silla y acercándose raudo al niño.

—¿Es mamá?

Si algo le pasaba a Kate, él no podría vivir. Desde que había llegado al pueblo, se percató de que necesitaba a esa mujer más que nunca. Se colocó de cuclillas ante Matt y posó suavemente sus manos sobre los hombros del niño.

El pequeño negó enérgicamente con la cabeza.

El puño que oprimía el corazón de Connor se abrió lo suficiente para que el potente músculo pudiese volver a latir con cierta normalidad.

Los brillantes ojos del niño eran señal de que las lágrimas pugnaban por salir de un momento a otro.

Connor se armó de paciencia.

—Matt, necesito que hables, ¿lo entiendes? —lo zarandó suavemente—. Es preciso que sepa lo que está ocurriendo para que yo pueda ayudar.

El niño abrió la boca, pero no salió sonido alguno, solo un sollozo que a Connor lo atravesó como una flecha disparada a larga distancia.

—Matt, por favor —le rogó—, háblame.

Connor intentó que su tono de voz no diese muestra de su nerviosismo. Acarició el pelo del niño, como si así pudiera tranquilizarlo.

La persona que había enviado a Matt a su consulta debía tener un problema muy serio, todos los vecinos sabían que el hijo pequeño de Kate tenía problemas a la hora de hablar a causa de la prematura y traumática muerte de su padre. Tom, el marido de Kate, se había ahogado mientras pescaba, su embarcación se hundió en las frías y profundas aguas del Océano Atlántico para siempre dejando a una desdichada viuda demasiado joven y dos niños pequeños que no comprendían ni aceptaban la repentina muerte de uno de sus progenitores. El tiempo había pasado y por entonces, Matt parecía ser el único, que a día de hoy, tenía problemas para asumir la inesperada muerte de su padre. Su dolor se había quedado dentro, prisionero de su alma.

—Matt, por favor —repitió de nuevo Connor, intentando no perder la poca paciencia que le quedaba.

El niño abrió la boca, unió los labios y finalmente pronunció en un susurro débil y poco audible:

—Elliot.

Connor se incorporó de inmediato, intentó aplacar los nervios convenciéndose a sí mismo de que Elliot estaba bien, que no sería nada grave, solo un susto. Sin embargo en su fuero interno, habitaba el médico, su otro yo que no era tan condescendiente. Cogió el maletín que siempre tenía preparado para posibles emergencias y se dispuso a salir de la consulta, cuando se percató de que aún tenía a un paciente esperando.

—Esta conversación no ha terminado, Murray, queda pendiente. Tú y yo tenemos que hablar seriamente.

El hombre, testigo mudo y algo aturdido por la escena que acababa de presenciar, se limitó a asentir afirmativamente con la cabeza, pero ni Connor ni Matt se percataron de ello.

\*\*\*

—¿Te duele mucho?

Elliot estaba encantado con su nueva férula como para responder de forma inmediata.

—Elliot, Connor te está hablando, responde, por favor.

El niño, ante la llamada de advertencia de su madre, dejó

de admirar su brazo para centrar su atención en los dos adultos que se encontraban a su lado. Su madre ya no era la mujer que él había conocido cuando su padre aún se encontraba con ellos, su sonrisa había desaparecido como por arte de magia, su palidez era el reflejo de que trabajaba demasiadas horas al día y la tristeza que habitaba en ella no pasaba desapercibida para nadie, ya ni tan siquiera para sus propios hijos.

—No me duele —fue la entusiasta y rápida respuesta del niño, no deseaba preocupar más a su madre así que optó por una enorme sonrisa en vez de las lágrimas—. ¿Cómo sabes que me he roto el brazo?

—Soy médico, ¿recuerdas?

El niño asintió convencido y Connor no pudo más que henchirse de orgullo. La fe que depositaba el hijo de Kate en él, era absoluta. Estaba seguro que a Elliot le dolía el brazo, sin embargo desde que había llegado a la consulta, su llanto había cesado dando pie a una amplia y poco convencional sonrisa.

Connor se percató de que Elliot intentaba por todos los medios que su madre se preocupase lo justo y necesario, eso era más que evidente. Era un niño muy maduro para su edad y él, ante la actitud de su pequeño paciente, no tuvo más remedio que admitir que aquel mocoso que soñaba algún día con ser aviador, le había conquistado el corazón.

—El ángulo de tu brazo indicaba que había una fractura, pero para tu información es una fractura limpia y no hay que intervenir. Eso es una gran ventaja —aclaró—, he fijado el radio de nuevo y a partir de ahora, solo hay que esperar a que el hueso se recupere.

—¿Eso lo has visto en esa máquina?

—No es un aparato cualquiera —explicó Connor—. Es un equipo de rayos x digital y portátil.

—Nunca había visto nada igual.

El tono de voz empleado por Elliot confirmaba sus palabras.

—Bueno, eso está muy bien, eso significa que tu salud es de hierro y no has necesitado nunca que tu médico te hiciese una radiografía.

El niño asintió con una enorme sonrisa en los labios. Estaba claro que a Elliot le fascinaba la tecnología.

Connor limpió el resto de yeso que se había quedado sobre la encimera de su cocina antes de continuar:

—Esta férula no va a ser la definitiva. Habrá que esperar unos días para que baje la inflamación, después sí tendrás tu preciada escayola y podrás pintar y escribir en ella.

—¡Wow! Mis amigos van a flipar.

En el rostro de Connor se dibujó una sonrisa de complacencia al ver que al niño se le salían los ojos de las órbitas. Todos los presentes, inclusive Matt, imitaron al médico, y sonrieron ante el exaltado comentario de Elliot.

—Debes tener cuidado de no mojar el vendaje cuando te duches, y por nada del mundo —recalcó Connor— introduzcas ningún alambre ni varilla para rascarte, podrías producirte una herida y esta se podría infectar. ¿Has entendido mis indicaciones?

El niño asintió distraído, pero Connor temió que no hubiera escuchado ni uno sola de sus consejos. Elliot observaba su férula con admiración, como si fuese un trofeo caído del cielo.

—¿Podré ser piloto? —inquirió el niño preocupado sin dejar de observar su brazo vendado.

La pregunta del niño robó una sonrisa a Connor.

—Creo que llegarás a ser el mejor piloto de aviones que haya existido jamás.

Elliot le miró con admiración.

—Eso sería estupendo —comentó el niño con ingenuidad.

Connor se alegró de que la caída de Elliot no hubiese sido más grave, después de todo, serían unas semanas de escayola y atención por parte de sus amigos y familiares, a nadie le venía mal un poco de cariño extra. Al menos él se encontraba más tranquilo; cuando Matt había ido en su busca había salido de la consulta como alma que lleva el diablo. Si Matt no le hubiese señalado de forma insistente el coche, hubiese echado a correr sin miramiento, sin tener ni idea de a dónde debía dirigirse.

Ahora el nerviosismo estaba dando paso a una paz controlada, sin embargo, muy pronto, esa fractura sería una anécdota más. No se atrevió a mirar en dirección de Kate, si lo

hiciese, todo su cuerpo le traicionaría. Sabía que tenía una conversación pendiente con ella, pero no tenía ni idea de cómo abordar el tema. Había sido un inepto, se había dejado llevar por sus instintos más primarios y no había medido las consecuencias de sus actos... y ahora tocaba pagar las consecuencias.

«Maldita sea» pensó para sí mismo.

Con ayuda de Connor, Elliot se bajó de la mesa de la cocina.

—Recuerda mis advertencias —insistió.

El niño asintió complacido, pero sin perder de vista ni por un momento su brazo lesionado. Lo levantó un par de veces, como si quisiera verificar que la extremidad respondía bien a sus movimientos.

—Salid un momento fuera, por favor —comentó Kate a sus hijos—, tengo que hablar con Connor. No tardaré, os lo prometo.

Para sorpresa de los adultos, los niños obedecieron sin rechistar.

—Parece ser que esa férula causa un efecto favorable en el comportamiento de Elliot, si no lo veo, no me lo creo —manifestó Kate volviendo toda su atención a Connor—. Muchas gracias.

«Está nervioso», pensó ella al observar los tensos hombros de él y su postura hierática. No tenía ni idea de cómo abordar esa conversación que ambos tenían pendiente. Había mucho en juego, una amistad de muchos años y un amigo al que no deseaba perder.

—Connor, ni siquiera sé por dónde empezar...

—Kate, no es necesario tener esta conversación. Tengo muy claro que mi actitud respecto a ti no fue la más adecuada —Le hubiese gustado hundir sus dedos en los sedosos cabellos de ella, atraerla hacia sí y perderse en sus labios una vez más, saborearla y derribar de una vez por todas ese muro que parecía separarlos, aunque en el fondo sabía que sería imposible. La necesidad de tenerla entre sus brazos lo estaba devorando. Ansiaba borrar esa tristeza que velaba su mirada, sin embargo, se obligó a sí mismo a centrarse. Kate no estaba a su alcance, había

tenido un pequeño momento de debilidad, eso era todo; se había dejado llevar por su instinto más bajo porque ella ese día estaba preciosa, eso era una realidad abrumadora, y en un arrebato, la había besado, algo de lo que ahora mismo se arrepentía—. Te ruego que me perdones, no volverá a suceder.

Connor se alejó de ella lo suficiente como para tomar una larga y profunda bocanada de aire. Tener allí a Kate lo estaba asfixiando, y con esa sensación era con la que tenía que aprender a vivir a partir de ahora. No tenía ni idea de qué hacer con las manos, podría volver a ponerlas bajo el grifo, simular que necesitaba aclarar el resto de yeso existente entre sus dedos, pero por alguna razón, que en ese mismo instante no supo discernir, no lo hizo. Así que optó por introducir las manos en los bolsillos delanteros del pantalón, de esta manera, su necesidad de abrazarla y estrecharla entre sus brazos se disiparían. Al menos eso esperaba.

—Esto no afectará a nuestra amistad, ¿verdad?

Ella titubeó al formular la pregunta y eso a Connor le desesperó, a él le hubiese gustado gritar a los cuatro vientos que por supuesto iba a afectarles, pero se tragó sus palabras. Sacó una de las manos del bolsillo y se la pasó por el pelo, como si necesitase ese contacto consigo mismo.

—Por supuesto que no —respondió decidido y demasiado deprisa para resultar convincente. Mentirse a sí mismo no le iba a reconducir a ninguna parte y él lo sabía, no obstante, no deseaba preocupar más a Kate.

Ella era presa de un sinfín de emociones contradictorias, pero no tenía ni idea de cómo gestionarlas. Ya había tomado la decisión de ir al encuentro de sus hijos, cuando la pregunta que había decidido anidar en su mente desde aquel beso, la asaltó de nuevo.

—¿Por qué lo hiciste?

Nada más formularla, se arrepintió.

Connor la observó y se afanó por buscar una respuesta adecuada a aquella pregunta, pero no la halló.

Un silencio tenso quedó suspendido en el aire, cambió el peso de un pie a otro y se resignó ante la evidencia.

—Supongo que siempre he estado enamorado de ti —

confesó con el corazón en un puño. Había llegado el momento de poner las cartas sobre la mesa si iban a seguir viéndose por el pueblo, además mentir a Kate, le parecía imperdonable, era como mentirse a sí mismo y eso había prometido no volver a hacerlo jamás porque no le llevaba a buen puerto, solo al de la desesperación y la autocompasión—. Me fui porque elegiste a otro y cuando lo hiciste, creo que me enamoré más de ti. —En su rostro se dibujó una sonrisa triste y tenue—. Y fue entonces cuando decidí poner distancia. Supuse que era lo mejor para todos.

Kate lo miraba de hito en hito, no podía dar crédito a lo que Connor decía.

—Y, ¿por qué nunca me lo dijiste? —Su pregunta le sonó banal incluso a ella misma.

Él sonrió de esa forma peculiar que a ella tanto le encandilaba.

—¿De qué hubiera servido? Tom y tú ya estabais juntos. Él fue más decidido, más rápido y más valiente y por lo tanto se llevó a la mujer más guapa e inteligente de la isla. Ambos eráis mis amigos y no deseaba ser yo el causante de ningún problema entre vosotros, ni mucho menos de crear una enemistad con Tom. —Él bajó la cabeza, incapaz de mirarla a los ojos—. Pero eso sucedió hace muchos años y ahora vivimos un presente muy diferente.

Ella abrió la boca con la intención de decir algo, sin embargo, la cerró de inmediato. La confesión de Connor la había pillado por sorpresa. No tenía ni idea de cómo actuar al respecto. Cuando se decidió a decir algo, Elliot la llamó.

—Los niños me reclaman.

—Claro, por supuesto. Ve con ellos.

Kate se aferró al pomo de la puerta antes de desaparecer tras ella.

—Connor... —El nombre de él quedó suspendido en sus labios.

—Sucedió hace mucho tiempo, Kate. —La boca de él se transformó en un gesto contrito.

Las risas de sus hijos la devolvieron al presente. Abrió la

puerta sin demasiada efusividad y una vez fuera de la cocina, la cerró a sus espaldas. En aquella estancia no solo había quedado Connor, había dejado algo más. La cuestión era saber el qué.

## CAPÍTULO 4

En el transcurso de las dos semanas siguientes, Connor se preguntó una vez más si las hermanas Crane sabrían que eran unas auténticas traficantes de marihuana. Este pensamiento en vez de preocuparle en exceso, le robó una sonrisa. Al menos Murray había dejado de beber infusiones y había corrido la voz, lo que dio lugar a que los vecinos del pueblo supieran de dónde procedían esas hierbas tan maravillosas que algunos incluso tachaban de poderosas.

Le gustaba pasear por el pueblo que lo había visto nacer y crecer. No había cambiado demasiado en los último años: el paisaje, las casas, el mar o los verdes prados que se perdían en el horizonte, todo ello parecía no sufrir el paso del tiempo, solo las personas parecían movibles en aquel paraje. Unos morían, como sus padres; otros huían, como había hecho él o su hermana Moira; y otros, los menos, se quedaban y envejecían al compás del minuterero del reloj, como era el caso de Graham y Sloan.

La vida se diluía igual que el agua fresca de un arroyo y a su paso desgataba las rocas que encontraba a su camino, como la vida misma.

Volver a sus raíces había sido la opción correcta, ahora lo sabía, a pesar del rechazo de Kate; era consciente de que no iba a ser fácil, lo había tenido claro siempre, pero al menos lo había intentado, y eso tenía su mérito. Ahora podía avanzar. Había estado demasiado tiempo en el mismo punto, necesitaba una nueva perspectiva. Quizá esa fuera la razón de que hubiese dado varios pasos hacia atrás.

Volver a perderse por el mundo ya no era una necesidad imperiosa, había visto y vivido demasiado y esas imágenes que estaban grabadas en su retina nunca se llegarían a diluir del todo,

él era consciente de ello y lo asumía de la mejor manera posible: enfermedades que en el primer mundo pasaban inadvertidas, en aquella tierra de fuego causaban estragos. La hambruna, los cuerpos mutilados a causa de guerras sin sentido, los niños soldados perdidos en las ideologías fanáticas de unos adultos locos y avariciosos de poder, mujeres sin ningún derecho, solo el de traer hijos al mundo para verlos morir... ese era el destino de algunos de los mortales que habitaban el planeta. Allí, en Uig, todo era diferente, ajeno a ese mundanal ruido que muchos hombres deseaban desoír.

Esa era una de las razones por las cuales él disfrutaba de su paseo diario. Aquella rutina era muy diferente a cualquier otra que hubiese vivido como médico. África era un infierno en toda su extensión y allí en aquel país inhóspito había aprendido a sobrevivir y a apreciar los pequeños detalles de la vida, pero en Uig, la realidad era bien diferente. Estar entre los suyos no tenía precio.

Cuando divisó la casa de Isobel y Beth Crane ralentizó el paso, no era la primera vez que pasaba por aquellas lindes en el transcurso de los últimos días, sin embargo, en el generoso jardín de las dos hermanas solo había encontrado flores y plantas de temporada, nada que les implicase con la felicidad ficticia de sus vecinos a causa de la marihuana. Claro que eso había sido a simple vista, no había entrado e investigado a fondo el vergel que las Crane parecían cuidar con esmero; otra cosa que llamaba poderosamente su atención era que a las dos hermanas parecía habérselas tragado la tierra. Hacía tiempo que no las veía, algo que le llamaba poderosamente la atención.

La casa tenía unas dimensiones enormes, era una de las más grandes y bonitas de la zona. Estaba situada cerca del mar, un entorno privilegiado, seguramente desde una butaca confortable del salón o de las habitaciones abuhardilladas de la segunda planta se podría disfrutar de las aguas plateadas de la bahía y, no muy lejos, también se podría llegar a ver la llegada de los transbordadores que comunicaban Uig con las demás islas y con el resto del mundo.

Decidió seguir su camino: saludó a varios vecinos y

solucionó alguna que otra duda médica. Esa era la otra cara de la moneda de su profesión, era médico veinticuatro horas al día, los trescientos sesenta y cinco días al año, nadie parecía ver al hombre que cargaba con sus propios problemas.

Cuando divisó el pub McGregor se alegró de forma infinita, una buena cerveza apagaría su sed y su monotonía.

—¡Connor Carson, el hombre por el que todo el mundo pregunta! —exclamó Graham nada más verlo entrar por la puerta.

—Es un defecto de serie, cuando descubran que no soy tan buen médico, dejarán de hacerlo.

Graham no pudo más que sonreír ante esas palabras. Pasó un paño limpio y que olía a detergente por la barra, era ya como un ritual que repetía infinidad de veces, tantas que llegaba a perder la cuenta al cabo del día.

—¿Te apetece una cerveza fría?

—Sí, por favor, y un plato de patatas con lo que tengas a mano. Tengo hambre —comentó Connor situándose frente a Graham, al otro lado de la barra.

—Además de sediento, vienes con apetito, algo imperdonable y que yo puedo solucionar en un santiamén. Siéntate, por favor —le pidió—, los turistas y su euforia pasajera no tardarán en llegar.

Connor se sentó y dejó los brazos sobre la barra, un gesto poco estudiado e innato.

—¿Cómo está Elliot?

—Evoluciona muy bien. Es cuestión de tiempo, ya sabes cómo funcionan estas cosas.

—El que tiene a un hijo a su cargo lo sabe perfectamente —añadió Graham mientras llenaba la jarra de cristal con la cerveza. Se la acercó a Connor, él no era médico, ni psicólogo ni nada que se le pareciese, pero sabía reconocer los problemas a distancia y ese muchacho le preocupaba mucho—. ¿Qué ocurre? —preguntó sin demasiados miramientos. La diplomacia la dejaba para los extranjeros.

Negar la evidencia solo iba a servir para que Graham insistiese una y otra vez, se conocían bien, demasiado bien —se corrigió mentalmente— así que Connor decidió empezar por lo

que menos le preocupaba.

—¿Has visto a las hermanas Crane últimamente?

La intempestiva carcajada de Graham le sorprendió y al mismo tiempo le molestó.

—Claro que sí, llevan días andando por ahí como pollos sin cabeza. Huyen de ti como si fueras el mismísimo diablo en persona.

Connor procesó la información de Graham, a él no le hacía ni pizca de gracia ese tema, así que se limitó a coger la jarra de cristal y se la llevó a los labios, pero antes de dar un trago, comentó:

—Olvidaba que aquí no se puede guardar un secreto.

—De todas formas, no creo que las veas en una buena temporada. Tengo entendido que tienen un viaje muy largo en mente.

Graham, que en ese mismo instante estaba sacando brillo a un vaso, lo miró burlón.

—¿Se van del pueblo?

—Eso tengo entendido. Imagino que lo único que desean es que tengas mala memoria y no recuerdes su faceta de jardineras. —Graham contuvo una carcajada ante su propio comentario.

—No me lo puedo creer.

—Naciste aquí, deberías conocer las costumbres, tanto las malas como las buenas —aclaró—. Será mejor que entre a la cocina y busque algo para llenar tu estómago vacío, imagino que Kate dejó algo preparado anoche.

La sola mención de Kate hizo que el corazón de Connor latiese aún más deprisa. Ya no era un adolescente, pero había descubierto que el amor se vivía de diferente manera a los veinte que rozando casi los cuarenta años, al parecer la intensidad iba en consonancia con la edad.

—¿Vas abrir ahora la consulta? —preguntó Graham a la vez que salía con un plato humeante de la cocina.

El estómago de Connor gruñó nada más olfatear el aroma que desprendía aquel plato de patatas asadas con pescado.

—Así es. El hecho de que no haya ninguna epidemia me

permite robarle al reloj algunas horas para mí.

—No hables de epidemias en este pub —se quejó Graham —, la última que hubo fue una gripe que arrasó con todos los vecinos, incluso algún que otro turista —comentó con cara de pocos amigos—. El rumor y el virus se extendieron como la pólvora y el pub a duras penas sobrevivió.

—Tú siempre pensando en los negocios, viejo grandullón.

Connor se llevó una patata a la boca y cuando percibió el toque de mantequilla y las diferentes hierbas aromáticas, su paladar enloqueció y su estómago le exigió más. Kate tenía una mano exquisita con la cocina, lástima que no cocinase para él, pero ese era el acuerdo al que habían llegado: ella se ocuparía solamente de la limpieza de la casa, nada de sartenes ni cazuelas. Y Kate cumplía con creces su contrato verbal. En las dos semanas que habían pasado desde la última y tensa conversación que habían mantenido, ella había ido varias veces para cambiar las sábanas, limpiar los baños y quitar las malas hierbas del jardín, pero siempre que iba lo hacía en horas de consulta, lo cual impedía que pudiese verla e intercambiar algunas palabras con ella.

Al principio ese acuerdo tácito por ambas partes comenzó siendo cómodo, hoy por hoy para él era infernal.

—Por lo que veo Kate y tú no habéis arreglado vuestras diferencias...

Connor ignoró la pregunta de Graham y se limitó a comer.

—Le podrías pedir que te acompañase a alguno de tus viajes a las islas. Estoy seguro de que le encantaría salir del pueblo por unas horas —instó Graham sin perder ni por un momento de vista el gesto adusto de Connor ante la mención de Kate.

—Graham, deberías meterte en tus asuntos y dejar a los demás que resuelvan sus propios problemas. —Dejó el tenedor sobre el plato y seguidamente extendió el brazo para coger la jarra de cerveza.

—Si hiciese eso me quedaría sin trabajo, créeme.

Connor, como respuesta, esbozó una tímida sonrisa y luego dio un largo trago a su refrescante bebida.

—¿Ha habido algún cambio en el viaje de Sloan y Madison? —inquirió Connor intentando desviar el tema a un terreno menos escabroso.

—En un par de días estarán aquí.

El tono de orgullo y júbilo del viejo grandullón hizo reír abiertamente a Connor.

—Le ha costado, pero al fin lo ha conseguido.

Graham asintió pensativo ante el comentario de Connor. Entrecerró los ojos y preguntó:

—¿Has hablado con él?

—Más bien, hemos intercambiado algún que otro correo. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque hay algo que no me dice. Estoy casi seguro de que oculta algo, y eso me preocupa.

Connor también sabía guardar secretos, así que optó por pinchar la última patata con el tenedor y llevársela a la boca.

—¿No vas a responder?

—¿No crees que Sloan ya es mayorcito para solucionar sus propios conflictos? —adujo Connor tras beber el resto de cerveza—. Todo va bien.

—¿Todo va bien? —repitió Graham.

—Más que bien, diría yo. Tengo que irme. —Dejó el taburete e introdujo la mano en uno de los bolsillos delanteros de su pantalón—. ¿Cuánto te debo?

Graham hizo un ademán con la mano, como si barriese el aire de su alrededor.

—Déjalo. Invita la casa.

Connor, sorprendido, arqueó las cejas.

—Te estás haciendo viejo, Graham —añadió con una sonora carcajada—, pero gracias.

Graham ignoró el comentario, la preocupación hizo mella en él.

—¿Estás seguro de que Sloan está bien?

—Perfectamente, no debes preocuparte por nada. ¿Cuándo te he mentado yo?

Nada más formular la pregunta, Connor se arrepintió.

—¡Pero serás bravucón! —exclamó Graham sin dar

crédito a lo que escuchaba—. Vosotros tres —dijo haciendo referencia a Tom, Sloan y a Connor—, no me habéis contado una verdad en vuestra vida —vociferó como si le fuera la vida en ello.

Connor se alegró de que Graham no tuviese un bate a mano, de ser así, seguramente ya le habría amenazado con él.

—¿Quieres tranquilizarte? —le rogó Connor ya en dirección a la puerta—, lo que ocurre es que omitimos la verdad. —Levantó los dedos índices y corazón de ambas manos y los agitó en el aire, como si imitase un entrecomillado.

—Como aquella vez que me desapareció un barril de cerveza, ¿verdad?

Connor esbozó una amplia sonrisa de oreja a oreja. Esa anécdota salía relucir al menos dos veces al año.

—Graham, te lo juro por mis antepasados —adujo con un tono de voz de lo más informal—, no fuimos nosotros.

—Y, ¿por qué apareció el barril vacío en la playa? —gruñó Graham con las manos tensas sobre la barra, como si estuviese dispuesto a saltar de un momento a otro.

Connor alzó los hombros y los dejó caer mientras avanzaba sin atreverse a dar la espalda aquel hombre que lo había visto crecer y que al parecer aún seguía teniendo una excelente memoria.

—Ni idea, Graham. ¿Te has preguntado si pudo ser la marea?

En el mismo instante en que Connor cerró la puerta, una jarra de cristal se estrelló contra ella. No pudo evitar echarse a reír, no solo por el mal genio del padre de Sloan sino por todas las tonterías que hicieron aquella noche de verano sus amigos y él en la playa. Fue una noche mítica e inolvidable: bebieron hasta caer desfallecidos, entonaron las melodías de moda y hablaron de chicas. Esa noche fue la primera vez que alguien nombró a Kate y no fue exactamente él.

Aquel era un secreto que se llevarían a la tumba, lo habían jurado sobre el fuego de aquella inmensa hoguera que rodearon y los calentó hasta la llegada de la madrugada.

De inmediato, la sonrisa de Connor se evaporó. Tom ya la había cumplido, había muerto demasiado joven, y ya no eran tres

como antaño, solo quedaban Sloan y él. El dolor lo atenazó de nuevo y comprendió que lo mejor era alejarse de Kate. Después de todo, ella seguía siendo la mujer de Tom.

Comprobó la hora y se encaminó con paso ágil hacia su casa. Había llegado el momento de escuchar los problemas de los demás, los suyos al parecer no se resolverían nunca.

## CAPÍTULO 5

Ser relojero no era una profesión fácil, pero para Ian era su pasión. arreglar o montar un reloj era como poner de nuevo en relieve una vieja historia. En algún momento esa historia se había detenido y era él quien debía hacer que continuara. Era una gran responsabilidad, sin embargo su trabajo le fascinaba y le llenaba, ahuyentaba sus malos pensamientos, algo que últimamente no le dejaba dormir en paz.

Con unas pequeñas pero firmes pinzas atrapó una de las diminutas piezas que descansaban sobre la mesa. A continuación, la ensambló con cuidado a la perfecta maquinaria de origen suizo. Esperó una milésima de segundo hasta escuchar el característico *tic tac* entre sus dedos y finalmente sonrió. Volvía a medir el tiempo.

Aquel reloj era una pieza única y su coste rebasaría, sin ninguna duda, el sueldo anual de un trabajador de clase media, no obstante, existía gente adinerada o muy rica que se podía permitir tal capricho. Muy pronto, esa maravillosa obra de la relojería pasaría a manos de alguien a quien le sobraba una cifra de varios ceros en su cuenta corriente.

El sonido de la puerta al abrirse hizo que levantase la mirada al frente. Sonrió al ver a Kate. Los relojes eran maravillosos pero su hija era su más preciada obra de arte.

—Hola, papá —saludó Kate cerrando la puerta tras de sí.

—¿Cómo está hoy mi princesa?

Kate no tuvo más remedio que sonreír ante el cariñoso recibimiento de su padre.

—Hace tiempo que dejé de ser tu princesa.

No lo decía en serio, en el fondo le encantaba ser importante para alguien más que sus hijos.

—Creo que te equivocas, eres y siempre serás mi razón de ser.

Kate se acercó presurosa hacia su padre, que aún seguía sentado en su vieja silla de madera, le rodeó el cuello y después depositó un beso en la arrugada mejilla.

—No deberías trabajar tanto —le advirtió cariñosamente—. Dejarás la vista cualquier día de estos en esas piezas tan minúsculas.

—No trabajo tanto, te lo prometo, pero arreglar relojes me relaja y me permite no pensar demasiado.

Kate lo sabía, quizá por esa razón, no insistió. Se apartó y dejó su bolso sobre una caja de cartón situada a su izquierda.

Los últimos meses no habían sido fáciles para nadie. Ella había perdido a Tom, su marido, y a su madre en menos de un año, y para complicar aún más las cosas, Madison había aparecido de la nada.

Madison McAllen resultó ser su hermanastra, fruto de la relación que tuvo su padre con la hermana de su madre, su tía Fiona. Esa nueva situación familiar aún la estaba procesando. Era muy complicado de aceptar que el padre que ella había adorada desde niña, había estado con otra mujer antes de que ella naciera, y aún más comprobar que aún no había olvidado a Fiona a pesar de los años, aunque esta ya hubiese muerto.

Madison había vuelto a Georgetown, mejor dicho, había huido de ellos. Sí, esa era la expresión correcta. Ahora, con el paso de los meses, comprendía un poco mejor a su nueva hermana. Ser rechazada, apartada por los tuyos no era una tarea fácil de sobrellevar. Gracias a Dios, Madison y Sloan se habían enamorado y aunque Sloan odiase viajar y alejarse de su encantador y tradicional pub le hubiese costado un verdadero esfuerzo, por fin un día se decidió y cruzó el océano para ir a su encuentro. Al parecer la vida les sonreía porque Madison y él volvían a estar de nuevo juntos. Se alegraba tanto por ellos... al menos alguien era feliz en este mundo de penas y pérdidas.

Los engranajes de su mente capturaron de inmediato la imagen de Connor y ella la desechó en el acto, como solía hacer últimamente. Su relación de amistad debería ser tal y como era

ahora. Quizás un poco menos tensa, pero nada más. Perder a Connor sería desastroso para ella, era algo que en ese momento de su vida no se podía permitir.

—¿Has venido a verme o a meditar?

Kate volvió al mundo real, al taller de su padre, la imagen de Connor se diluyó y ella se centró en el momento.

—He venido a verte, por supuesto.

—Bien. —Su padre dejó las pinzas sobre la mesa, junto a otras piezas de relojes diseminadas por la misma—. ¿Qué tal están los niños?

A Kate le encantaba hablar de sus hijos, así que no le costó demasiado responder:

—Elliot parece no cansarse de la escayola, lo cual no sé si debería o no preocuparme.

—Está bien ser el centro de atención durante unas semanas, en unos días estará deseando que se la quiten de una vez por todas —sonrió su padre—. ¿Y Matt?

—Matt me preocupa más. —Kate acarició de forma distraída el borde de la mesa—. Siento que está algo mejor, incluso le he oído intercambiar alguna que otra palabra suelta cuando habla con su hermano.

La alegría de Ian por la noticia se vio reflejada en una enorme sonrisa.

—Kate, el niño está sanando, eso es lo importante.

Ella asintió, pero sin demasiada efusividad.

—La muerte de mamá no ayuda. —Se le atragantó la frase.

Ian se levantó de su vieja silla de madera con ese perezoso y torpe movimiento que solo el paso de los años atribuía, y a continuación, abrazó a su hija.

—La muerte en sí misma nunca ayuda —citó su padre.

Kate se dejó reconfortar por el abrazo. Nacer después de Rosemary tenía más ventajas que inconvenientes. Sin duda era el ojo derecho de su padre.

—¿La echas de menos?

Kate formuló la pregunta sin medir las consecuencias de la respuesta.

Su padre se separó lo suficiente para mirarla a los ojos.

—Han sido muchos años juntos y el apego hacia tu madre ha sido grande, vosotras habéis nacido de esa unión y eso jamás lo cambiaría, aunque tuviera que pasar mil veces por lo mismo. Sin embargo, el amor y el cariño que nos tuvimos dejó de existir hace mucho tiempo. —La luz de la bombilla falseó durante unos segundos, momento en que las sombras aprovecharon para engullir todo resquicio de luminosidad—. Reconozco que no soy justo si te dijera que sufrí mucho más por la marcha de Fiona que por la muerte de tu madre, no está bien que te diga esto, pero creo que lo que buscas en mí es sinceridad absoluta, ¿no es así?

Kate, antes de responder desvió la mirada al suelo, como si quisiera sopesar las palabras de su padre antes de darle una respuesta.

—Sí, así es —reconoció ella—. Ahora soy más consciente que nunca de que Fiona fue tu gran amor.

La mirada de Ian se volvió acuosa a causa de las lágrimas allí retenidas.

—Sí —afirmó—. Fue y será para siempre el gran amor de mi vida.

Ella se atusó el pelo como solía hacer cuando algo le preocupaba.

—Madison volverá en breve.

—Lo sé, me ha llamado y me ha comentado sus planes. —Se separó lo suficiente de Kate para rodear la mesa—. Viene para quedarse —afirmó con cierto deje de orgullo en la voz.

Kate cruzó los brazos y ladeó la cabeza.

—¿En serio?

—Sí. Me dijo que te llamaría y te pondría al día de sus planes. Imagino por tu gesto de sorpresa que aún no lo ha hecho.

—No, pero lo hará, estoy segura.

—¿Te parece bien?

La pregunta de su padre la pilló desprevenida, sin embargo era inútil rehuirla.

—Supongo que sí —fue la sencilla respuesta—. ¿Y a ti?

Ian cabeceó antes de responder.

—Me parece maravilloso.

Kate lo suponía, si su padre hubiese dicho lo contrario, le hubiese decepcionado.

—Rosemary no lo llevará demasiado bien.

—Tu hermana mayor no está de acuerdo ni consigo misma, como para estarlo con los demás —refunfuño Ian volviendo a la mesa de trabajo.

Kate dejó caer los brazos hasta la altura de las caderas, y seguidamente, sonrió. Su padre tenía razón, Rosemary era una mujer complicada, difícil de impresionar. La idea de que Madison fuese su hermanastra o el hecho de que su padre fuese infiel a su madre, eran cosas que se negaba a aceptar. Estaba casi segura de que Rosemary no le iba a poner a nadie las cosas fáciles.

—Supongo que, como siempre, tienes razón.

—Se ha llevado todos los enseres de tu madre, no tengo ni idea a dónde, pero el armario está vacío.

—Lo ha donado a la iglesia, mamá así lo habría querido.

—Me parece bien, siempre y cuando haya sido decisión de las dos.

Kate se acercó por la espalda de Ian y colocó ambas manos sobre los hombros de su padre.

—Lo ha sido, no debes preocuparte por nada.

—El deber de un padre es preocuparse.

Kate esbozó una tímida sonrisa.

Ian se giró y sus viejos y cansados ojos se posaron en la triste mirada de su hija. Kate necesitaba volver a la vida, sentir de nuevo, ser amada por un hombre que supiera admirar y adorar cada una de sus virtudes.

—Por cierto, ¿de dónde vienes?

—De casa de Connor.

—¿Aún sigues trabajando para él?

Kate se rogó a sí misma que la voz no le delatase cuando hablase de Connor, así que reunió el poco valor que le quedaba y sonrió.

—Sí. El dinero me viene... nos viene muy bien —rectificó—. Debo ahorrar. Elliot y Matt aún son pequeños, pero algún día irán a la universidad y quiero estar preparada.

Ian chasqueó la lengua.

—Vas demasiado deprisa, ¿no crees?

Kate alzó los hombros y los dejó caer al momento.

—Creo que ser prevenida no es ningún delito.

—Por supuesto que no —se apresuró a responder su padre—, ¿pero qué me dices de ti?

—¿De mí?

—Sí, de ti. Tienes que vivir, Kate.

Ella sin saber porqué se sintió incómoda.

—Es lo que hago cada día —rezongó.

—No. Lo que llevas haciendo este último año es sobrevivir.

En ese mismo instante, Kate supo que no tenía salida alguna. Su mirada se nubló y las lágrimas amenazaron con salir, sin embargo, logró contenerlas a tiempo. Debía demostrarse así misma que era una mujer fuerte, como ese junco que se dobla ante las tempestades, pero que nunca llega a romperse.

—¿Qué me dices de Connor?

Ahí estaba la maldita pregunta.

—¿Qué ocurre con él?

—Es un buen hombre y me he fijado en cómo te mira.

Ella, sin saber muy bien qué hacer con las manos, se alisó el fino jersey que llevaba e hizo desaparecer una arruga que no existía.

—Connor es un buen amigo, eso es todo.

Ian volvió a chasquear la lengua, una costumbre que a Kate la arrastraba a la desesperación.

—¿Estás segura?

—Completamente.

Quizá fue su creciente inseguridad o una respuesta demasiado rápida lo que provocó que su padre la observase con cierta reticencia.

—Tengo miedo —confesó al fin. Ocultar sus verdaderos sentimientos a su padre no tenía ningún sentido, la conocía demasiado bien y por nada del mundo iba a ser ella quien rompiera la confianza que ambos se profesaban.

—¿Miedo de qué?

—No quiero que me rompa el corazón cuando se vaya.

Su padre asintió muy serio mientras parecía estar procesando la información que ella le había soltado de golpe.

—¿Por qué se va a ir? ¿Te ha comentado algo al respecto?

—No, pero lo hará tarde o temprano. Ya lo hizo una vez, habrá una segunda.

—Estás muy segura de ello.

Kate se esforzó por mantener una expresión neutra, pero al parecer no lo consiguió.

—Papá...—se quejó—, no quiero hacerme ilusiones.

Su padre arqueó las cejas.

—Entiendo que te sientes atraída por él.

«Maldita sea», se dijo a sí misma.

—Kate...—insistió Ian.

—Es posible, no estoy del todo segura —mintió.

Ian refrenó una sonrisa.

—No sé por qué razón soy así. ¿Por qué dudo? —inquirió más para sí misma que para su interlocutor. Necesitaba moverse, así que optó por andar y desandar sus pasos por el desgastado suelo del taller.

—Todos esos interrogantes te hacen parecer más humana.

Kate sostuvo la mirada a su padre.

—Los niños...

—Elliot y Matt serán felices si tú lo eres —respondió él de inmediato.

Ella entrelazó las manos, pero su estado nervioso hizo que las separase de nuevo.

—Aún no estoy preparada —adujo deseando salir del taller y olvidarse de esa conversación. Había invertido tiempo en convencerse a sí misma de que alejarse de Connor era lo mejor y de repente, todos esos pilares que ella había construido de la nada, se desmoronaban como un castillo de naipes.

Ian le dedicó una sonrisa de oreja a oreja, lo que hizo que algunas arrugas se arremolinasen en una zona concreta de la mejilla.

—Querrás decir que aún no estás preparada para Connor.

Ella se quedó sin aire. Por más que lo intentó no encontró una réplica adecuada a esa afirmación.

—A veces no lo sabes hasta que llega —puntualizó su padre—, solo es cuestión de confianza.

Kate abrió la boca para decir algo, pero optó por cerrarla de nuevo.

—Tengo que ir a buscar a los niños.

Ian alzó los ojos al cielo y clamó a la paciencia. Él había dejado marchar al amor de su vida y después de casi treinta años, aún no había día que no se arrepintiese de ello; no quería eso para Kate. Pero no pudo decírselo porque ella ya abría la puerta, se volvió, le dedicó un conato de sonrisa y se marchó sin más dilación.

## CAPÍTULO 6

Connor advirtió que la llegada de Sloan y Madison era todo un acontecimiento para el pueblo. Esa mañana por su consulta solo había pasado la señora Ross, algo inaudito porque generalmente en la sala de espera, lo que antes era el salón de sus padres, siempre había pacientes que podían pasarse horas hasta llegar a ser atendidos. Sin embargo nadie protestaba, hacían tiempo entre ellos hablando de su rutina diaria, de sus enfermedades o familias, cualquier tema de conversación era bienvenido para matar el tiempo de demora. Cuando esos hombres y mujeres llegaban a él ya lo hacían de otra manera porque el dolor compartido era, al fin y al cabo, menos dolor.

Laura Ross se había cortado con las tijeras de podar cuando limpiaba su jardín. No era un corte excesivamente feo, pero había necesitado puntos de sutura, por lo tanto la consulta se alargó más de lo esperado. Por supuesto el tema de la semana había salido a colación, y no era otro que Sloan y Madison.

Según la señora Ross, Madison ya pertenecía al pueblo. Su consolidada relación con un McGregor era el mejor pasaporte que una McAllen hubiese podido obtener jamás. Connor pensó que había cosas que no cambiaban por muchos años que pasasen.

Él había intentado, por todos los medios no dar demasiadas explicaciones de la pareja y su paciente debió notarlo porque a los pocos segundos el tema a tratar era otro, pero siempre, cómo no, relacionado con el pueblo.

Fue ella quien le dijo que el granero estaba de nuevo alquilado por una familia de Londres, con dos niños para más señas. A Connor le encantó la noticia porque así el pueblo se llenaría de juegos infantiles y de bicicletas a toda velocidad por las angostas calles que darían más de un susto a algún vecino,

momento que le llevó a recordar su infancia. Sin duda el tiempo pasaba demasiado deprisa, visto después de treinta y seis años.

Laura Ross se fue casi una hora después y en ese lapso de tiempo, Connor ya se había puesto al día de todos los rumores de los que eran protagonistas los vecinos del pueblo. Bueno, a decir verdad, de todos no. De las hermanas Crane no tenía noticia alguna. Estuvo a un tris de preguntar por ellas, sin embargo, en el último momento se arrepintió y no lo hizo. Necesitaba que ellas pensasen que él había pasado página, quizás así se volviesen un poco más descuidadas y él podría zanjar el asunto de una vez por todas, si es que algún día volvían por allí. Aunque el problema propiamente dicho ya no le preocupaba tanto como antes porque Murray ya le había comentado en su momento que el contrabando de cannabis había pasado a la historia.

Recogió y limpió la consulta y durante un segundo creyó escuchar ruidos en la sala de espera. Imaginarse a Kate allí hizo que todos sus sentidos se pusieran en alerta. Lo había intentado una y otra vez, ignorar su presencia cuando escuchaba sus pasos amortiguados, no prestar atención las sábanas limpias, que desprendían ese olor a suavizante tan característico cuando se metía a la cama, u omitir la fragancia que ella dejaba por la casa con sus idas y venidas, pero ahora mismo se había rendido a la evidencia y se estaba asfixiando.

Estaba enamorado de Kate, eso era un hecho, y esa sensación no había disminuido ni un ápice con la distancia sino todo lo contrario. Había crecido hasta límites insospechados, algo que no tenía ni idea de cómo gestionar.

Dejó el maletín abierto y los suministros básicos de primeros auxilios que tenía entre manos sobre la mesa y se dirigió a la puerta. Se armó de valor y se dijo a sí mismo que necesitaba hablar con ella. Quizá no sacaría nada en claro, pero al menos restaría un poco de ansiedad a su sistema nervioso, algo que su corazón agradecería. Podían seguir siendo amigos, sin embargo, necesitaba aclarar esta situación de una vez por todas porque perderla para siempre no entraba en sus planes.

Se secó la humedad de las palmas de las manos con la tela de sus pantalones y a continuación abrió la puerta con la noble

intención de mantener una conversación adulta y plácida, no obstante, se quedó de piedra cuando vio quién iba a ser su siguiente paciente.

—Hola, Matt. ¿Todo va bien?

El niño lo miró con sus inmensos ojos verdes, tan parecidos a los de Kate. Estaba sentado y sus piernas colgaban de la silla porque sus pies aún no tocaban el suelo. Connor percibió cómo la ternura se adueñaba de él.

Miró a su alrededor y luego por la ventana buscando a Kate o a Ian, el abuelo del niño, por algún lado o por los alrededores de la casa, pero de inmediato descubrió que Matt estaba solo. La situación en sí misma le extrañó, y al mismo tiempo le preocupó.

—Matt... hum... ¿quieres pasar? —preguntó confuso.

El niño parecía estar esperando la invitación porque no se lo pensó dos veces, de un pequeño salto se puso de pie y se encaminó hasta donde se encontraba Connor. Este se hizo a un lado para franquearle la entrada. Al llegar a su altura, Connor lo despeinó cariñosamente el pelo con la mano. Era un niño de aspecto frágil, aunque bajo esa fachada, Connor sabía que Matt era muy despierto y temperamental.

—¿Elliot y tu madre están bien?

—Sí.

Escuchar una respuesta, aunque fuese tan sencilla de los labios de Matt, hizo que el vello de los brazos se le erizase.

—¿Todos en casa estáis bien?

—Sí —afirmó de nuevo el niño.

—¿Y tú? —inquirió Connor mientras intentaba por todos los medios descubrir el por qué estaba allí el hijo pequeño de Kate.

El niño se medio encogió de hombros, como si la pregunta no fuera con él. Se acercó a la mesa y observó con detenimiento el maletín abierto, dispersado por la mesa había vendas, guantes, gasas, algodón, antiinflamatorios, desinfectantes y jeringuillas estériles entre otros muchos enseres sanitarios de primera necesidad, pero quizá esto último fue lo que llamó más la atención a Matt. Observó con detenimiento aquel objeto en forma

de tubo y de plástico, en uno de sus extremos sobresalía una aguja fina y muy alargada.

—Matt...

El pequeño se volvió despacio ante la llamada de Connor.

—¿Qué ocurre? ¿Hay algo que te preocupa?

Matt bajó la mirada de forma inmediata al suelo, lo que dio entender a Connor que su respuesta era afirmativa.

Connor se acercó a él despacio, una vez a su altura evitó tocarle, reconocía cuando un niño era vulnerable. Ajustó sus manos al borde de la mesa y a continuación, cruzó las piernas a la altura de los tobillos. Debía ser paciente y llevar la conversación al ritmo que marcaba el pequeño.

—Soy todo oídos.

Matt dejó de enfocar al suelo para centrar toda su atención en aquel hombre enorme que estaba a su lado. Le gustaba estar con él, lo había descubierto hacía poco, había algo en aquel médico que le daba cierta confianza. Madison se había ido y él se había vuelto a cerrar en su mundo, eso no era extraño, pero, de algún modo aún incomprensible para él, esa puerta no se había cerrado del todo.

Su hermano Elliot hablaba a todas horas de Connor, era como un héroe sin capa ni poderes, y aunque su madre lo nombraba con mucha menos frecuencia, un detalle que no le había pasado para nada inadvertido, él había visto cómo sus ojos brillaban cuando el nombre del médico salía a relucir en alguna de las conversaciones familiares; no tenía ni idea de qué significaba ese detalle, pero su madre sonreía y eso estaba bien, muy bien.

—¿Elliot se va a morir?

Connor al escuchar la pregunta aspiró una bocanada de aire. Matt, a su corta edad, había tenido demasiadas pérdidas en su vida. El hecho de ver a su hermano con escayola hacía que su imaginación se desbordase y le llevase a unos pensamientos nada optimistas.

—No. Claro que no —respondió de inmediato quitando hierro al asunto—. En cuestión de unas semanas, Elliot estará

moviendo ese brazo como si nunca se lo hubiese fracturado. Me crees, ¿verdad?

El asintió con un gesto enérgico.

—Bien, eso es lo importante. ¿Tienes más preguntas?

La intensa mirada de Matt fue la única afirmación que necesitaba Connor. El hecho de que el niño estuviese hablando con él era un gran avance. Estaba casi seguro que él había sido elegido por Matt para mantener su primera conversación. Su voz estaba algo ronca y débil, lo que indicaba que llevaba tiempo sin ejercitar las cuerdas vocales.

—¿Puedo tocarlo?

Connor dirigió su mirada al maletín de cuero que descansaba sobre la mesa, el objeto en concreto que señalaba Matt.

—Claro. Ven, acércate.

Connor se movió al mismo tiempo que Matt.

—¿Quieres que guardemos todo esto dentro del maletín?

—preguntó haciendo referencia a los vendajes, compresas y demás objetos que estaban aún desperdigados por la mesa.

—Sí.

La afirmación del niño fue como un regalo para Connor.

—Bien, pues empecemos.

No tardaron demasiado, pero Connor explicó a Matt cuál era la utilidad de un botiquín de primeros auxilios y le describió con detalle el uso de cada uno de los objetos que iban introduciendo en él. El niño escuchaba con mucha atención cada una de las explicaciones y de vez en cuando preguntaba algo. Connor respondía en argot infantil y Matt bebía cada uno de sus argumentos.

—¿Con todo lo que hay en el maletín curas a la gente?

Connor sopesó la pregunta.

—Lo intento si sus heridas no son muy graves. Si yo no puedo hacerlo hay que llevar al paciente al hospital —explicó pacientemente Connor—. A veces necesitan entrar en quirófano y que un cirujano les cure.

—¿Por qué?

Connor sonrió ante ese «por qué». Matt tenía casi siete

años, pero estaba claro que aún no había superado esa etapa de buscar respuesta a todas sus incógnitas.

—El cirujano es el médico que sabe utilizar mejor que nadie un bisturí. Puede hacer que ya no salga sangre de las heridas, o realizar un trasplante de órganos, por ejemplo, que es poner uno en el lugar de otro que ya está estropeado. Ellos son los verdaderos héroes de la medicina.

—¿Más que tú?

Connor sonrió ante la pregunta.

—Más que yo. Salvan vidas en situaciones muy difíciles y eso es muy loable por su parte.

El niño pareció meditar seriamente la respuesta.

—¿Si mi padre hubiese tenido a su lado a un cirujano, le hubiese salvado la vida?

La pregunta no desconcertó a Connor. Se pasó la mano por el cuello, como si buscara con ese gesto un tiempo que sabía que no tenía.

—No lo creo, Matt. —Los ojos verdes del niño se oscurecieron aún más dando paso a dos pozos sin fondo—. Tu padre murió por la cantidad de agua salada que había en sus pulmones.

—¿Lo pasó muy mal para morir?

Connor deseó que le tragase la tierra.

—No —mintió—. Solo cerró los ojos y se durmió. Estoy seguro que su último pensamiento fue para vosotros y tu madre, y después de luchar, se fue para siempre. —El nudo que tenía Connor en la garganta no se iba a deshacer tan fácilmente.

Los ojos del pequeño tenían una expresión doliente. Connor se compadeció de él, así que se acercó y lo abrazó. Como respuesta, Matt envolvió su cintura con sus pequeños y delgados brazos, dejó que su mejilla descansase sobre la camisa de algodón y fue en ese momento cuando comenzó a llorar.

—Yo no quería que se muriese —hipó entre sollozo y sollozo.

Connor bajó la mirada y solo vio aquella pequeña cabeza pegada literalmente a su abdomen. El dolor y los espasmos producidos por el llanto hizo que lo abrazase con más fuerza.

Matt estaba expulsando su dolor, y daba así otro paso en la fase de su duelo. Estaba llegando a la aceptación, un momento que si ya de por sí era complicado para un adulto, aún más para un niño tan pequeño que además había perdido a su figura paterna, un ser tan necesario e importante para su presente y futuro.

—¿Por qué me dicen que papá me puede ver desde el cielo?

La pregunta se alargó a causa de un inmenso grito desgarrador. Connor sopesó la respuesta. Las lágrimas le anegaban la garganta porque aquel pequeño era el hijo de Tom, uno de sus mejores amigos. Así que decidió ser sincero.

—No lo sé, Matt... pero es bonito que lo haga, ¿verdad?

Matt asintió despacio y luego se produjo un tenso, pero cómodo silencio solo interrumpido por los sollozos de un niño que creía haberlo perdido todo.

## CAPÍTULO 7

Connor sorteó las olas con la pequeña embarcación que Graham le había prestado esa misma tarde. Ansiaba de una manera casi desesperada la paz, esa tranquilidad que él sabía que solo el mar podía ofrecerle. Miró en dirección al cielo y allí observó las algodonosas nubes que parecían empeñadas en acompañarle durante su travesía: tenían un tono característico que no presagiaban nada bueno a su entender, parecían inmensas huellas dispersadas al azar por el plomizo cielo. Además el viento venido del norte soplaba con fuerza, con una bravura que él había echado de menos cuando había estado fuera de la isla, y se dejaba oír como si se tratase de un polizón a bordo. Después de todo, no estaba solo.

La conversación con Matt le había dejado tocado. Cuando lo abrazó supo que el niño tenía demasiado dolor aún en su pequeño corazón. Sintió pena, rabia y aceptación al mismo tiempo, como si eso fuera posible. Aquella inmensa masa de agua salada se había llevado a Tom para siempre. Pensó que no era justo para nadie, todos le echaban de menos, incluso él, y, aunque siempre estaría ahí, con ellos, su recuerdo se desvanecía despacio y con cierta cautela.

—¿Y si me olvido de él? —le había preguntado Matt en la consulta, aún abrazado a su cintura.

Connor había meditado mucho su respuesta. Matt le había elegido para volcar su dolor, para encontrar un poco de sosiego en ese infierno en el que parecía estar viviendo.

—Eso no puede ser posible.

—¿Por qué?

Aún recordaba los ojos brillantes del pequeño abiertos de par en par esperando esa respuesta que tanto parecía necesitar.

—Que no puedas verle no significa que no esté contigo.

Matt se limitó a mirarlo sin comprender.

Connor sabía que debía andarse con pies de plomo.

—¿Puedes sentir el viento?

El niño movió la cabeza de forma afirmativa.

Connor le pasó la mano por el pelo.

—Lo puedes sentir, pero no lo ves. ¿Cierto?

Los ojos color esmeralda de Matt, grandes de por sí, se abrieron aún más ante la pregunta.

—Sí.

Connor refrenó una sonrisa.

—Pues de la misma forma que sientes ese aire en movimiento, unas veces lo percibirás con más o menos fuerza —explicó—, pero cuando llega, sabes que está ahí, lo adviertes. Pues así, de esa manera sientes a tu padre porque él no te abandonará jamás, Matt —Lo despeinó con los dedos—. Tú no lo vas a permitir.

De pronto, sin previo aviso, los ojos de Matt se cargaron de preocupación.

—¿Y si le pasa algo a mamá quién se ocupará de mí, entonces?

Connor se separó lo suficiente del niño y se acuclilló, poniéndose a su altura.

—Eso no va a ocurrir ahora, no debes preocupes.

—¿Por qué?

Connor pensó que la vida podía ser cruel, demasiado si se lo proponía. Él había sido testigo innumerables veces de cómo los niños se quedaban huérfanos a causa de las enfermedades, la hambruna o la desesperación de los adultos por el poder, el oro o las armas, pero Matt no tenía porqué saber eso todavía. Era demasiado pequeño y ya había sufrido demasiado.

—Cuando tu madre nos deje serás casi un abuelete con el pelo blanco y muchas arrugas.

Connor recordó, mientras enderezaba el timón, la carcajada burbujeante del niño ante su respuesta. Sabía mejor que nadie que los niños medían el tiempo de una forma muy diferente a los adultos.

Dejó que el viento le despeinara y por primera vez desde su llegada percibió la sensación de libertad en su piel. Aceleró y el motor rugió, pero respondió de inmediato a su maniobra.

Anhelaba olvidar a Kate más que nada en el mundo, deseaba pasar página, pero al parecer el destino tenía otros planes para él. Maldijo mil veces en voz alta, sin embargo, la brisa se llevó sus improperios lejos, demasiado lejos.

—¡Maldito seas, Tom! —vociferó con desesperación a la nada.

Y como supuso, no hubo respuesta alguna a aquella lamentación, solo el grave graznido de varias gaviotas que dejaron de volar en círculo sobre su cabeza.

Minutos más tarde divisó la casa de Sloan. Una gota aterrizó en su mano. Era el momento de dejar de navegar por la bahía y tocar con los pies en el suelo. Observó el cielo con cierta cautela, tenía la impresión de que de un momento a otro se iba a desatar una tormenta. Quizá por esa razón algunas gaviotas ya estaban en tierra. En el porche de la casa de su amigo vio cierto movimiento.

Al fin buenas noticias. Sloan y Madison habían regresado.

\*\*\*

—¡No me puedo creer que ya estés aquí!

Sloan abrazó a su amigo con fuerza y, después, cerró la puerta tras la entrada de Connor, no sin antes echar un vistazo a la bahía.

—Ya veo que no has venido por tierra —comentó Sloan viendo la pequeña barca en el agua.

—Me la prestó tu padre, un gesto que le agradezco.

Sloan silbó con fuerza.

—Sin duda eres buen médico, no suele prestar esa barca a nadie.

Connor iba a replicar una disculpa, pero Sloan le palmeó cariñosamente la espalda a modo de saludo y dijo:

—Pues aquí estamos, pasa, por favor. Madison está en la cocina.

Connor dejó el tema de la embarcación a un lado y aceptó la invitación, se dirigió a aquella parte de la casa donde además de comer se conversaba y se aclaraban muchos temas familiares.

—La mujer más guapa de Georgetown nos honra con su presencia.

Madison, que en ese mismo instante estaba cerrando un armario, sonrió de oreja a oreja y luego se echó a los brazos de Connor.

—Gracias por el cumplido.

—Es la verdad —comentó Connor risueño.

Madison estaba más bella que nunca. Sus ojos tenían esa chispa de felicidad que solo podía ofrecer el amor.

—No seas zalamero, por favor, que no va contigo.

Connor besó a Madison en la mejilla y luego la dejó ir. Como era de esperar, se refugió en los brazos de Sloan. Esa imagen quedaría para siempre grabada en la retina de Connor.

«Amor, un gesto sencillo, una respuesta deseada», pensó.

Sloan era feliz, saltaba a la vista, y se alegró por él.

—¿Ya sabe Graham McGregor que tiene una nuera preciosa?

—Sí —contestó Sloan con una sonrisa desenfadada—. Tanto Scott como mi padre ya saben que nos hemos casado. —Sloan bajó la cabeza con el único propósito de depositar un beso en los labios de su flamante esposa.

—Me alegro por vosotros, os merecéis lo mejor —les felicitó.

La pareja se miró durante varios segundos a los ojos y luego la atención de ambos recayó en Connor.

—¿Y cómo van las cosas por aquí?

Connor enarcó una ceja.

—Primero una cerveza y luego os pongo al día.

—Marchando —fue la respuesta de Madison.

—Vais a vivir aquí, supongo —inquirió Connor haciendo referencia a la casa de Sloan.

—Esa es la idea —respondió Sloan mientras abría el botellín de cerveza—. Scott vivirá con nosotros hasta que vaya a la universidad.

Madison depositó un plato de galletas saladas sobre la mesa, cerca de Connor.

—Pensé que se quedaría a vivir con Graham.

—Yo me he negado en rotundo —añadió Madison con un tono firme—. Esta es su casa y aquí debe vivir, esa fue una de las condiciones que le expuse a Sloan antes de proclamar al mundo el «sí, quiero».

—Eso hizo que me enamorase aún más de ella.

Madison le lanzó un beso al aire, luego se acercó a Connor y le pasó la mano por la espalda, como haría un buen amigo. Sloan tenía suerte porque había encontrado una mujer inteligente y al mismo tiempo empática; no le cabía la más mínima duda de que Madison podía leer en su fuero interno.

—¿Todo va bien, Connor?

Él soltó un inmenso suspiro más propio de un hombre angustiado que de un hombre feliz. Hizo una mueca, algo parecido a una sonrisa, sin embargo por la expresión de sus amigos, supo que no los había convencido.

Les habló de Isobel y Beth. Sloan estuvo riéndose varios minutos con las aventuras y desventuras de las hermanas Crane, pero no fue el caso de Madison.

—Esas mujeres dan escalofríos, al menos esa fue mi impresión el día que las conocí —comentó Madison mientras se llevaba una galleta salada a la boca y enchufaba la cafetera—. Espero que les hayas puesto los puntos sobre las íes respecto a ese escabroso tema.

—Aún no he podido hablar con ellas.

Madison le miró estupefacta.

—¿Por qué?

—Se esconden de mí y se han largado del pueblo. Tengo entendido que a casa de una sobrina.

Este último comentario hizo que Sloan soltase una carcajada ronca y sonora.

—¿Hablas en serio? —preguntó Madison estupefacta a la vez que ignoraba la reacción de su marido.

Connor deseó ahogar con sus propias manos a su amigo sino dejaba de reírse.

—Es complicado —se limitó a decir—. Tengo a varios de mis pacientes enfadados por el simple hecho de haber prohibido ese tipo de té que les venía de maravilla para sus dolores.

—¿Les has hablado de los riesgos de su consumo?

—La gente no quiere saber nada de los riesgos —comentó Connor de forma distraída—. El verdadero problema es que toman otros medicamentos que pueden interaccionar con las sustancias del cannabis o que muchos de ellos sufren de problemas del corazón, una contraindicación importante, por no hablar de las demás.

El aroma del café comenzó a invadir la cocina. Connor imaginó que una mujer como Madison no perdería sus costumbres respecto a la cafeína solo por el simple hecho de haberse casado con un escocés.

—Solo espero que puedas hablar con ellas y les comentes lo que piensas al respecto.

La dulzura de Madison dio lugar a una frustración más que evidente. Sloan pareció notarlo porque fue lo único que le hizo dejar de reír, se levantó y se dirigió a ella raudo, le pasó la mano por la cintura y depositó un suave y dulce beso en los labios de su mujer.

Fue todo lo que necesitó Madison para calmarse.

Connor percibió algo más que incomodidad por la escena. Segundos después descubrió que eran celos, algo que le molestó.

—¿Cómo está Kate? —inquirió Madison dejándose abrazar aún por su esposo—. La muerte de Ellen no ha debido ser fácil para nadie.

Connor tomó su botellín de cerveza y le dio un trago antes de responder.

—Por lo que sé, está bien.

La respuesta hizo que Madison frunciera el ceño y Sloan se separase de ella para colocarse frente a su amigo.

—¿Qué ocurre?

Connor deseó largarse y perderse de nuevo en el mar, al menos los peces no hacían preguntas y le dejaban tranquilo con sus pensamientos.

—¿Qué te hace pensar que ocurre algo?

—Tú.

La respuesta sencilla y firme de Sloan le hizo sentirse incómodo.

—Últimamente no hablamos mucho, así que poco puedo decirte al respecto.

Madison y Sloan intercambiaron una mirada que denotaba cierta preocupación.

«Complicidad», pensó Connor.

—¿Sigue molesta conmigo por haberme ido?

—No te fuiste —recalcó su marido—, te alejaste un tiempo.

Madison sonrió ante la idea preconcebida de Sloan de que ella no había huido.

—Connor...—instó de nuevo—. ¿Es por mí?

—No, claro que no —respondió de inmediato—, yo tengo mucho trabajo y ella está muy ocupada, eso es todo.

—Tengo entendido que trabaja en tu casa.

Connor asintió algo incómodo, aquello parecía más un interrogatorio de tercer grado que una visita de cortesía.

—Así es. Durante el invierno no hay mucho trabajo en el pub, tú lo sabes —enfaticó en esta última frase sin saber muy bien el por qué—, y ella necesitaba una ayuda extra económica, así que se me ocurrió que podría ayudarme con el tema de la casa y la consulta. Espero que no te moleste.

—No. Claro que no, pero me preocupa el verano, ya sabes que es temporada alta y trabajará más horas en el pub.

Connor supo que Sloan tenía razón al respecto.

—No importa, podría dejar de venir durante esos meses a mi casa, yo me arreglaría.

—¿Sois conscientes de que estáis tomando decisiones que no os conciernen? Es ella la que debe elegir qué hacer al respecto —protestó Madison.

—Tienes razón, cariño, es ella la que debe pensar cómo quiere llevar este asunto.

Madison se dio por satisfecha, cogió una taza del armario y se dispuso a verter el café en ella.

—Además, lo podéis hablar con ella en unos minutos, no

creo que tarde en venir.

Connor, que en ese mismo instante estaba dando un trago a su cerveza, se atragantó.

Tanto Sloan como Madison corrieron a su auxilio.

—¿Estás bien?

El tono preocupado de Madison hizo sentirse peor a Connor. Necesitaba salir de allí lo antes posible, Kate había decidido no hacer frente a la situación y él iba a respetar sus deseos.

—Sí. Gracias —Tosió con fuerza para eliminar ese áspero resquemor que le quedó en la garganta—. Acabo de recordar que tengo que volver a la consulta, eso es todo.

—¿Es urgente?

La pregunta de Sloan lo pilló desprevenido. Odiaba mentir y más a un amigo.

—Siempre es urgente —Dejó el botellín de cerveza sobre la encimera y se despidió sin más.

Sloan y Madison estuvieron una fracción de segundo mirando hacia la puerta, un lugar vacío por donde había desaparecido su amigo.

—Algo no va bien.

Madison, con la taza en la mano, asintió.

—Totalmente de acuerdo contigo.

Se llevó la taza a los labios absorta en sus pensamientos. Hablaría con Kate, porque estaba segura de que Connor no diría una palabra al respecto.

—Cielo, cuando llegue Kate, ¿nos podrías dejar unos minutos a solas?

Sloan se volvió y sonrió abiertamente.

—Será un verdadero placer. Además, no creo que me vaya a gustar lo que voy a escuchar.

## CAPÍTULO 8

Madison supo en ese mismo instante que su marido tenía razón con respecto a Kate y a Connor.

La idea de ser y tener una hermana al mismo tiempo era un asunto complicado, en el fondo le gustaba saber que había alguien de su misma sangre en el planeta tierra, no lo iba a negar, sin embargo, tenía la impresión que era como andar sobre arenas movedizas. Nunca sabías en qué zona te ibas a hundir.

Ambas eran vulnerables y debían adaptarse a ese nuevo rumbo que les había ofrecido la vida y que, si era sincera consigo, ninguna de las dos había aceptado de buen grado, pero así eran las cosas y se debían tomar como venían. Ese encuentro entre hermanas era tan necesario como imprescindible para poder convivir en un pueblo tan pequeño como Uig.

—Sé que para ti esta situación no es fácil.

Kate dejó su taza de té sobre la mesa y después su mirada recayó en aquella mujer de ojos verdes, tan parecidos a los de ella. Descubrir a una edad adulta que existe una hermana en alguna parte del mundo, no era fácil de asimilar. No obstante, ella, con el paso de los meses, lo había aceptado y asumido. Su padre y su tía Fiona habían tenido una historia de amor y de esa pasión prohibida había nacido Madison. Así contado era algo sencillo, sin embargo, esa hija pródiga había decidido volver al hogar. No cabía duda de que ese regreso había sido como un tsunami para todos ellos. Ahora las aguas parecían haber vuelto a su cauce y se respiraba una tranquilidad serena, pero cauta.

—No, no lo es, Madison, pero poco podemos hacer al respecto. Nuestros padres —dijo refiriéndose a Ian y a Fiona, la madre de Madison—, no pudieron evitar lo que sentían y se dejaron llevar por el arrebato del momento. No les justifico

porque no hicieron bien, sin embargo, tú y yo no tenemos nada que ver. Somos víctimas de un amor prohibido —Se removió inquieta en la silla—. No habíamos nacido aún, pero nos toca llevar toda la carga de ese momento.

Madison arqueó la boca en una media sonrisa.

—Aunque no lo parezca, estoy orgullosa de mi madre —comentó Madison—. Podía haber tomado otra decisión, ni yo misma la podría culpar si en algún momento pensó en deshacerse de mí —Tragó saliva y continuó—. Eligió el camino más complicado y eso me enorgullece como hija.

—Lo sé —Kate sabía que Madison tenía razón, de eso no cabía la más mínima duda.

—No vengo a reclamar nada, Kate.

—Estarías en tu derecho.

—Es posible, pero si hay algo que envidio de ti es que tuviste a Ian desde el principio.

Kate se puso tensa al escuchar esas palabras.

—No quiero que suene como acusación ni mucho menos —puntualizó Madison—, solo quiero que sepas cómo me siento. Ian Campbell es tu padre y siempre lo será —No pudo reprimir una sonrisa ante sus propias palabras—. Para mí es un extraño.

—Madison...

—No hace falta que digas nada —la interrumpió—, solo quiero que sepas cómo está la situación entre nosotros. Si he vuelto ha sido por amor. Hubiese podido optar por quedarme en Georgetown y sé con certeza que Sloan se hubiese rendido tarde o temprano a mi deseo, pero tú lo conoces... allí, en la otra parte del mundo, no sería feliz, sin embargo yo aquí lo puedo intentar, al menos eso creo. Conozco los pros y los contras y sé perfectamente hacia qué lado se inclina la balanza.

La expresión de Kate se relajó.

—Si en algún momento te he hecho sentir incómoda, te ruego que me perdones —Madison comprobó que la mirada de Kate estaba llena de preocupación—. Pero necesito que me comprendas.

—Y lo hago —respondió Madison posando su mano sobre la de su hermana—. Yo te pido lo mismo, necesito que

entiendas el por qué de mi presencia aquí. No tiene nada que ver con el deseo de buscar un hueco como hija de Ian Campbell.

Kate notó un nudo en la garganta, su vida había dado un giro de ciento ochenta grados y estaba perdida en un mar de confusiones. Madison en vez de ser una amenaza, se revelaba como una roca estable en todo aquel caos.

—A mi parecer creo que deberíamos dejar de pensar en el pasado y centrarnos en el presente.

—Me parece una idea fantástica. Me alegra haber podido hablar contigo sobre este tema —Madison sonrió y retiró la mano. Luego se reclinó en el respaldo de la silla—. Ahora creo que es el momento de sacar a colación un tema diferente.

—Tú dirás —comentó Kate llevándose de nuevo la taza de té a los labios.

—Connor.

El semblante de Kate cambió de forma radical y dejó caer la taza sobre el plato, el ruido de la cerámica al chocar fue todo lo que necesitó escuchar Madison para saber que allí había mucho que contar.

—Me besó.

Madison supo que esa frase encerraba mucho más que un beso.

—Soy toda oídos.

Al observar el rostro insondable de Kate, Madison dijo:

—Soy tu hermana, ¿recuerdas?

Kate asintió mientras entrelazaba las manos con cierto nerviosismo.

—Está bien —se rindió al fin.

Madison pensó en el argumento que le había dado Kate para mantenerse a una distancia prudente de Connor, el hecho de que él la hubiese besado era un detalle precioso e íntimo. Decir que conocía a Connor era decir mucho, pero tenía la impresión que no era un hombre que se dejase llevar por las circunstancias, sino todo lo contrario. Parecía meditar muy bien sus opciones antes de tomar una decisión definitiva; el hecho de que estuviese ejerciendo de médico en la isla le daba la razón.

—Kate —Madison se armó de valor. Debía andarse con

pies de plomo si no quería herir los sentimientos de su hermana —. Solo ha sido un beso, un beso al que tú le das demasiada importancia —comentó, como si eso le restase importancia al asunto que tenían entre manos—. Connor y tú sois amigos desde la infancia, no creo que debáis distanciaros por un malentendido.

Kate soltó un suspiro de los más audible.

—No fue un beso casto —recalcó.

Fue algo más y Kate lo sabía. Se había rendido a aquel beso, había disfrutado cada segundo y se había excitado de una manera que hasta ella misma desconocía. Se sentía culpable de sentir.

—¿Entonces qué fue?

Kate se sintió incómoda, podía buscar cualquier pretexto para salir huyendo de allí, de casa de Madison y Sloan, pero no lo iba a hacer. Estaba cansada de alejarse de sus propios problemas.

—Fue un beso en toda regla, no sé si me entiendes.

En ese momento sentía irritación y deseo, una combinación difícil de gestionar para ella.

Madison lo comprendía, claro que sí, pero no le gustaba el rumbo que estaban tomando las cosas. Sin saber muy bien cómo, debía reconocer que Connor y Kate ya eran parte de su día a día y saltaba a la vista que ninguno de los dos era feliz.

—¿Te sentiste atrapada, es eso lo que me quieres decir?

Kate logró controlar su enojo.

—No es cuestión de saber si me gustó el beso o me sentí atrapada por el momento, Madison. No puede ser, eso es todo —farfulló.

—Y, ¿no puede ser porque...? —La pregunta quedó suspendida en el aire a la espera de una respuesta coherente.

Kate tardó varios segundos en responder.

—Porque soy madre y no puedo permitir que mis hijos vean cómo entra un hombre a nuestras vidas para luego desaparecer.

A Kate se le llenaron los ojos de lágrimas, pero parpadeó y respiró hondo, así consiguió que no salieran a la luz.

Madison se acercó a ella y le rodeó los hombros con el brazo. Estaban solas y seguían en la cocina, una estancia que se

estaba convirtiendo en el centro neurálgico de la casa. Sloan había decidido ir al pub y Scott no había llegado aún, aunque no tardaría en hacerlo.

—¿Por qué se iba a ir Connor? Tengo entendido que ha vuelto para quedarse.

Kate se sintió reconfortada por el abrazo de Madison, no así por sus pensamientos.

—Lo hará. Lo hizo una vez y lo volverá a hacer.

—Las personas cambian, Kate.

—Connor no.

Madison se apartó lo suficiente para mirar fijamente a su hermana.

—¿Por qué piensas así? ¿Te ha comentado él algo al respecto?

Kate esbozó una sonrisa, pero murió antes de que sus labios se curvasen del todo.

—Un día decidió marcharse, no miró hacia atrás y lo volverá a hacer, te lo aseguro. Además...

—¿Además qué? —instó Madison.

—No estoy preparada, Madison. Lo quiero todo o nada.

Madison observó el gesto de preocupación de Kate. Ella tenía derecho a hacer su propia elección y al parecer ya la había hecho.

—La pregunta, Kate, es si te sientes atraída por Connor.

El silencio se apoderó de la conversación.

—Tom, Connor y Sloan eran inseparables, lo habrás escuchado cientos de veces a lo largo de estas semanas —Al ver asentir a Madison, decidió continuar—. Tom era el bromista, siempre tenía la sonrisa en los labios. Sloan el bullicioso, el líder, el cabeza de grupo. Y Connor el tímido, el que casi nunca hablaba y pasaba inadvertido... pero ellos tres parecían formar un solo ente. A veces me he preguntado cómo tres personalidades tan diferentes se podían ensamblar de esa manera tan mágica, la verdad es que no lo sé, pero lo hacían —Cruzó una mirada con Madison y sonrió—. Connor me solía observar en silencio, sin embargo nunca me decía nada, solo miraba, no había palabras ni gestos. Sloan, en ese momento, estaba loquuto por Amanda.

Espero que no te moleste que lo diga.

—Para nada. Continúa —la animó Madison.

—Y Tom era harina de otro costal... siempre tenía un chiste o un piropo en los labios, tenía una personalidad arrebatadora y sabía perfectamente lo que una mujer deseaba oír. Supongo que esa cháchara llevó a otra cosa, y así sucesivamente hasta que me vi en el altar.

—¿Pero estabas enamorada de él?

—Sí, claro que lo estaba. De ese amor no dudé jamás. Sin embargo, Connor sigue siendo una incógnita para mí. Me sigue mirando de la misma manera que hace años. No sé lo que piensa, lo que quiere de la vida o de sí mismo —apuntó—. Adora a los niños, eso lo sé, no tengo las más mínima duda, pero me desconcierta y al mismo tiempo me asusta.

—Creo que lo que quiere es que seas feliz.

—Imagino que así es.

—Está bien —dijo al fin—, no hablemos más del tema, ¿de acuerdo?

Kate asintió con un cierto alivio.

—¿Cómo están Ian y Rosemary? —preguntó intentando cambiar el tema de conversación.

Kate tomó una bocanada de aire antes de responder.

—Será mejor que prepares más té o café, lo que prefieras porque este tema trae cola.

Madison era consciente. Con Ian había hablado por teléfono en un par de ocasiones, pero Rosemary era un tema candente. Así que se levantó de la silla y se encaminó a la cafetera. Al menos ella iba a necesitar dosis extras de cafeína. Había regresado por amor y nada ni nadie le iba a hacer cambiar de idea, se lo había prometido a Sloan y ella iba a cumplir su promesa, costase lo que costase.

\*\*\*

Sloan se sintió feliz de ponerse de nuevo tras la barra del pub, había echado de menos el ambiente que se respiraba allí, pero lo hubiese cambiado todo si Madison no hubiese querido

regresar a la isla. Sabía que ella había dado ese gran paso por amor y él iba a intentar que ella fuese feliz allí. Esa atracción que habían sentido al principio el uno por el otro se había consolidado dando lugar a un amor maravilloso y por nada del mundo lo iba a echar a perder.

La puerta del establecimiento se abría de forma continua, casi nunca permanecía más de cinco minutos cerrada, turistas y lugareños le daban vida a aquellas cuatro paredes repletas de recuerdos y anécdotas.

—¡El hijo pródigo ha vuelto! —exclamó uno de los vecinos desde el otro lado de la barra.

Otros levantaron sus jarras de cerveza y brindaron por el regreso de Sloan.

—Bienvenido —vociferó alguien entre los presentes—, te echábamos de menos. Tu padre está perdiendo facultades.

Las risas se propagaron por el establecimiento y después un nuevo choque de botellines y jarras de cristal.

—Y ha regresado como un auténtico triunfador —gritó alguien desde la mesa del fondo.

Sloan respondió con una sonrisa de oreja a oreja.

—No te vas a librar tan fácilmente de mí, Carter —bromeó Sloan dando respuesta así al hombre del fondo.

—Se rumorea que te has dejado cazar, ¿eso es cierto?

Esta vez fue Graham quién respondió:

—Deja al muchacho, Carter. El hecho de que tu cama sea un témpano de hielo no significa que la de los demás deba serlo también.

Los allí presentes rieron ante el comentario de Graham, momento que aprovechó este para hablar con su hijo.

—¿Sabes dónde se ha metido Kate?

Sloan, que en ese mismo instante estaba en la caja cobrando una consumición, le respondió:

—Con Madison. No creo que tarde en llegar.

Graham soltó un bufido.

—Por cierto, no he tenido oportunidad de decírtelo aún, pero me alegro muchísimo que estés de vuelta.

Su padre los había recibido con los brazos abiertos y su

alegría se intensificó cuando Madison le enseñó el dedo anular, lugar donde lucía su anillo de casada.

El bullicio hizo que Sloan alzase la mirada, los clientes pedían una canción y Scott, que entraba en ese momento en el pub, se ofreció voluntario. Le encantaba cantar. Su hijo tenía una voz aterciopelada y preciosa, ese rasgo lo había heredado de su madre. A Sloan le había costado ver en su hijo las cualidades que había heredado de su ex mujer, sin embargo, con el paso del tiempo, las había aceptado de buen grado.

—Estuve a punto de no hacerlo.

—Lo sé.

Sloan lanzó a su padre una mirada serena y comprensiva.

—¿No estás enfadado?

—Lo estaría si hubieses vuelto sin ella —comentó con una media sonrisa—. Reconozco que me gusta eso de tener de nuevo una nuera. Eso hace que la vida sea más interesante para ti.

Sloan achicó los ojos y sonrió ante el comentario de su padre. Tenía razón, su vida era mucho más interesante desde que había conocido a Madison. Era feliz y eso se reflejaba en su semblante, en su buen humor y en sus ganas de vivir.

Escuchó las primeras notas que arrancaban de los dedos y las cuerdas de la guitarra. El silencio se hizo de repente y, en ese instante, no pudo estar más orgulloso de su hijo.

—Por cierto, deberías hablar con Connor —murmuró su padre, rompiendo el momento.

Sloan dejó una jarra de cerveza frente a uno de sus clientes, cogió el dinero y se dirigió de nuevo a la caja registradora.

—¿Qué ocurre con Connor? —preguntó en un susurro, ya de vuelta con el cambio.

—Eso es algo que tiene que contarte él, pero las cosas no marchan bien.

—Nos ha comentado algo con respecto a las hermanas Crane.

Scott comenzó a cantar una de las canciones escocesas más típicas del lugar, tanto la gente de la zona como los turistas lo escuchaban en silencio, emocionados por la letra de la canción.

—Las hermanas Crane son el menor de sus problemas — prosiguió su padre a media voz—. Son como dos brujas sacadas de un cuento de los hermanos Grimm; además tengo entendido que han dejado el pueblo durante una temporada.

Sloan lo miró inquisitivamente y de pronto adivinó lo que su padre le intentaba decir.

—Kate.

Su padre sonrió mordaz.

—Chico listo —Le guiñó un ojo y se fue a atender a otro cliente, iba a ser una tarde dura de trabajo.

Sloan se pellizcó el puente de la nariz para luego alzar la mirada hacia su hijo. Scott seguía siendo lo más importante de su vida. Se preguntó si él y Madison tendrían hijos, pero la pregunta quedó sin respuesta para perderse el ritmo de aquel himno escocés que Scott entonaba de forma magistral, *Auld Lang Syne*. Era curioso que su título fuese «por los viejos tiempos», un canto a la amistad. Se lo tomó como una señal del destino.

## CAPÍTULO 9

Kate estiró la sábana sobre el colchón, no le gustaba que quedasen arrugas, así que deslizó la palma de la mano por la tela de algodón. De pronto se detuvo y la retiró de inmediato, como si bajo su piel hubiese una inmensa llamarada que parecía querer devorarla bajo su tacto. Aquella era la cama de Connor y la imagen de ellos dos desnudos y sudorosos hizo que un leve rubor se extendiera por sus pómulos.

«Por el amor de Dios, Kate, contrólate».

Respiró profundamente y siguió con su tarea. Intentó por todos los medios que aquella imagen se perdiera, pero no lo consiguió. Por el contrario, se hizo más viva y sensual.

«Maldita sea», dijo para sí misma mientras agilizaba sus movimientos.

Terminó de hacer la cama, barrió el suelo, limpió el polvo de los muebles y cerró la ventana, y todo eso en un tiempo récord, necesitaba salir de allí ya mismo.

Antes de cerrar la puerta, su mirada recayó en el edredón de tonos grises y negros, una combinación perfecta para un ambiente masculino. La habitación era la más amplia de la casa, la que un día perteneció a los padres de Connor, pero de su antiguo mobiliario no quedaba nada; él le había pintado las paredes de un azul grisáceo metálico, no había muchos muebles, pero los que decoraban la estancia eran sobrios y minimalistas, lo que daba una sensación de pulcritud y orden en el espacio.

Cerró la puerta, su ansiedad por alejarse de allí no tenía límites, además necesitaba darse prisa o llegaría tarde de nuevo al trabajo en el pub. Estaba agotada, pero no era cuestión de lamentarse porque le urgía el dinero para sobrevivir al próximo invierno. Las cartas del banco se amontonaban en una vieja

carpeta que utilizaba para ese menester.

Bajó las escaleras con cuidado de que sus pasos quedasen amortiguados, no deseaba que Connor ni ninguno de sus pacientes se percatasen de que ella estaba allí. Hasta ahora esa maniobra de huida había dado resultado, esquivar a Connor ya era todo un arte para ella. Descendía los últimos escalones de la escalera cuando una voz en el interior de la consulta hizo que el corazón le dejase de latir durante una fracción de segundo.

Se apartó el pelo de cara con cierta inquietud, se acercó con sigilo hasta que aquella voz pueril llegó a ella con más claridad. La reconoció de inmediato. El corazón se le disparó en el pecho con tanta fuerza que tuvo que recurrir a todo su control para no acabar sufriendo un ataque de ansiedad. Sus emociones se arremolinaron como una tormenta, y se llevó la mano a la boca para ahogar un sollozo contenido.

Era Matt. Y estaba hablando con Connor con naturalidad, casi como si nunca hubiera dejado de hacerlo.

Se apoyó contra la pared y aspiró una bocanada de aire.

¿Qué hacía su hijo allí? ¿Y por qué hablaba con Connor y no lo hacía con ella, su madre?

—¿Sabes una cosa?

La voz de su hijo pequeño le llegó clara y libre de preocupaciones.

—No. Dime.

El tono de Connor era paciente, parecía no tener prisa y eso conmovió a Kate.

—Algún día seré médico como tú.

—Vaya, eso es magnífico, Matt.

—Creo que seré cirujano. Me dijiste que esos médicos salvan muchas vidas, ¿verdad?

La risa de Connor se propagó por la estancia.

—Así es.

—¿Sabes una cosa?

Kate cerró los ojos con fuerza, no se podía creer que Matt estuviese hablando como una cotorra cuando en casa no abría la boca casi ni para comer. La culpabilidad la atizó con fuerza. ¿Qué estaba haciendo mal para que su hijo se comunicase con Connor

y no con ella?

—¿Qué?

En el tono de Connor no había un atisbo de impaciencia sino todo lo contrario.

—También viajaré por el mundo, como tú. Conoceré países y mucha gente, pero lo más importante es que los curaré a todos.

—Eso es maravilloso, Matt. Serás un gran cirujano y mejor hombre, ya lo verás.

—Y, ¿sabes otra cosa?

—No, dime.

La paciencia de Connor parecía no tener límites.

—Luego vendré aquí y trabajaremos juntos. ¿Te gustaría?

Un breve silencio interrumpió la conversación.

—Me encantaría, Matt. Es un plan magnífico.

La voz de Connor llegaba a ella aterciopelada y emotiva.

Kate deslizó su espalda por la pared hasta sentarse en el suelo. Hundió la frente en las rodillas y dejó que las lágrimas fluyesen.

—Porque te vas a quedar, ¿verdad?

—Claro que sí. No voy a ir a ninguna parte.

—Así podrás cuidar de nosotros hasta que seamos mayores.

Matt parecía feliz y muy seguro de sí mismo. Algo que desconcertó a Kate.

—Será un verdadero placer el poder cuidar de vosotros, pero creo que tu madre lo hace de una forma increíble.

Un tenue risa vibró en la garganta de Matt.

—Elliot está contento porque le has quitado la escayola. No lo va a reconocer nunca, pero yo sé que es verdad.

—Me alegra saberlo. ¿Quieres hacer otro dibujo?

El niño debió asentir porque Kate escuchó cómo las patas de la silla de Connor raspaban el suelo y luego se oyó cierto movimiento que le dio a entender que Connor se movía de un lado para otro de la estancia. Ella se incorporó y con la mano arrastró las lágrimas de su rostro. Le faltaba el aire, le hubiese encantado entrar en la consulta y hablar con su hijo, sin embargo,

Matt no la había elegido a ella sino a Connor para comenzar a comunicarse de nuevo. La culpa pesó demasiado en su corazón. Se envolvió en sus brazos y ya se encaminaba cabizbaja en dirección a la puerta principal cuando una pregunta hizo que detuviese los pasos.

—¿También podrías cuidar de mamá?

El silencio se hizo más denso que la última vez.

—Me encantaría, Matt. Sin embargo, esa decisión la debe tomar tu madre, no nosotros.

—¿Por qué? Ella llora cuando cree que nadie la ve. Quizá tú podrías curarla.

A Kate un escalofrío le recorrió la espalda.

—Cada uno muestra su dolor a su manera. Tú, por ejemplo, decidiste guardar silencio...

—Ya, pero ya hablo.

Kate no sabía si reír o llorar ante la pueril confesión de su hijo.

—Lo sé, y me encanta que lo hagas, sin embargo también deberías hablar con el resto de las personas que te quieren, ¿no crees?

Silencio.

Kate se imaginó a su hijo encogiéndose de hombros.

—Creo que podría hacerlo.

—Eso estaría genial.

—Pero no has respondido a mi pregunta sobre mamá.

—Tu madre es una mujer maravillosa y sabe cuidarse sola. No me necesita a mí, os necesita a vosotros, a ti y a tu hermano —aclaró.

—Yo creo que no, me parece que te equivocas.

—¿En qué?

Las lágrimas la ahogaban en la garganta. Kate intentó respirar profundamente, sin embargo, no lo logró.

—Mamá te necesita—repuso el niño muy seguro de sí mismo—. ¿Tú la quieres?

Kate reconocía el momento y sabía que debería salir de la casa y no escuchar la respuesta por parte de Connor, pero sus pies se quedaron clavados en el suelo.

—Claro que la quiero.

—Ya...—la impaciencia se notó en la voz de Matt—, pero me refiero a que si la quieres para darle un beso de esos de amor, como en las películas que ella ve.

—Matt, yo quiero muchísimo a tu madre y no haría nada que ella no quisiera. Lo que ella siente por mí es solo cariño y amistad y yo debo respetar sus sentimientos. Lo entiendes, ¿verdad?

—Bueno, creo que sí lo entiendo, pero, ¿te casarías con ella?

Kate de haber podido habría entrado en la consulta y hubiese arrastrado a su hijo fuera de la casa, no obstante, sabía que no tenía ningún derecho a romper ese momento tan íntimo y tan especial entre Matt y Connor.

—Lo haría hoy mismo, si ella quisiera.

—O sea que tú la quieres, ¿verdad?

—¿Sabes guardar un secreto?

Matt no respondió, así que Kate se imaginó a Matt asintiendo en silencio y con los ojos muy abiertos en espera de una explicación.

—Estoy enamorado de ella desde hace mucho tiempo, pero como te he dicho antes, debo respetar su decisión de que me vea solo como un amigo.

Todos los músculos de Kate se tensaron, incluso los de la pelvis. Desde el momento en que Connor le había confesado lo que había sentido por ella todos estos años, ella se había vuelto más soñadora y más insegura al mismo tiempo.

—Creo que los mayores sois muy complicados. ¿Sabes otra cosa?

La risa profunda y sensual de Connor la excitó.

—Creo que no vas a parar hasta que me lo cuentes; así que suéltalo ya.

—Si tuviera que escoger un nuevo papá, te elegiría a ti, Connor.

Una sensación extraña se le agolpó a Kate en las tripas y le subió por la garganta. Era como un tumulto de emociones que se agitaban dentro de ella y que parecían no querer calmarse.

—Ven aquí, renacuajo.

Esta vez fue la silla de Matt la que se movió, escuchó los pasos de su hijo correr hasta donde seguramente estaría Connor.

—Te quiero, Connor.

—Yo también a ti, pequeño gran hombre.

\*\*\*

—Por cierto, Matt ya habla por los codos.

Sloan levantó la mirada del vaso que tenía entre manos y observó con mucha atención a Connor sentado tras la barra.

—¿Qué significa que ya habla? —preguntó su amigo con un tono de incredulidad.

Connor se removió inquieto en el taburete.

—Se pasa de vez en cuando por la consulta y hablamos.

Sloan entrecerró los ojos, dejó el vaso sobre la barra y apoyó los codos sobre la misma.

—¿El niño ya está bien?

Connor bebió un trago de su cerveza antes de continuar.

—El dolor va menguando y eso hace que vaya aceptando la muerte de Tom; se podría decir que sí, que ya está bien, aunque aún le falta, pero será el tiempo el que haga el resto del proceso.

Sloan observó con atención a su amigo de la infancia. Ya apenas quedaba rastro de aquel hombre que había llegado meses antes desde África. Aunque seguía delgado, ya no era tan extremo. Su tono de piel ya no era tan oscura, en Escocia el sol no se dejaba ver con tanta frecuencia como les gustaría a los isleños. Su pelo llevaba un corte acorde con el Connor de siempre, y eso le daba un aspecto menos desaliñado.

—Kate no me ha comentado nada al respecto —dijo volviendo al tema de conversación—. Aunque cuando llegó Madison a la isla, Matt pareció conectar con ella.

—De momento solo habla conmigo y Elliot.

Los ojos de Sloan se abrieron de par en par.

—¿Por qué entre todos los adultos te ha elegido a ti?

—Aún no lo sé. ¿Por qué no me pones otra cerveza?

Sloan se incorporó e hizo lo que su amigo le pedía.

—Supongo que soy el extraño, el que viene de fuera. No le conozco lo suficientemente bien para juzgarlo —comentó como si tal cosa—. Los niños son muy perceptivos y empáticos.

—¿Kate lo sabe? —inquirió Sloan dejando frente a Connor una enorme y espumosa jarra de cerveza.

Connor negó con la cabeza.

—Creo que le gustaría saberlo —instó Sloan.

—Lo sé, pero no encuentro el momento.

—Connor, aquí lo que sobra es tiempo.

Connor reprimió una sonrisa.

—Supongo que tienes razón, pero aún así...

—A Kate le gustaría saberlo, créeme.

—Sí. Supongo que tienes razón y lo haré.

La voz de Connor flaqueó, así que optó por llevarse la jarra a los labios.

—¿Se puede saber qué pasa entre vosotros? Por un momento he llegado a pensar que habías pasado página respecto a ella.

Connor se pasó la mano por el pelo con evidente frustración.

—Lo he intentado, Dios lo sabe, pero no puedo.

—Connor...

—Lo sé, lo sé, y tienes razón —cortó él exasperado.

A veces entre amigos las palabras sobran.

—La he besado —confesó de repente, casi más para sí mismo que para su interlocutor.

Sloan abrió la boca con la única intención de decir algo, pero acto seguido, la cerró para soltar un bufido de lo más audible. Madison le había comentado algo al respecto, pero no había hecho mucho hincapié en el asunto, por lo cual él no le había dado ninguna importancia. Sloan se había imaginado un beso casto, sin demasiadas complicaciones, no obstante, al ver la cara de su amigo supo que no había sido un gesto que desapareciera a la mañana siguiente.

—¿En qué posición te deja eso?

—En la peor de todas.

Sloan soltó un improperio.

—¿Qué vas hacer?

—Lo que he estado haciendo hasta ahora: nada.

—Connor, eres un tío inteligente, y sabes mejor que nadie que esa no es una opción.

—Pues hasta ahora funciona.

Sloan arqueó una ceja.

—Deberías hablar con ella y aclarar las cosas.

Connor lo miró burlón.

—Eso me lo dices tú, que tuviste que atravesar el océano para hablar con Madison.

A Sloan no le quedó más remedio que aceptar la puya.

—Con más razón te lo digo, no cometas el mismo error que yo.

Connor dejó entrever una sonrisa desdeñosa.

—Lo cometí antes que tú porque llevo enamorado de ella toda una vida.

El pub estaba vacío. Habían cerrado veinte minutos antes y Sloan estaba con la tarea de limpieza. El hecho de que estuviera allí Connor ya era como una costumbre adquirida. Les gustaba hablar, ponerse al día o simplemente tomarse una cerveza en silencio. A veces las palabras entre amigos eran un verdadero estorbo.

—¿Por qué no me has comentado lo del beso antes?

Connor acarició la jarra de cristal con los dedos. La pregunta de Sloan tenía su razón de ser.

—Porque pensé que el tiempo haría su trabajo y enterraría de una vez por todas ese momento.

—Craso error.

—¿No me digas?

—Connor, vivimos en un pueblo pequeño y si quieres vivir tranquilo debes tener, en primer lugar, paz contigo mismo y en segundo lugar, paz con los vecinos, con las personas que te rodean —le aseguró—. Una cosa lleva a la otra. No sé si me entiendes.

—Perfectamente. Alto y claro.

—Bien por ti.

—¿Qué tal te va con Madison?

Sloan aceptó el cambio de tema, sabía que Connor maduraría su consejo más tarde, no era el momento de presionar.

—Creo que es feliz, lo que hace de mí un hombre dichoso. Más de lo que lo he sido nunca.

Connor levantó la jarra y brindó:

—Por mi amigo, el hombre que lo tiene todo.

Sloan no pudo más que reír. Connor tenía razón, si tenía a Madison, no podía esperar nada más.

—Debería irme a casa —comentó más para sí mismo que para su amigo—. Ahora eres un hombre casado y Madison te está esperando.

—Madison sabe perfectamente dónde y con quién estoy —afirmó Sloan mientras aclaraba la barra con un paño húmedo.

—¿Qué sentiste?

Sloan se detuvo.

—¿Cuándo? —preguntó su amigo arqueando ambas cejas.

—Cuando supiste que se había ido, que no iba a ser tuya.

—Tú estuviste aquí conmigo, lo sabes de sobra —respondió Sloan retomando su tarea.

—Eras como un libro cerrado, Sloan.

Sloan abrió el grifo y puso el paño bajo el chorro de agua caliente, una vez aclarado, lo retorció y lo dobló con esmero.

—Me sentí perdido —confesó con gesto contrito—, como si me faltase algo. Supongo que me dejé llevar por la rutina, por el día a día, pero no era feliz. Sentía que me faltaba algo y aunque supiera que ese algo era ella, me negaba a reconocerlo porque fue Madison la que se marchó, la que me abandonó.

—Tenía sus motivos.

—Ya lo creo —dijo Sloan en voz baja. Chasqueó la lengua—, tuvieron que pasar semanas para darme cuenta de que si la quería, era yo quién debía mover pieza. Luego llegó la llamada de Justin, y eso fue todo lo que necesité para reafirmar mi decisión.

—¿Y si te hubiese dicho que no?

—Supongo que nunca quise valorar esa opción —confesó Sloan. Se rio de forma distraída—. Fue idea de Scott entrar primero en la galería y yo simplemente, quizá demasiado

nervioso para oponerme, decidí acatar la orden. Supongo que mi hijo no las tenía todas consigo y quería evitarme el bochorno si Madison se negaba a verme.

—Es un buen chico.

—El mejor.

—Sabes que se irá, ¿verdad?

Sloan asintió con una expresión ensombrecida.

—Soy consciente de ello. Madison me lo ha comentado en varias ocasiones y es ella la que me anima para que Scott vaya a estudiar a otro país, ya sea europeo o fuera de Europa.

—¿Te ha comentado algo al respecto?

—¿Scott?

Esta vez fue el turno de Connor en asentir.

—Quiere irse unos meses a Georgetown. Viviría en el apartamento que era de Madison, imagino que lo compartirá con Justin.

—Parece un buen tipo ese Justin.

—Una vez que descubres que es gay y que solo le une una relación amistosa con la mujer que amas, es el mejor.

Connor y Sloan rieron al unísono.

—Le debo mucho, y Madison le adora; así que la ecuación es fácil de resolver.

—Ya lo creo.

—¿Qué quiere estudiar Scott?

—Derecho. Así que tendremos un abogado en la familia.

Connor silbó con fuerza.

—Eso estaría genial. Médicos y abogados —rio de su propio comentario—. Creo que nos irá bien. Un día me comentó algo respecto a la ruta 66 —dejó caer a continuación como si tal cosa—, ¿ha cambiado de idea?

—Qué muchacho no se quiere tomar un año sabático —reconoció Sloan pensativo. Él y Scott habían hablado largo y tendido desde su vuelta. Sloan había seguido el consejo de Madison; así que lo había escuchado, había intentado dejar sus prejuicios a un lado y lo más importante, dejó que su hijo le hablase de sus sueños—. Lo hará, pero antes tendrá que tener un título entre las manos.

Connor sonrió.

—Siempre supe que claudicarías.

—¿Tenía alguna otra opción? —bromeó Sloan.

—Creo que no, amigo, creo que no.

Connor era parte de la familia y eso permitía que esa amistad fuera muy especial.

—Médicos y abogados. La combinación perfecta, ya lo creo —comentó Sloan con una sonrisa desenfadada. Salió de detrás de la barra y se acercó a su amigo, al llegar a su lado, le palmeó la espalda y ambos levantaron sus correspondientes jarras de cerveza a los labios.

—*Sláinte* —vociferaron al unísono antes de beber toda la jarra de un solo trago.

## CAPÍTULO 10

Kate releyó de nuevo la carta y no pudo evitar estremecerse. Se le formó un nudo en la garganta. Era la enésima de tantas otras. Dio vuelta a la misiva y siguió leyendo aquella hilera de números que parecían condenarla a perder su casa.

Se sentó en el sofá y se estremeció al pensar que aquel hogar que había formado junto a Tom se desmoronaba, pero las deudas eran ya estratosféricas e ir a hablar con el director del banco a estas alturas era ya un sin sentido, lo sabía, lo había intentado en varias ocasiones, pero sin resultado alguno.

La hipoteca y algún que otro crédito más se habían lapidado sus ahorros. Al principio se negó a creerlo, pero cuando descubrió que Tom había pedido dos créditos sin que ella estuviera al corriente de la situación, creyó morir.

Se frotó el cuello agarrotado, tenía nauseas y percibió un cierto mareo. Lo de siempre, pensó mientras se acariciaba aquella zona sensible donde recaían todas las preocupaciones.

Tom había sido un hombre emprendedor, nadie se lo podía reprochar, no obstante, aquella necesidad de hacerse rico y olvidarse para siempre del mar había llevado a la familia al desastre. Su marido había invertido en bolsa buena parte de sus ahorros, ahora ese dinero había desaparecido para siempre y con él, el futuro de sus hijos y todos los sueños que quedaban por cumplir.

Cuando le llegó la primera carta del banco no acusó a su marido de querer prosperar, de salir de una rutina dura y poco remunerada. Ella le había querido y después del desastre, a su manera le seguía queriendo, le comprendía perfectamente, pero con el paso del tiempo esa comprensión había dado lugar a una rabia sorda y a una impotencia al respecto de la cual poca cosa

podía hacer.

Pensó en la conversación de Matt con Connor. Su pequeño quería ser cirujano algún día, Kate tragó saliva y se llevó la mano a la frente, ese sueño nunca se haría realidad porque no tenía un solo centavo para invertir en él. Suspiró con la única intención de alejar las lágrimas, pero no lo consiguió.

No tenía nada, ni siquiera casa, ni un techo para cobijarse porque el banco se la había arrebatado. Era cuestión de semanas o como mucho unos meses, luego todo se terminaría y se llevaría a cabo el desahucio.

*Desahucio.* Qué palabra más horrible a los oídos de los que ya no les quedaba ninguna posesión que perder.

El sollozo débil se convirtió en un reguero de lágrimas. No podía pedir ayuda a su padre y menos a Rosemary, Madison y Sloan quedaban descartados, se acababan de casar y Scott comenzaría sus estudios universitarios... no tenía a nadie a quien recurrir sin ser una carga o acabar chantajeada. Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano e intentó insuflar aire a los pulmones sin conseguirlo.

De pronto el nombre de Connor parpadeó en su mente, como si se tratase de una llamada intermitente que no cesaba. Quizás él podría ayudarla. La idea le pareció descabellada y se volatilizó de la misma manera en que había venido. Colocó la carta en la carpeta donde guardaba todas las notificaciones del banco y la cerró, no quedaba mucho tiempo, el desalojo era casi efectivo, ya no había nada que hacer, pero al menos debía intentar salir algo airosa de la situación.

Se dejó caer en el sofá y cerró los ojos. Los niños estaban con su abuelo. Siempre podía pedir ayuda a su padre, pero no deseaba que él supiera lo que estaba sucediendo. Se negaba a ello. Ian Campbell era un hombre que necesitaba tranquilidad, sosiego en su vida, no más problemas. Si acudía a él, su hermana sería como una serpiente de cascabel, siempre dispuesta a morder con su veneno; no, no podía hacerle eso a su padre.

El nombre de Connor volvió a resurgir. Sabía que podía confiar en él. El corazón se le aceleró y le cortó la respiración en la garganta. No perdía nada por intentarlo, quizás él podría ver

otras opciones que a ella se le escapaban. No quería su dinero, solo necesitaba hablar con alguien de aquello que la carcomía; ver el asunto desde otro punto de vista... además si Matt confiaba en él ¿por qué no iba hacerlo ella?

Se levantó del sofá antes de perder la valentía de llevar a cabo su plan y se dirigió al cuarto de baño. No tenía buen aspecto cuando su rostro se reflejó en el espejo, pero eso, al contrario que otras cosas, sí que podía solucionarlo. Así que abrió el grifo y dejó correr el agua, a continuación interrumpió el chorro colocando las manos en forma de cuenco hasta llenarlas, con esa pequeña cantidad se refrescó el rostro y el alma. Se secó con una de las toallas que descansaban en el colgador y a continuación extendió una pequeña cantidad de crema hidratante perfumada sobre la piel. Por último, se pintó los labios con un color que no era para nada llamativo.

Pensó en cambiarse de vestido, pero después pensó que no, le gustaba el que llevaba puesto. Era sencillo, pero muy cómodo, sin mangas, de cuello plisado y de impresión floral que le daba un toque muy romántico y alegre al mismo tiempo, algo que necesitaba desesperadamente. Cuando salió del baño, cogió del armario una chaqueta negra, de lana fina, se calzó y después alcanzó casi al vuelo la carpeta y su bolso.

No quería pensar en las consecuencias, solo necesitaba creer que iba a hablar con un amigo. Dejarían sus diferencias a un lado, Connor le había demostrado que era un buen hombre y que siempre había estado allí cuando lo había necesitado, pues bien, ahora lo necesitaba con urgencia.

\*\*\*

Connor pensó en su último paciente, se reclinó en su sillón y se frotó el entrecejo con los dedos. Era curioso cómo el pensamiento del ser humano podía cambiar de forma tan radical de un hemisferio a otro. Mientras que en África una botella de agua era un regalo de un valor incalculable, allí en la isla, el hecho de que lloviese de forma continuada era ya un verdadero problema para el que sufría artrosis o una inquietud para las

cosechas futuras. Estaba claro que el planeta no se regía por una balanza equilibrada.

Escuchó abrirse la puerta principal y se preguntó quién podría ser. Sus ojos recayeron en la esfera del reloj que colgaba en la pared; no era tarde, pero tampoco esperaba a nadie.

Un taconeó femenino y un par de toques en la puerta de la consulta lo sacaron de sus cavilaciones.

—Adelante —dijo poniéndose en pie.

La puerta se abrió y cuando vio a Kate en el umbral a punto estuvo de caer de nuevo en la silla.

Él la miró con los ojos entornados y la expresión incrédula de Connor no pasó desapercibida por ella.

—Lo siento. ¿Es muy tarde?

Connor solo pudo negar con la cabeza; no tenía ni idea de cómo tomarse esa visita, así que colocó los brazos en jarras y la observó circunspecto ya que en realidad no sabía muy bien cómo actuar. Kate le había dejado muy claro cuál debía ser su posición, llevaban semanas casi sin verse, ella había dibujado una línea divisoria entre ellos y al parecer, se la iba a saltar.

—Pasa, por favor. Siéntate.

Para sorpresa de Connor, Kate obedeció. Estaba preciosa con ese vestido floral y olía de maravilla, aunque no se podía decir lo mismo de su semblante. Sus ojos estaban enrojecidos e hinchados, tenía la impresión de que había llorado, casi podía afirmarlo sin la más mínima duda. Sus gestos eran lentos y tristes, como si las penas le pesasen demasiado.

—¿Qué ocurre? —preguntó intentando no parecer demasiado impaciente.

—Lamento venir a estas horas, pero necesitaba hablarte de algo.

Connor rodeó la mesa y se sentó al borde de la misma, cerca de Kate. No deseaba tocarla por miedo a que ella decidiera huir, pero tampoco quería que aumentara la distancia entre ellos. Algo le decía que aquella visita no era una ofrenda de paz.

Ella se movió inquieta en la silla y se inclinó un poco hacia adelante mientras sus dedos se tensionaban alrededor del bolso, su espalda recta era un gesto que indicaba rigidez, de eso

no cabía la más mínima duda, porque si algo había aprendido Connor en los últimos años era a estudiar las señales que mostraban sus pacientes.

—Kate...¿estás enferma?

Solo cuando ella escuchó su nombre en los labios de Connor se atrevió a mirarle. ¿Por qué pensó que ir a verlo iba a solucionar sus problemas? Por una fracción de segundo pensó en huir, pero aspiró con fuerza para soltar el aire muy despacio. Connor no se merecía que ella desapareciera sin más; además esa decisión terminaría con su amistad y ella no deseaba por nada del mundo que él desapareciera de su vida.

«¿De dónde sale ese pensamiento?», se preguntó.

—Kate...—insistió de nuevo Connor—, ¿qué ocurre?

La tensión en su voz era más que evidente.

—Estoy bien —le dijo intentando que su tono no fuera demasiado lineal, pero al parecer no lo logró—. Lo primero de todo es pedirte disculpas por mi comportamiento de estas últimas semanas —Kate pronunció parte de la última frase mirando en dirección al suelo.

Connor la observó detenidamente y se preguntó qué le habría traído a Kate hasta la consulta. Sabía que estaba bien, aunque parecía agotada, su aspecto no era el de una mujer enferma; además cumplía con su contrato verbal de limpiar la casa. Fue entonces cuando se le dibujó un rictus amargo en la boca. Se inclinó hacia adelante y con toda la delicadeza que reunió colocó un dedo bajo la barbilla de ella y, de este modo, le hizo levantar la mirada. Kate al sentir el roce de su piel se estremeció y no tuvo otra opción que enfrentarse a los ojos del hombre que tenía ante sí.

—No hay nada por lo que disculparse, Kate. Tu actitud no ha sido una ofensa para mí. ¿Qué ocurre?

A Connor le hubiese encantado amoldar su boca con la de ella. Parecía una mujer indefensa, nada que ver con la Kate que él conocía.

Ella se limitó a esbozar una tenue sonrisa y Connor percibió cómo la tensión en su entrepierna aumentaba por momentos. Se removió inquieto sobre la mesa e intentó por todos

los medios tranquilizarse, pero no le fue posible. Tener a Kate tan cerca era maravilloso.

—Te agradezco que no pienses que soy una boba.

Él le recorrió el mentón con el pulgar, pero retiró la mano de forma inmediata al comprobar que le gustaba demasiado aquel tacto.

—¿Me vas a decir de una vez por todas qué ocurre? — preguntó llevando de nuevo su mano a la rodilla.

—Tom.

Escuchar el nombre de su amigo en boca de Kate hizo que apretase los labios con fuerza. Luchar contra un fantasma estaba siendo mucho más duro de lo que hubiese podido imaginar en un principio.

—Tom —repitió él casi en un susurro arqueando ambas cejas.

Ella asintió, cruzó las piernas y se recostó en la silla. Abrió su bolso y extrajo la carpeta, luego la carta que había guardado antes de salir de casa y se la entregó.

Connor no dudó en coger el papel que le ofrecía Kate. Estaba doblado en tres partes. Lo desplegó sin dejar de mirarla a los ojos y segundos después comenzó a leer.

Kate observó el semblante de Connor mientras leía, su rostro pasaba de la incredulidad a la alarma. Acto seguido dejó de leer y la miró con preocupación.

—Por lo que leo has recibido más cartas.

—Así es.

Él se frotó las manos en las rodillas y frunció los labios antes de hablar. Tom había dejado a su familia en la ruina. Maldijo para sus adentros tantas veces que pensó que Tom podría llegar a revolverse en su tumba. Se ordenó a sí mismo que debía tranquilizarse.

—Por lo que entiendo, tú no sabías nada de todo esto.

—No.

Connor tomó una bocanada de aire. Nadie en su sano juicio podía hacerse cargo de esa cantidad ingente de dinero, pero aún así dijo:

—Kate, tengo un dinero ahorrado... no llega para pagar la

deuda, pero al menos podemos ganar algo de tiempo.

Ella se levantó de forma precipitada.

—No he venido a buscar dinero.

Connor observó la carta que aún sostenía entre las manos y luego su mirada recayó de nuevo en Kate. Ahora comprendía de dónde venían esas lágrimas y esa tristeza. Sin duda tenía motivos para ello.

—¿No has venido a buscar dinero? —inquirió incrédulo—. Aquí pone que...

—Sé leer, Connor —le interrumpió ella. El nudo que notaba en la garganta se intensificó hasta que pensó que podía ahogarla. Acudir a Connor había sido un error. Cerró los ojos y se frotó la frente con los dedos intentando acabar con ese incipiente dolor de cabeza que ya le amenazaba—. Solo busco un amigo, alguien a quien contarle mis penas. —Acarició el pomo de la puerta con el único deseo de salir corriendo—. Debería haber acudido a Madison, supongo, pero está recién casada y es inmensamente feliz, no deseo ser yo quien rompa ese momento maravilloso.

Él pareció leerle el pensamiento porque dejó la carta sobre la mesa y sus pasos precipitados se dirigieron a ella.

—Estoy aquí, Kate. Siempre lo he estado —le aclaró—, y me alegro muchísimo de que hayas confiado en mí.

Ella se limitó a mirarlo.

—Te he ofrecido el dinero porque es lo primero que se me ha pasado por la cabeza. —Se presionó los ojos con los dedos antes de continuar—: Ya me conoces, soy un hombre de ciencia, ante todo, pragmático.

Algo dentro de ella que creía estar muerto, se encendió.

—Puedes contar conmigo para lo que necesites, ya lo sabes.

Y Kate lo sabía, quizás por esa razón se encontraba allí.

—Kate...

Los ojos oscuros de él tenían destellos dorados, ese pequeño detalle le daba un halo de misterio, un misterio que ella, a pesar del transcurso de los años, no había sabido descifrar.

—Matt habla contigo.

La frase salió de su boca con demasiada celeridad, lo comprendió al observar el gesto de asombro con el que él la miraba.

—Lo siento, debería habértelo dicho —se disculpó—, pero la situación era complicada.

—Imagino que te estás refiriendo a *nuestra situación*.

Ella no pudo disimular el dolor que le produjo el silencio de Connor.

—No era mi intención.

—Me hubiese encantado saberlo por ti. Al fin y al cabo Matt es mi hijo y no fue en mí en quien confió para hablar... lo ha hecho contigo —Presionó los dedos sobre las sienes palpitantes—. Supongo que hay algo que he hecho mal.

—Sabes que eso no es cierto, Kate —dijo él de inmediato, haciendo énfasis en cada palabra—. Matt ha creado una muralla a su alrededor, una fortaleza diría yo y ahora esos muros están cayendo por sí solos. Nada es culpa tuya. Nada de esto es culpa tuya.

Ella lo miró con cierta cautela.

—¿Tú crees que soy buena madre?

—Eres la mejor madre que puedan tener tus hijos. Jamás dudes de ello, por favor. Matt solo busca a alguien que no le juzgue, que no le haga cribar sus pensamientos, al fin y al cabo es algo común en personas que han sufrido un trauma. Es un niño maravilloso y el tiempo hará el resto, solo es cuestión de paciencia.

Ella desvió la mirada a la pared más próxima.

—No está siendo fácil para nadie, y paciencia me queda poca.

—Estoy de acuerdo contigo, la muerte de Tom no está siendo fácil de sobrellevar para aquellos que le queríamos.

Kate se dijo a sí misma que debía hacer frente a sus sentimientos. Ya no era una adolescente, era toda una mujer aunque no tuviese ni idea de cómo canalizar todas esas sensaciones.

—Hay más, Connor.

Él cruzó los brazos por delante del pecho y enarcó una

ceja.

—¿Más de qué?

—Supongo que miedo.

—¿Miedo a qué?

—A aceptar lo que siempre he sentido por ti. No logro entenderlo.

Connor, sorprendido, descruzó los brazos y los dejó caer. La mente se le abotargó mientras intentaba digerir lo que Kate le había dicho.

—Supongo que no es justo para ti que ahora te diga esto, pero necesito aclarar las cosas entre nosotros de una vez por todas.

Ella se envolvió con los brazos, como si así quisiera protegerse del intenso silencio con el que él la obsequiaba.

—Te he extrañado toda una vida, Kate, apenas he logrado aprender a vivir sin ti. Eso es un hecho.

El corazón de Kate le latía con tanta fuerza que pensó que se le podía salir del pecho de un momento a otro.

—Tengo la impresión de que «misterio» debería ser tu segundo nombre.

Él soltó una carcajada y acertó la distancia que los separaba.

—Siempre has sido tú, Kate.

—¿Siempre? —preguntó ella sin poder creérselo.

—Siempre —afirmó él—. Pero ya conoces la historia. Tom se adelantó, tú lo aceptaste y pensé que lo mejor era dejar las cosas como estaban. Los hombres respetamos a las mujeres que nuestros amigos eligen, digamos que es un acuerdo tácito entre nosotros. Se me rompió el corazón y no supe qué hacer al respecto.

—¿Por qué guardar el secreto? Yo tenía derecho a saber lo que tú sentías por mí.

Connor refrenó su sonrisa, una mano se cerró en torno a su brazo, la atrajo hacia sí y le apoyó la cabeza contra su pecho.

—Me marché lejos pensando que la distancia borraría tu rastro, sin embargo, me equivoqué porque conseguí el efecto contrario. Tu presencia se hizo más intensa, más dura de

sobrellevar. Pensé en mí, supuse que tú ya eras feliz al lado de Tom —Le puso la mano sobre el pelo y comenzó a acariciarlo. Aún no podía creer que Kate estuviese entre sus brazos—. Os imaginaba a ti y a Tom juntos y eso me hacía daño, así que me mataba a trabajar. El cólera, la malaria o la tuberculosis no eran rivales, eran una forma de mantenerme ocupado, rendirme ante el agotamiento físico que tras varios días me hacían caer en la cama y no pensar con claridad en nada que me hiciese recordar mi vida anterior. No temía a la muerte porque de alguna manera algo en mí ya había muerto. Al principio fue así... pero después descubrí la verdadera vocación, la necesidad de curar, de crear un mundo mejor. Ese pensamiento me dio la paz que necesitaba.

Ella se estremeció al escuchar las palabras de él.

—¿Y las mujeres que han pasado por tu vida?

Él la besó en el pelo antes de responder.

—No te voy a decir que he sido un monje porque te mentiría, pero ninguna de ellas era tú. Al principio me impacientaba, me enfadaba conmigo mismo —confesó—, pero después aprendí a vivir el día a día. Se iban igual que venían, con el corazón vacío.

Kate nunca había imaginado que en los brazos de Connor encontraría esa paz que tantas veces había anhelado los últimos meses.

—En mi vida solo han estado Tom y los niños. No he conocido a otro hombre.

—Entonces has estado muy ocupada, porque he de decirte que son unos niños maravillosos... pero muy inquietos.

Ella no pudo más que echarse a reír ante el comentario.

—Ya sabes a lo que me refiero —le dijo golpeando de forma suave el hombro de él.

—Lo sé perfectamente.

Ella se apartó lo suficiente para mirarlo directamente a los ojos.

—¿Por qué has vuelto, Connor?

Él la miró con cierta cautela.

—Podría decirte que volví porque necesitaba a mis amigos, mis raíces o un cambio de aires. Todo es cierto, por lo

tanto no te mentiría. Sin embargo, la verdadera razón de venir fuiste tú —Se humedeció los labios antes de continuar—. Necesitaba saber cómo te encontrabas, anhelaba volver para hacer las paces con Tom, a sabiendas de que no podría hacerlo. Volver a casa siempre es una buena elección, me dijo una vez un buen amigo en África. Seguí su consejo, recogí las pocas pertenencias que tenía y regresé.

Los ojos de Kate se anegaron de lágrimas.

—Cuando llegué y Sloan estaba pasando un mal momento con Madison, me percaté de que la gente me pedía consejo cada vez que salía de paseo —La acercó a él de nuevo, pero antes le retiró un mechón y se lo colocó detrás de la oreja—. Algo me decía que debía quedarme, al menos por un tiempo.

Una alarma sonó en el cerebro de Kate.

—¿Un tiempo?

—Sí. El día que te besé supe que podía haberte perdido para siempre. No pude verte con Tom, no podría verte con ningún otro hombre, Kate —aclaró—. Si eliges a otro, no podría quedarme. No es una amenaza —declaró —, es un hecho.

Kate se acercó más a él.

—Ahora mismo mi vida es un sinsentido...

—No digas eso... —le interrumpió él. Pero no pudo terminar la frase porque ella le puso el dedo índice en los labios.

—Pero desde que tú has llegado, las aguas parece que comienzan a volver a su cauce —Escondió el rostro en el hueco de su hombro mientras sentía el calor de la mano de Connor apoyada en su cintura—. Perder la casa no es lo peor que me pueda pasar, lo más importante son mis hijos, Connor. ¿Puedes comprender eso?

—Por supuesto.

Kate se apartó, pero no demasiado.

—No quiero decirles que fue su padre quien ha echado a perder su futuro —suspiró—, no deseo que nadie sepa que Tom nos ha dejado sin nada, no puedo, Connor. Tom era como era, pero fue un buen marido y mejor padre.

Ella se acercó más, casi tocando su nariz con la barbilla de Connor.

—Eso te honra, Kate.

Él no podía verla, la tenía demasiado cerca, pero pudo sentirla sonreír.

—Me tienes en demasiada estima.

—Te tengo en el mismo pedestal en el que te puse hace años.

Ella se puso de puntillas y depositó un cálido y ligero beso en la mejilla de él.

—¿Te irás algún día?

Él la observó sin comprender su pregunta.

—¿Volverás a África?

Connor pudo entrever su miedo reflejado en sus ojos.

—El cariño de los tuyos son las raíces que te permiten agarrarte en la tierra en la que has decidido vivir.

—¿Eso es un no?

—Eso es un «depende de ti».

Ella tardó en reaccionar, pero al final lo hizo: sonrió.

—Hablaré con mi padre, todo se arreglará.

¿Aquello era una despedida?

Connor apretó la mandíbula hasta que le dolieron los dientes.

La abrazó con una necesidad imperiosa mientras su boca descendía hacia la de ella. Casi sintió alivio cuando Kate no se apartó, la vio cerrar los ojos y estuvo a punto de volverse loco.

Kate, aunque quisiera no podía huir porque necesitaba más que nada ese contacto. Anhelaba volver a sentirse mujer. Connor la miraba con adoración y ella no podía rehuir esa necesidad de verse deseada; así que separó los labios; la boca de Connor se movía con lentitud, de forma fogosa y al mismo tiempo exigente.

Debería huir ahora, aún estaba a tiempo, sin embargo la voz de Connor la detuvo y deshizo aquel pensamiento en mil pedazos.

—Kate...—le escuchó susurrar contra su boca.

Ella sintió ser presa de un escalofrío. Escuchó el retumbar de su corazón en los oídos y una punzada de necesidad entre las piernas.

¿En qué momento exacto se había enamorado de Connor?

## CAPÍTULO 11

Connor deslizó un brazo en torno a ella y abrió la mano sobre una de las nalgas de Kate, dejó su boca para mordisquear y besar el fino hueso de su mandíbula. Ella, como si fuera un acto reflejo, echó la cabeza hacia atrás, facilitándole el acceso; él no perdió la oportunidad y lamió cada centímetro de piel que encontraba a su paso. Descendió por el cuello con la única necesidad de saciarse de su sabor, pero lo veía improbable, porque aquella sensación de hambre agónica no quería desaparecer, sino todo lo contrario. Su sed por ella no tenía ninguna intención de apagarse.

Connor creyó que no podía soportar demasiado tiempo esa situación; su miembro ya duro de por sí, se endureció aún más, como si eso fuera posible. La deseaba por encima de todas las cosas, la quería, siempre había sido así y difícilmente sus sentimientos iban a cambiar en un futuro. De negarlo, se negaría a sí mismo como persona. Kate sabía a miel, a especias, a sexo... frotó su nariz contra su cuello.

—Kate... —volvió a susurrar al oído de ella—. Sube conmigo a la habitación.

Ella tardó tanto tiempo en responder que a Connor le pareció una eternidad. Abrió la boca para responderle, pero volvió a cerrarla con un suspiro.

—Me encantaría, pero no puedo... tengo que ir a buscar a los niños.

La voz de ella se interrumpió a causa de un nuevo gemido. Dejó que sus dedos se enredaran en el pelo de él, no deseaba marcharse, anhelaba que ese instante se perdiera en el tiempo, pero la obligación la llamaba casi a gritos. Quizá era mejor así.

En algún momento escuchó gruñir a Connor. Le entendía perfectamente porque ella anhelaba lo mismo. Casi sin pensarlo levantó una pierna y la amoldó a la de Connor, él no se hizo esperar, acarició su muslo desnudo de arriba abajo, de una manera sensual y provocativa. La mano de Connor era puro fuego sobre su piel.

—Te deseo más que a nada en el mundo.

Kate se aplastó contra el duro y palpitante torso masculino como respuesta.

—Dios sabe que no quería que nuestra primera vez fuese así...

Una burbujeante carcajada brotó de la garganta de ella.

Él la borró ipso facto cuando asaltó su boca, ella no protestó sino que se limitó a aceptar su lengua y permitió que explorara cada resquicio de ella. Se perdió en aquel beso pasional y fuera de control.

Connor la levantó en volandas y las piernas de Kate quedaron enredadas alrededor de sus caderas, se sintió levitar, como si volase, y deseada, algo que hacía mucho tiempo que no formaba parte de su vida.

El vestido quedó hecho un gurrño en la cintura de Kate, pero a ella no le importó, percibió cómo la madera contactó con su piel cuando Connor la depositó sobre la mesa.

—No imaginas cuántas veces he soñado con esto.

La voz de Connor era gutural y al mismo tiempo sensual, una combinación que hizo que el algodón que los separaba se humedeciese al instante. Él introdujo los pulgares en el elástico de sus bragas, se las bajó sin dejar de mirarla a los ojos y las hizo rodar por sus largas y esbeltas piernas hasta dejarlas caer en el suelo. La abrió más de piernas y la mirada de Connor se perdió en el sexo húmedo de ella.

—Eres más bonita que en mis sueños.

Ella fue a decir algo, pero Connor ahogó sus palabras con un beso profundo y excitante. Mientras la besaba, los dedos de él jugaban con su clítoris de una forma que Kate creyó morir. El orgasmo llegó sin previo aviso. Gritó cuando una oleada de placer la invadió y la dejó más vulnerable que nunca. Intentó no

pensar en Tom, pero no pudo. Con su marido había disfrutado del sexo, de eso no tenía duda alguna, pero en ese mismo instante todo parecía diferente, como si la vida le regalase una nueva primera vez. Había algo en Connor, algo indescriptible, algo que la obnubilaba, que la atraía de una forma irrefrenable y eso la encantaba y la asustaba al mismo tiempo. En algún momento escuchó algo, pero no supo lo que era hasta que sintió la punta del pene de Connor contra su vagina.

—Kate, mírame.

Ella tuvo que recurrir a toda su voluntad para difuminar sus pensamientos lo suficiente como para abrir los ojos, los párpados le pesaban demasiado, sin embargo, hizo un esfuerzo y los abrió. Connor tenía los labios apretados y la mandíbula tensa.

—Te necesito.

Ella lo entendía perfectamente y asintió despacio.

—¿Estás segura? ¿Tomas algún tipo de anticonceptivo?

Kate sintió cómo la cabeza del pene se ajustaba a los labios de su vagina.

—Por favor...

Aquello sonó más como una súplica que como un deseo.

—Kate, dime, ¿tomas la píldora? —inquirió Connor con la mandíbula tensa.

Sí la tomaba, sus reglas eran irregulares y el ginecólogo se las había recetado después de nacer Matt.

—Kate, cariño, respóndeme.

Ella creyó haberlo hecho, pero al observar el gesto suplicante de Connor supo que su respuesta había quedado bloqueada en su cerebro.

—Sí. La tomo.

Connor sonrió.

—En mi vida he necesitado tanto a alguien.

No perdió tiempo, sujetó las piernas de Kate y se abrió paso con su miembro duro y excitante a través de la hendidura húmeda y cálida. Kate, al ver que sus brazos no soportaban aquella presión se dejó caer suavemente sobre la mesa y fue así como sintió la primera oleada de calor en la parte inferior de su vientre. Ya no tenía duda alguna, aquella sensación casi febril era

muy diferente al sexo que había mantenido en el pasado. Connor empujó con fuerza hasta que los empujones se hicieron más intensos y rápidos. Gimió y gruñó al sentir como la vagina de ella se acoplaba perfectamente a su miembro duro. Aquella sensación era como llegar al cielo y luego caer de forma vertiginosa en caída libre. Fue así como le llegó el orgasmo, de una forma salvaje e imprevista.

\*\*\*

Kate caminó despacio, le dolía todo el cuerpo, pero no se quejaba. Connor era un amante atento, sensual y cariñoso. Le había costado casi dos orgasmos más salir de la consulta; él no deseaba que se fuera, pero tampoco se opuso llegado el momento de ir a buscar a los niños, lo cual ella agradeció.

Habían llegado a un acuerdo mutuo: de momento nadie sabría que eran amantes. Ella necesitaba tiempo para asimilar lo que había sucedido y Connor lo había aceptado, aunque no de buen grado. Le propuso que ella y los niños se fueran a vivir con él, con el tiempo buscarían respuestas a las preguntas de Elliot y Matt, los demás no importaban, solo ellos cuatro, pero ella, recelosa, se resistió. Necesitaba recolocar sus pensamientos y lo más importante de todo, sus sentimientos.

Llegó a casa de su padre llena de preguntas sin respuesta, pero decidió posponerlas para después.

—Hola —saludó nada más entrar en la cocina.

Su padre se encontraba solo en ese momento, en una de sus manos sostenía la tetera. Ian colocó su dedo índice en los labios para que Kate guardara silencio.

—¿Lo escuchas? —preguntó casi en un susurro.

Kate dejó su bolso sobre una de las sillas y agudizó el oído. Sus hijos se encontraban en la habitación de al lado. Elliot hablaba sin parar y daba unas órdenes muy específicas a Matt. Kate no vio nada extraño en ese comportamiento, era ya algo habitual entre sus hijos que fuese Elliot quien llevase la voz cantante. De pronto, una sonrisa asomó en el rostro de su padre.

Matt comenzó a hablar y expuso algunas ideas sobre el

juego que tenían entre manos.

—¿Le escuchas?

Kate observó cómo su padre se emocionaba.

—Ya habla...—susurró Ian en un tono marcado por la emoción.

Ella se acercó rauda a su padre y lo abrazó.

—Hace unos días que lo hace.

—¿En serio? —preguntó un Ian aturdido alejándose lo suficiente para mirar a su hija a los ojos—. ¿Por qué no me habías dicho nada al respecto?

—Porque hasta ahora solo habla con su hermano y con Connor.

—¿Connor? —preguntó sorprendido con una de las cejas arqueadas—. Es curioso, ¿no crees?

—Supongo que sí.

—Es maravilloso, Kate. ¿Quieres un té?

—Sí. Por favor.

—¿De dónde vienes? —preguntó Ian.

Kate pensó que mentir a su padre sería un error así que no lo hizo.

—De casa de Connor.

—¿Has tenido que trabajar hasta tan tarde?

El hervidor, que ya estaba en el fuego, al cabo de un par de minutos dejó escapar un sonido estridente. Ian lo retiró y no esperó, vertió el agua humeante en las respectivas tazas que se encontraban sobre la mesa.

Kate se sentó y percibió cierto resquemor en sus partes más íntimas, lo que provocó que sus mejillas se sonrosasen.

—Vaya, ya entiendo.

Kate se sobresaltó al escuchar ese tono tan condescendiente.

—No es lo que parece —repuso ella de inmediato sin poder evitarlo.

—¿Ah, no? ¿Y qué es lo que parece?

—Papá —suplicó Kate.

—Me alegro muchísimo por vosotros, Kate. Ambos os merecéis lo mejor.

—No hay nada que merecer, y quita de una vez esa sonrisa tonta de los labios —le advirtió Kate al ver el gesto de alegría de su padre reflejado en el rostro.

—Solo quiero que seas feliz, hija.

—Es mejor no hacerse ilusiones.

Ian arrastró la silla, acto seguido, se sentó al lado de Kate. Suspiró antes de hablar:

—Es mejor tener ilusiones que no tener nada.

—Papá, por favor, no deseo tener esta conversación contigo.

—Kate, sé que no soy nadie para darte consejos, sin embargo, te diré algo y espero que no caiga en saco roto —Refrenó una sonrisa—. Una vez que han pasado los años te percatas de que hay cosas a las que le has dedicado demasiado tiempo y esfuerzo y a otras no tanto. El equilibrio mental llega cuando uno cree estar satisfecho consigo mismo, por lo tanto solo piensa en ti y en tus hijos, y sé feliz de la forma que decidas.

Kate le sostuvo la mirada mientras sus manos rodeaban la humeante taza de té.

—Lo dices por Fiona y por Madison.

—Así es.

—¿Si hubieras sabido que Madison existía te hubieses marchado?

Ian sopesó la pregunta tras beber un sorbo de té.

—¿Lo que me quieres preguntar es que, si de haber sabido la existencia de Madison, os hubiera dejado a vosotras?

Kate no se atrevió a responder a esa pregunta. Ian observó a su hija. Su pequeña Kate había sido su mundo durante muchos años, luego llegaron los nietos y ellos agrandaron su existencia.

—No, no lo hubiera hecho. Fiona me conocía demasiado bien y supongo que ese fue el motivo por el que nunca me habló de Madison.

—¿Lo lamentas?

—En parte sí, pero para eso ya no tengo solución, así que lo mejor es pasar página.

—Fiona debió ser una gran mujer. Creo que me hubiera gustado conocerla.

Su padre sonrió de una forma que a Kate le pareció excesivamente triste.

—Lo era, sin embargo de nada sirve lamentarse. Fue ella la que tomó la decisión, de alguna manera decidió por todos y se llevó la peor parte —explicó con tristeza—. Yo me quedé con vosotras y ella se quedó con Madison.

Kate giró la taza entre sus manos.

—No se lo puedes reprochar, papá.

—No, claro que no, pero Madison es hija mía también.

—¿Cómo van las cosas entre vosotros?

—Van. Supongo que es cuestión de tiempo —dijo en tono de resignación—. Está casada con Sloan y eso ayuda.

—Ya lo creo.

Ian abrazó a su hija y la atrajo hacia a él. Kate reposó la cabeza en el hombro de su padre.

—Hay algo más, ¿verdad, Kate? Algo que aún no me has contado.

Kate intentó con todas sus fuerzas deshacer el nudo que tenía en la garganta.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó con voz ronca.

—Porque te conozco mejor que a mí mismo. ¿Qué ocurre?

Kate se debatió entre sí contárselo todo a su padre o minimizar los daños, pero como él solía decir, las mentiras con el transcurso del tiempo pesaban demasiado.

—Voy a perder la casa.

Ian soltó a su hija de repente y la observó con una expresión adusta.

—¿Qué quieres decir con que vas a perder la casa?

—Tom dejó algunas deudas y...

—¿Desde cuándo lo sabes? —la interrumpió su padre.

—Desde hace tiempo —respondió sin demasiado énfasis—. Pensé que lo podría solucionar, pero no ha sido así.

—¡Por el amor de Dios, Kate! —exclamó su padre—. ¿Has cargado tú sola con ese dilema? ¿Por qué razón no me habías contado nada hasta ahora?

—Ya te he dicho que creí poder solucionarlo, pero no ha

sido así. No eches más leña al fuego, por favor.

Ian se pasó la mano por el rostro con cierto pesar.

—Ha sido porque he estado muy ocupado con el tema de Madison, ¿no es así?

Kate decidió mentir.

—Sabes que eso no es cierto. No quería preocuparos, y luego mamá enfermó y opté por dejar las cosas como estaban. Fue una decisión mía, solo eso, no le des más vueltas, por favor.

Ian soltó un bufido.

Estaba claro que su padre no la creía.

—¿Qué vas a hacer al respecto?

—Nada. La decisión ya la ha tomado el banco por mí.

—Serán hijos de...

—Papá —Kate colocó su mano en el antebrazo de su padre con la única intención de calmarle—. Lo he intentado, pero no le he logrado.

Ian soltó un juramento.

—¿A cuánto asciende la deuda?

Kate se lo dijo.

Ian abrió tanto los ojos que se le olvidó pestañear.

—Juro por Dios que no lo entiendo. ¿En qué estaba pensando Tom?

—Lo único que deseaba era darnos una vida mejor.

—¿Mejor, dices? Kate, os ha dejado en la ruina.

Kate se levantó de la silla.

—Esa era la razón por la cual no quería comentarte nada.

—¿Pero es que no lo ves?!

—No soy ciega, papá —dijo sin rodeos intentando controlar la situación—. Tom quería lo mejor para nosotros, sin embargo, sus decisiones no fueron del todo acertadas.

Ian tuvo que refrenar su lengua para no soltar un improperio aún mayor que el anterior. Kate necesitaba soluciones, no más conflictos.

—Aquí hay espacio suficiente para vosotros. La casa es grande —repuso.

Kate se cruzó de brazos y comenzó a pasearse de un extremo al otro de la cocina.

—Y, ¿qué dirá Rosemary? Pondrá el grito en el cielo.

Ian se giró en la silla para seguir con mayor atención los pasos de su hija.

—Rosemary podrá decir misa, eso no debe importarte.

Kate dejó caer los brazos en el mismo instante que se detuvo.

—Más problemas, papá. No, no quiero una guerra entre hermanas, la conozco demasiado bien y nos haría la vida imposible.

Ian sabía que Kate llevaba razón, pero aún así insistió.

—Lo comprenderá.

—No, no lo hará, la conoces mejor que yo y es como mamá, demasiado rencorosa.

—No puedes tomar decisiones con respecto a lo que va a pensar tu hermana, Kate.

Ella sabía que su padre estaba en lo cierto.

—En el fondo sabes que es lo mejor para todos.

—Bien —Ian intentó con el tono conciliador—. Si no vienes a vivir aquí, ¿qué harás?

—Aún no lo sé.

—¿No estarás pensando en marcharte?

Su padre formuló la pregunta en un tono de alarma.

—Tú adoras este pueblo —continuó Ian.

Y era cierto, adoraba Uig, estaba enamorada de aquellas inmensas praderas verdes y de ese mar que aún habiéndole arrebatado a su marido seguía siendo digno de admiración. Sus hijos crecían saludables y Matt se iba recuperando poco a poco. Era consciente de que un cambio tan drástico, como el hecho de mudarse a vivir a una ciudad más grande, iba a ser contraproducente para su hijo pequeño. Sopesó la invitación de Connor una vez más, pero sabía en su fuero interno que no debía aceptar esa proposición.

La cabeza le daba vueltas y sus pensamientos parecían una ruleta, la bola no parecía querer caer en ninguno de los números propuestos por el azar.

Se detuvo y observó a su padre. De pronto parecía haber envejecido diez años más, parecía agotado y ella lo lamentó.

Ian Campbell era un hombre que había tenido que soportar demasiado en su vida y ahora en su vejez, en vez de encontrar la calma, los problemas parecían no querer dejarlo de lado.

—No, no voy a marcharme a ninguna parte.

«De momento», pensó.

El rostro de su padre se relajó ipso facto.

—Bien.

Kate se acercó a él y se puso de cuclillas para estar a su altura.

—Papá, lo voy a arreglar.

Ian miró a su hija con una expresión insegura.

—Kate, los problemas solo se solucionan tomando decisiones, no posponiéndolas.

Kate desvió la mirada. Su padre tenía razón, debía tomar muchas decisiones a lo largo de los días y el haber hecho el amor con Connor solo complicaba más aún la situación. Se encontró a sí misma navegando por un mar de dudas. Había llegado el momento de tomar las riendas de su vida. Llevaba demasiado tiempo navegando a la deriva.

## CAPÍTULO 12

—Kate, no puedes estar hablando en serio.

Madison observó a su hermana con los ojos abiertos de par en par. Ambas se encontraban en el taller que Sloan aún estaba construyendo para Madison cerca de la casa. No era un espacio muy grande, pero dos de las cuatro paredes se abrían al exterior tras dos grandes ventanales que dejaban pasar la luz natural; en la otra había dispuestas varias baldas donde Madison había colocado sus herramientas, pinceles y barnices, todo lo necesario para pintar y para la restauración de muebles antiguos. En ese mismo instante la puerta se encontraba entreabierta, al igual que las dos ventanas, lo que hacía que la brisa primaveral revolotease a su antojo por el taller. El graznido de las gaviotas se escuchaba muy cerca, era parte de una melodía más que les ofrecía un pueblo tranquilo y la naturaleza en sí misma.

Kate bajó la cabeza y se miró las manos entrelazadas. Lo había pensado mucho, es más, llevaba varios días dándole vueltas al asunto y al final había decidido acudir a Madison. Connor la llamaba todos los días, pero ella le respondía con evasivas, había decidido volver a la seguridad de su cascarón y se había vuelto a recluir en sí misma.

—No sé lo que voy a hacer, Madison.

Madison dejó el cajón de madera en el que estaba trabajando y el papel de lija sobre la mesa, se acercó a su hermana y la abrazó sin más, gracias a Dios a Kate no le importó que el peto vaquero de Madison estuviese cubierto de manchas de pintura y virutas de madera.

—¿Por qué no has acudido a mí antes?

«Esa es la pregunta del millón», pensó Kate dejándose abrazar.

—Supongo que al principio fue testarudez, luego prudencia y por último vergüenza —dijo separándose lo suficiente de Madison para mirarle directamente a los ojos. Su hermana era una mujer feliz, eso saltaba a la vista y ese mismo instante, en el que se encontraban frente a frente, era el que ella había estado evitando en todo momento. No deseaba enturbiar esa felicidad, sin embargo, la necesidad se hacía cada vez más imperativa.

—Somos hermanas, ¿recuerdas?

—Aún me estoy acostumbrando a ello.

Madison, en vez de sentirse ofendida, sonrió.

—Supongo que estás en lo cierto.

Se separaron y fue Madison la que se apoyó en la mesa de trabajo.

—No te voy a negar, Kate, que la deuda es enorme, sin embargo, algo podremos hacer al respecto. Yo he vendido la casa de mi madre y...

—No, no he venido a buscar dinero. ¿Por qué todos aquellos a los que acudo pensáis lo mismo? —inquirió más enfadada consigo mismo que con su hermana.

Madison observó a la mujer que tenía ante sí, no parecía la misma que había dejado meses atrás. No pudo evitar sentir una mezcla de sorpresa y curiosidad por ella.

—No he terminado.

—Sé cual será tu propuesta, Madison, y no la acepto.

—Al menos déjame explicarme...

Kate negó con la cabeza.

—Ese dinero, el de la venta de la casa —especificó— será destinado para los estudios de Scott, ¿no es así?

—Bueno...—Madison se dejó vencer por su aturdimiento —. Es muy posible que así sea, pero...

—No, Madison. No creas que no agradezco tu oferta, mucho más de lo que tú crees —dijo sin perder en ningún momento la compostura—. Desde el primer momento en que te vi supe que eras una gran mujer, maravillosa, para ser más exactos y de haber tenido que elegir a una hermana, tú hubieses sido, sin duda, mi preferida.

Madison, emocionada, se acercó y volvió a abrazar a Kate.

—Agradezco tus palabras. Es muy importante para mí saber lo que sientes por esta inesperada situación, circunstancia que tú ni yo hemos elegido.

Kate solo pudo sonreír.

—Hay más.

Las cejas de Madison se arquearon sorprendidas.

—¿Más?

—Ajá.

—Soy toda oídos.

—Connor y yo...

El ruido del motor de un coche ahogó la exclamación de Madison.

—Y eso complica más la situación.

—O la aligera—contravino Madison.

—Se irá, Madison.

—Eso no lo sabes.

—Mírame. Soy una perdedora nata, por el amor de Dios.

Madison la observó de hito en hito.

—No te permito que hables así de ti misma —protestó Madison—. Tienes el deber de salir de este brete, por ti y por el bien de los niños.

Los pasos que se acercaban al taller se hicieron más audibles.

—Debe ser Sloan.

—¿A estas horas? —preguntó Kate acercándose a una de las ventanas e intentando poner distancia entre su hermana, o más bien, entre sus palabras y ella—. Supuse que se encontraría en el pub.

—Y así sería sino tuviese la costumbre de visitarme dos o tres veces al día para ver cómo estoy. ¡Qué sepas que la visita de Sloan no zanja esta conversación! —la amenazó.

Kate ignoró la última frase de su hermana y sin apartar la mirada tras el cristal preguntó.

—¿Y se puede saber cuál es el motivo de esa preocupación? Cualquiera diría que estuvieses embarazada, con

mareos y nauseas a todas horas.

El silencio que obtuvo al comentario fue la confirmación de la sospecha de Kate. Dejó de mirar a través del cristal para dirigir sus ojos a la figura feliz y radiante de su hermana.

—¡Dios mío, estás embarazada! —exclamó con júbilo—. Es algo maravilloso, Madison. ¿Se puede saber porqué no me has comentado nada?

La pregunta quedó suspendida en el aire. En ese mismo instante, entró al taller Sloan. Si la presencia de Kate le sorprendió, no lo dio a entender.

—Es mi día de suerte —saludó—, dos bellezas juntas.

Acto seguido dirigió sus pasos hacia su esposa, la cerró en el círculo de sus brazos y la besó en los labios. Después le preguntó casi en un susurro:

—¿Estás bien?

Como respuesta, Madison le echó los brazos al cuello y le besó con una sensualidad más explícita.

—En este mismo instante, mejor que bien.

Kate se vio como una intrusa, así que decidió que era hora de hacer mutis y desaparecer de escena.

—Un segundo.

La voz de Madison la detuvo.

—¿Por qué tengo la impresión de que la visita de Kate no es de cortesía? —inquirió Sloan deshaciendo el abrazo, pero sin apartarse de su esposa.

—Deberías contárselo a Sloan, Kate.

Su hermana le dedicó una mirada afligida.

—Sois la felicidad personificada, no debería ser yo quien la rompa. Además, se hace tarde.

—Kate, no voy a disculparme por el beso que le he dado a mi mujer.

—Ni yo lo pretendo —protestó—, me encanta veros felices, eso es todo. Además —añadió—, debo darte la enhorabuena, tengo entendido que en unos meses vas a ser padre de nuevo.

Kate pudo ver cierta confusión en el rostro de Sloan, pero una fracción de segundo después estaba sonriendo como un tonto.

—Pensé que querías esperar un poco más para hacerlo público —le comentó a su esposa depositando un cálido y sencillo beso en su cabello.

—Bueno...—apuntó una risueña Madison—. Kate es mi hermana y la verdad es que me moría de decírselo a alguien más, aparte de Scott.

Sloan atrajo más hacia sí a Madison, como si eso fuera posible.

—Me parece perfecto.

—Lo dicho, enhorabuena a los dos. Ahora debo irme —insistió Kate.

—¿Qué prisa tienes? Scott está afuera con Matt y Elliot. Además, ¿qué es eso que deberías decirme, según Madison?

Kate deseó salir corriendo de aquel taller, aunque eso supusiera encontrarse con sus problemas cara a cara.

—No es nada, Sloan...

—Kate —El tono de Madison fue tajante—. Por favor...

Sloan soltó a su esposa y se acercó a Kate con una ceja arqueada.

—¿Qué ocurre, Kate?

Kate se tragó las lágrimas como pudo. Aquella situación era de lo más bochornosa. Primero había sido con Connor, después con su padre y ahora con Sloan y Madison. Tenía la impresión de que no sabía solucionar los problemas que la acechaban por sí misma, algo que la preocupaba, y mucho. Ella era una mujer independiente, siempre lo había creído, que se valía por sí misma, pero últimamente abrigaba la impresión de que no podía hacer nada por sí sola. Los problemas la ahogaban, no la dejaban dormir, le quitaban el apetito y lo peor de todo es que se acrecentaban en su mente formando situaciones fatídicas, como el hecho de llegar a perder a sus hijos.

Aquella mujer en la que se estaba convirtiendo no era una Campbell.

—Va a perder la casa —soltó Madison a punto de perder la paciencia.

Kate observó cómo el rostro de Sloan mudaba de la sorpresa a alarmismo.

—¿Cómo es eso posible?

La pregunta iba dirigida a Kate, aunque hubiese sido su esposa quien le hubiese dado la mala noticia.

—Fue cosa de Tom —confirmó sintiéndose la peor esposa de la faz de la tierra.

Sloan se rascó la barbilla con aire pensativo.

—Déjame adivinar, al final pidió al banco aquel estúpido préstamo.

—¿Tú lo sabías? —bramó Kate sin poder creérselo aún.

Sloan soltó una especie de bufido.

—En su día me dijo algo al respecto y yo le aconsejé que no lo hiciera. Yo no podía facilitarle el dinero que necesitaba en ese momento e imagino que nadie del pueblo hubiera podido, era una suma considerable —Sloan puso los brazos en jarras, miró en dirección al suelo y, al mismo tiempo, soltó un juramento entre dientes—. Según me comentó era para pagar un préstamo anterior. Pasaron los días y no volvimos a hablar del tema. Di por hecho que lo había solucionado, no tengo ni idea porque llegué a esa conclusión —se lamentó—, pero jamás pensé que fuera a pedir otro préstamo. Fui un incauto al no preguntarle de nuevo.

—Sloan, no es culpa tuya. De hecho, no es de nadie, yo era su esposa y en ningún momento supe nada de los créditos hasta semanas después de su muerte —apostilló Kate con gesto austero.

—Lo siento, Kate, no sabes cuánto. Tom era el mejor amigo que uno podía desear —apuntó un desolado Sloan—, pero su mente solo tenía cabida para sueños imposibles.

—Lo sé —Kate refrenó una melancólica sonrisa.

Antes de hablar, Sloan miró a su esposa. Madison asintió y dio conformidad a la pregunta que estaba escrita en los ojos de su marido.

—Quizá nosotros podemos ayudarte —dijo dirigiéndose de nuevo a Kate.

—Os lo agradezco, pero no, Sloan. Madison me ha ofrecido el dinero de la venta de la casa de su madre, sin embargo, soy muy consciente de que esos ahorros tienen un fin, que no es otro que pagar los estudios de Scott en el extranjero.

—Si Madison te lo ha ofrecido es que se puede hacer algo más —puntualizó Sloan—, quizá...

—No —respondió Kate de forma taxativa.

Sloan le sostuvo la mirada, pero tenía muy claro cuando tenía una batalla perdida.

—¿Has hablado de esto con alguien más?

A Kate las lágrimas le quemaban, pero supo controlarlas.

—Lo saben Connor y mi padre.

—¿Alguien más?

Ella negó de forma enérgica con la cabeza.

—¿Qué piensan ellos de todo esto?

—Tanto mi padre como Connor me han ofrecido su casa.

—Es un punto de partida —comentó Sloan cambiando el peso de un pie a otro.

—Además, Connor se ha prestado a ayudarme económicamente.

—Quizá entre todos... —adujo un esperanzado Sloan.

—Ni hablar —La negación brotó de la garganta de Kate como una bala—. Vosotros tenéis un hijo a punto de ir a la universidad y otro en camino —Estas últimas palabras las pronunció con una nota de impaciencia en la voz—. Connor tiene su consulta y sus propios problemas y a mi padre ya le he metido demasiado en este embrollo.

—Kate, ¿qué podemos hacer al respecto? —preguntó Madison avanzando unos pasos hasta ponerse a la altura de Sloan, llegado a ese punto, entrelazó sus dedos con los de su marido.

A Kate ese gesto no le pasó inadvertido. Allí había amor verdadero.

—La casa del granero quedará libre en unos días, tú lo sabes —especificó Sloan—. Queda a tu entera disposición.

—No es necesario, sin embargo os agradezco el detalle —Por nada del mundo iba a permitir que el granero no se alquilase de nuevo. Todo el mundo necesitaba dinero, ella lo sabía mejor que nadie—. Lo que estáis haciendo ahora, permanecer a mi lado es maravilloso —Las lágrimas pugnaban por salir y supo que no podría retenerlas por más tiempo, así que optó por huir de forma

precipitada del taller.

Sloan y Madison observaron la puerta. Kate había desaparecido tras ella, al igual que muchos de sus sueños.

\*\*\*

Connor tiró el teléfono sobre la mesa. Era la tercera vez que llamaba a Kate esa mañana y no había obtenido ningún tipo de respuesta. Estaba furioso consigo mismo por dejarse llevar por un calentón. Kate se merecía algo más que un revolcón en su despacho. Necesitaba preliminares, palabras sensuales y dulces... ella era mucho más que un simple rollo de una tarde.

La había tratado como a una más y eso era algo imperdonable, y para echar más leña al fuego y que su genio llegase a límites insospechados, la consulta había estado abarrotada los últimos días. La llegada de la primavera aumentaba los casos de alergia y los cambios bruscos de temperatura eran los causantes de fiebres y catarros que hacían enfermar a buena parte de la isla. Se debatía entre ser médico u hombre.

Recogió de nuevo el teléfono y se disponía a salir de la consulta cuando la puerta principal se abrió de repente. Connor ahogó un improperio, no necesitaba más pacientes, solo anhelaba un poco de tiempo para sí mismo.

Maldijo el juramento hipocrático.

Cuando vio la figura cansada y el rostro afligido de Ian Campbell supo que no llegaba a su consulta un hombre enfermo sino un padre extenuado por la preocupación.

## CAPÍTULO 13

—Mamá, me voy a la cama.

Kate secó el último plato y lo colocó en la balda correspondiente. Giró la cabeza y observó como Elliot bostezaba. Aquel gesto hizo que deseara abrazarle con fuerza, sin embargo, se abstuvo de hacerlo porque a su hijo mayor ya no le gustaba que le tratasen como a un osito meloso.

—Está bien, cariño. ¿Matt se ha puesto el pijama?

Elliot asintió.

—Entonces perfecto. Ahora voy y os doy el beso de buenas noches.

Sus hijos aún dormían en la misma habitación. Antes de que muriese Tom había pensado que era el momento oportuno para que Matt tuviese su propia habitación, pero claro, tras la muerte de su padre eso fue del todo imposible. Su pequeño no quería dormir solo, aún tenía pesadillas que le despertaban en plena noche. Cuando ella quería acudir al rescate, Elliot ya se estaba haciendo cargo de la situación.

Kate volvió a su tarea de recoger y secar algunos de los cubiertos que quedaban sobre la encimera.

—Mamá.

Kate se volvió intrigada por el tono de su hijo mayor.

—¿Sí?

—¿Qué está pasando?

Algo en el interior de Kate se puso en alerta de inmediato.

—¿A qué te refieres? —preguntó como si tal cosa.

—No sé —Elliot se encogió de hombros—, ya no sonrías y cuando crees que no te vemos, lloras.

Kate se llevó la mano al estómago. De pronto se sentía fatal y no era por la cena. Casi no había probado bocado.

—Bueno, las madres también lloramos, no es solo cosa de niños.

Elliot ladeó la cabeza, como si buscara el verdadero significado detrás de las palabras que acababa de pronunciar su madre.

—Entonces, ¿algo va mal?

Kate respiró hondo antes de responder. Estaba agotada porque había ido a trabajar al pub, Graham debió percibir su cansancio porque había sido él quien le había sugerido salir una hora antes. Había sido Scott quien la había reemplazado en la cocina. Dobló el paño con el que había secado la vajilla en cuatro mitades antes de responder.

—¿Qué ocurre cuando las cosas no salen como tú quieres, Elliot?

—Me enfado.

—Pues algo parecido nos ocurre a los adultos: nos enfadamos, pero eso no significa que no podamos solucionarlo, solo que a veces tardamos un poco más en encontrar la respuesta adecuada.

Elliot la observó con mayor detenimiento, como si estuviera valorando cada una de las palabras que pronunciaba su madre.

—Es cuestión de tiempo, cariño, no debes preocuparte por nada.

—¿No vas a llorar más?

—No, no lo haré —le confirmó Kate con un nudo en la garganta.

—¿Me lo prometes?

Kate se llevó la mano al corazón.

—Te lo prometo.

—Matt también está preocupado.

Kate se recostó contra la encimera.

—Respecto a ese tema...

—¿Sobre Matt?

—Sí. Sobre tu hermano. Según he podido observar, habláis mucho últimamente.

—También lo hace con Connor.

Kate se mordió el labio inferior. ¿Por qué razón tenía que salir a colación Connor?

—Sí, eso tengo entendido. Dime, ¿sabes por qué Matt no habla conmigo?

Elliot volvió a encogerse de hombros, era un gesto de lo más habitual en él.

—Supongo que yo si fuese él tampoco lo haría.

Kate abrió mucho los ojos.

—¿Por qué dices eso?

—Mamá, sabemos que estás triste por algo que hizo papá —Elliot se calló durante una fracción de segundo, como si estuviese pensando cual debería ser su argumento—. Matt no te quiere preocupar, eso es todo.

Kate abrió la boca y la volvió a cerrar hasta estar segura de lo que iba a decir.

—El hecho de que Matt me hablase me haría muy feliz. ¿Qué os hace pensar lo contrario?

—Mamá, no somos tontos. Cuando papá murió no te escondías para llorar, ahora lo haces. Matt teme que seas tú la que dejes de hablar si él se cura del todo.

Kate entrecerró los ojos e intentó analizar aquella especie de teoría sin sentido.

—¿Matt cree que yo puedo dejar de hablar porque estoy triste?

Elliot asintió enérgicamente con la cabeza.

—Pero, cielo, eso no tiene ningún sentido.

—¿Por qué?

—Cariño, yo no me voy a sumir en el silencio, si es eso lo que os preocupa —afirmó Kate.

—Mamá, ya lo haces. Lo que ocurre es que no te das cuenta de ello.

Elliot se volvió sin esperar réplica.

Kate se quedó helada ante el comentario de Elliot.

¿Qué estaba haciendo para que sus hijos la viesen de esa manera?

La respuesta llegó hasta ella de forma concisa y la desarmó.

\*\*\*

—Kate, te estoy hablando. ¿Quieres hacer el favor de escucharme?

Kate ignoró a Rosemary y siguió con la colada. Su hermana se había presentado en su casa de improviso, algo inusual en ella. Los niños se habían ido con sus bicis a despedirse de los huéspedes que habían ocupado la casa del granero esas últimas semanas, lo que la recordó que tendría que ir pronto a hacer limpieza para los siguientes visitantes, si es que los había.

—Estoy ocupada, Rosemary.

Su hermana resopló con fuerza.

—He venido hasta aquí para que me aclares la relación que mantienes con Connor.

Kate cerró los ojos y se ordenó tranquilizarse.

—Entre Connor y yo no hay nada que a ti te interese.

—No es lo que se dice por ahí. Tus hijos comentan que ese hombre está enamorado de ti. ¿Eso es cierto?

Esta vez fue el turno de Kate en resoplar.

Estaba casi segura de que Matt le había contado a su hermano la conversación que había mantenido con Connor, se imaginó que los niños se lo habrían comentado a alguien más para que aquel rumor llegase a otras personas con no demasiada buena intención. Pero tras lo que había sucedido entre Connor y ella, había decidido no volver a casa de este. Necesitaba espacio y él parecía estar dándoselo. Sus llamadas habían disminuido, pero no desaparecido del todo.

—No tengo que darte explicaciones, Rosemary.

El rostro de su hermana se endureció en un gesto poco convincente.

—¿No lo niegas?

—No hay nada que negar —repuso Kate. Sacó varios pares de calcetines de la lavadora y los introdujo en la secadora. «¿Dónde narices estaban el resto de los calcetines?» se preguntó. A veces tenía la impresión que la lavadora *devoraba* algunas prendas haciéndolas desaparecer para siempre.

—¿Qué pensaría Tom de todo esto?

Kate se giró de forma brusca, lo que hizo que algunas prendas no cayesen al interior de la secadora sino al suelo, pero pareció no importarle.

—En primer lugar, si mi marido estuviese vivo no estaríamos teniendo esta conversación —puntualizó con deliberado énfasis—, en segundo lugar, nadie te ha dado vela en este entierro, y en tercer lugar, tú no eres quién para juzgarme.

Rosemary pestañeó varias veces sin poder creerse el tono que había utilizado su hermana para con ella.

—¡Soy tu hermana!

—Una buena hermana no me estaría preguntando esas tonterías —respondió Kate mientras cerraba de golpe la puerta de la secadora—. Una buena hermana se preocuparía de si yo soy feliz o de si necesito algo.

—¡Solo estoy protegiéndote! —exclamó Rosemary con gesto adusto—. Mamá...

—Mamá está muerta —la interrumpió Kate.

Rosemary boqueó como un pez fuera del agua.

—Creo que deberías marcharte.

—No te reconozco, Kate.

—¿Por qué? —Agitó las manos en el aire con cierto aire de impaciencia—. No me reconoces porque por una vez en mi vida estoy pensando en mí, en vez de en vosotros. ¿Es eso?

—Eso es egoísmo, hermana.

—No, no te equivoques, Rosemary, eso no es egoísmo. A eso se le llama cuidarse. Protegerse de las personas como tú.

Kate pensó que a su hermana la iba a dar un vahído de un momento a otro.

—¿Pero qué pasa con vosotros? Primero es papá, le es infiel a mamá y tiene una hija fuera del matrimonio y luego tú, con tus aires de grandeza y tu falsa seguridad.

Kate se pasó la mano por el pelo. Estaba cansada de tanto enfrentamiento. Tenía la impresión de que la vida le ponía una batalla tras otra y que no cerraba ninguno de los frentes.

—¿Es eso lo que te molesta, Rosemary? ¿Que ya no te necesite?

Su hermana se asió las manos con fuerza mientras daba un paso atrás.

«He dado en el blanco».

—Desde que apareció esa estúpida de Madison ya no eres la misma.

—Cuidado, hermana, te recuerdo que las tres compartimos el mismo padre.

Rosemary arrugó la frente con fuerza.

—¡No la defiendas! —exclamó entre dientes—. Su madre era la ramera que se abría de piernas para nuestro padre.

—Rosemary, por Dios...

—Tú no habías nacido, sin embargo, yo lo viví todo.

Los ojos de Rosemary estaban inyectados de ira y frustración.

—Yo los vi varias veces...

Kate sopesó las palabras de su hermana.

—¿Los viste?

—Fornicaban como animales en celo, no paraban...y ni siquiera se percataban de que yo los observaba.

Kate se apretó el estómago con la mano.

—Pero ellos no te vieron nunca a ti, ¿verdad?

Rosemary parecía estar en trance.

—Pecaban una y otra vez...en el taller.

—Y, ¿qué hiciste, Rosemary?

De pronto, su hermana dirigió la mirada hacia ella, parecía sorprendida de verla allí. Entrecerró los ojos y vomitó su verdad.

—No fue difícil convencer a Fiona de que se largase...

—No eras más que una niña.

—Una niña que veía cómo la furcia de su tía le arrebatava a su padre. ¿Eso hubieras querido, Kate? Si se hubiese largado con esa puta, tú nunca hubieses nacido y tus hijos no estarían aquí. ¿Lo has pensado? —vociferó.

Kate se envolvió con sus brazos. De pronto tenía frío.

—¿Cuándo se lo dijiste a mamá? Porque lo hiciste, ¿verdad?

Rosemary apretó con fuerza la mandíbula.

—Unos meses después, cuando supe que estaba embarazada de ti.

Kate percibió un dolor intenso que la atravesó el corazón.

—Tenías nueve años, Rosemary. ¡¿Cómo podías ser tan cruel ya desde tan pequeña?!

Su hermana soltó una carcajada enfermiza.

—Esa furcia estuvo a punto de arrebatarme a mi padre, y me libré de ella, pero luego llegaste tú y supe que había perdido. En el mismo instante en que te sostuvo en brazos me percaté de ello. Te miró de una forma diferente, casi pasional —siguió diciendo—. Desde ese mismo día te odié con todas mis fuerzas.

Kate sintió un escalofrío que le recorrió toda la columna vertebral.

—Pero llegó tu momento, Kate. Murió Tom y después todo se vino abajo, como si se tratase de una torre de naipes. Por fin la vida te daba aquello que merecías. Tu buena suerte desapareció tras un chasquido de dedos.

—Después de muchos infiernos, no cualquier demonio te quema, hermana.

Rosemary la miró de forma inquisitiva.

—Llevas demasiado en tu propio infierno, no has sido ni serás nunca feliz y eso te hace desear el mal a los que estamos a tu alrededor. Siempre he confiado en ti, he dejado a mis hijos a tu cuidado —Kate sentía que se ahogaba, pero aún así siguió—, te he querido como a pocas personas, sin embargo ya no siento nada por ti, solo lástima porque jamás sabrás lo que es el amor verdadero. Elegiste a Harry, un pobre hombre que te sigue como un perrito faldero, pero no conoces el significado de la pasión, de la amistad o de la familia y lo siento, lo siento de veras porque yo en ese aspecto soy una afortunada.

—Cuidado con tus palabras, Kate —le amenazó enfadada.

—He descubierto que estoy enamorada de Connor —le confesó y se confesó a sí misma con cierta sorpresa—, no recuerdo el instante en el que ocurrió, pero estoy segura de que es así. Y la vida me ofrece otra hermana cariñosa, que se preocupa y vela por mí y mis hijos. ¿Qué más puedo pedir, Rosemary?

—Eres tan puta como ellas —bramó.

—No, hermana, no lo soy, pero tú, al contrario, eres la peor persona que conozco. Aléjate de mí y de mis hijos. No te quiero en mi vida.

Kate pasó al lado de su hermana, necesitaba alejarse de allí lo antes posible, pero no llegó demasiado lejos.

—Algún día vendrás a rastras, Kate.

Kate logró controlar su enojo.

—No lo creo, porque tú serías la última persona a la que acudiría. No te deseó ningún mal porque la vida ya se ocupará de que recibas lo que te mereces. Y ahora vete de mi casa. No eres bienvenida.

—Nuestro padre sabrá de tu conducta, Kate.

Kate se volvió furibunda.

—Como también sabrá que tú echaste a Fiona de su lado y no le permitiste ver crecer a su hija, o que fuiste tú quien le dijo a nuestra madre que le había sido infiel. ¿Crees que le gustaría saber de tus andanzas por el mundo?

—Eres una...

—Cuidado, Rosemary, compartimos genes.

Rosemary se encontraba fuera de sí, no obstante, había perdido la batalla y sabía que era el momento de retirarse.

Cuando Kate la vio desaparecer sus piernas comenzaron a temblar, al igual que todo su cuerpo. Su hermana había tejido rencor e ira en su familia, no se lo perdonaría nunca. Nadie había podido ser feliz, ni ella misma.

La secadora se puso en marcha y se sobresaltó.

Había llegado el momento de pasar página.

## CAPÍTULO 14

—He ido al banco.

—¿Cómo dices?

Connor y Sloan se encontraban, como ya era una costumbre, solos en el bar, una vez que estaba cerrado al público.

—He ido a hablar con el director del banco —repitió Connor.

—Y, ¿te ha dado la información que necesitabas?

—Algo así.

—¿Qué quieres decir?

—No me ha dado detalles, pero me ha puesto al corriente de la situación de Kate.

—¿Y?

Esta vez no había cerveza por el medio sino whisky escocés. Connorladeó el vaso, de boca ancha y con varias piedras de hielo en su interior, el contenido lamió las paredes de cristal a una velocidad vertiginosa.

—El tema no pinta bien.

Connor se llevó el vaso a los labios. Él sabía que a Sloan no le pillaba de sorpresa nada de esto, ya habían hablado con anterioridad de la visita de Kate a Madison.

—¿Quieres decir que no hay nada que hacer?

—Nada —respondió Connor dejando de nuevo el vaso sobre la barra—. He hablado también con un abogado y me ha aconsejado que el banco se quede con la casa, el crédito es enorme.

—¿Crees que Tom se imaginó alguna vez que ocurriría esto?

La pregunta no pilló por sorpresa a Connor. Era algo que había meditado con anterioridad.

—Tom no era mal hombre, pero no sabía cuando debía parar —dijo Connor con cierta irritación—. Solo pensaba en él y en sus sueños imposibles.

Sloan no dijo nada al respecto, Connor tenía razón al respecto, él lo había hablado varias veces con Madison y había llegado a la misma conclusión.

—No podemos dejar a Kate en la estacada.

—Lo sé —comentó Connor a la vez que se frotaba la nuca—. Llevo fuera demasiado tiempo, en otros mundos, y tengo la impresión de que aquí, aún teniéndolo todo, tenemos más problemas que en los países subdesarrollados.

Sloan dejó lo que tenía entre manos y se sirvió otro whisky, más de dos dedos para ser exactos.

—¿Qué podemos hacer?

Connor miró la pared de tal forma que Sloan pensó que allí mismo había encontrado la solución al problema.

—Madison está muy preocupada y lo último que quiero es que mi mujer, en su estado, no sea feliz.

Connor volvió a la realidad. Giró la cabeza y observó a su amigo.

—Estás más preocupado ahora que cuando nació Scott.

—La paternidad se ve diferente casi dieciocho años después, tengo la impresión que los miedos se agrandan con el paso del tiempo.

Connor sonrió ante el comentario.

—Estás muy pillado, amigo.

Sloan soltó una carcajada.

—Eso me lo dice alguien que ha ido a entrevistarse con el director de un banco donde no tiene cuenta alguna.

Connor se hundió de hombros.

—Esto es una mierda, Sloan, no tengo ni idea de cómo continuar. Tengo la impresión que hacer el amor con Kate fue un gran error. ¿Qué he conseguido? —se preguntó más para sí mismo que para su amigo—. Alejarla de mí. Soy un estúpido.

Cogió el vaso entre los dedos y lo agarró con fuerza, lo giró varias veces hasta que el hielo chocó con brusquedad contra las paredes de cristal. El ruido producido no fue suficiente para

romper el hilo de sus pensamientos.

—Flagelarte no te va a servir de nada, te lo digo por experiencia.

Connor siguió observando cómo el líquido ambarino acariciaba el hielo en sus idas y venidas.

—Mi paciencia se agota.

Sloan palmeó el hombro de su amigo.

—Encontraremos una solución, ya lo verás.

Connor, cabizbajo, soltó un juramento.

—Ian está destrozado. Vino a verme a la consulta.

—¿Está enfermo? —preguntó Sloan con cierta cautela.

—Se podía decir que está enfermado de preocupación.

Cuando las cosas parecían volver a su cauce, la vida se gira y te estrangula de nuevo.

—Connor, te conozco demasiado bien —Sloan dejó su vaso en la barra tras haber dado un largo trago a su whisky—. Siempre tienes un plan en mente.

Y era cierto, pensó Connor. Cuando eran más jóvenes, él era el más tímido de los tres, pero eso no hacía que su inteligencia mermara sino todo lo contrario, su mente bullía buscando diferentes salidas. Siempre había sido así y ahora no era distinto.

—Tengo un plan.

—¿Lo sabía! —exclamó un Sloan entusiasmado.

—Se lo he comentado a Ian y está de acuerdo.

—Bien. ¿De qué se trata?

—Necesito vuestra ayuda.

—Dalo por hecho. ¿Qué más necesitas?

—A Matt y a Elliot.

—¿A los niños? ¿Qué tramas?

Connor se inclinó en dirección a su amigo y le miró a los ojos.

—Escucha con atención.

—Soy todo oídos, Connor. Desembucha.

## CAPÍTULO 15

Kate respiró con fuerza la brisa que provenía del mar. Sus hijos corrían a su alrededor ajenos a todo y eso de alguna manera la reconfortaba. Elliot, como ya era habitual en él, estiró los brazos en cruz e imitó a un avión, sus labios emularon el rugido del motor durante unos segundos y luego giró sobre sí mismo una y otra vez con una enorme sonrisa en los labios. Sin duda algún día sería piloto y ella intentaría no destruir ese sueño. Le apoyaría, pero no tenía muy claro cómo podría ayudarlo económicamente cuando llegase el momento. Mejor no pensarlo.

Matt corría junto a su hermano, reía con fuerza y para Kate ese sonido fue la mejor terapia que pudiera desear. Una semana después de la conversación mantenida con Elliot en la cocina, Matt se decidió por fin a hablar con ella y desde entonces no había cerrado la boca. Kate aún recordaba ese día como uno de los mejores de su vida.

Saltaba a la vista que su hijo menor mejoraba y cada minuto que pasaba su evolución era más evidente, hablaba más y más. Kate nunca le interrumpía, le encantaba escuchar el tono de su voz. Las risas y las bromas entre hermanos habían vuelto a su hogar, algo que ella disfrutaba al máximo.

Era consciente de que Madison y Connor habían sido dos personas muy importantes e influyentes para que Matt saliese de su ostracismo, de su mundo silencioso. Les debía tanto que no sabía cómo podría saldar esa deuda.

Siguió su paseo por las calles del pueblo que la vio nacer. Amaba cada una de sus piedras, sus árboles y praderas que se extendían por lo largo y ancho de aquella tierra que a tantas luchas había sobrevivido. Ahora esas batallas solo eran protagonistas de viejas canciones o libros de historia. Uig le había

dado todo, aunque también le había arrebatado demasiadas cosas, pero la vida continuaba y si algo había aprendido estos últimos meses era a no detenerse, avanzar hasta alcanzar lo que uno soñaba.

La relación con Madison era estupenda. No podía decirse lo mismo de Rosemary, pero al final se alegraba de que las cosas estuvieran en el lugar que ella había decidido que estuvieran. Su padre estaba más tranquilo, o al menos lo parecía. Algún día sabría de su desencuentro con su hermana mayor, pero ahora no era el momento.

Madison y su padre se habían reunido en un par de ocasiones y según había podido comprobar por ella misma, las cosas entre ellos marchaban, que no era poco. Sloan era una pieza clave para que la relación entre padre e hija se consolidara. Ella se alegraba, porque si algo había aprendido es que al destino no se le debía desafiar.

Su mirada se dirigió al mar, no había olas y eso de alguna manera la tranquilizó. Los niños habían insistido en dar un paseo hasta la torre circular y ella no había podido negarse. Debía reconocer que el aire puro depuraba los pensamientos.

Era cuestión de tiempo que perdiese la casa. La idea de abandonar el pueblo iba cogiendo fuerza, aunque ella no quisiera reconocerlo. Esa idea la mataba a la hora de acostarse, pero la resucitaba al amanecer. Los niños se adaptarían a una nueva vida, estaba casi segura y ella...bueno, ella no vería más a Connor, pero en el fondo era consciente de que ese era el precio que tenía que pagar.

No había vuelto a tener noticias de él, aunque sabía con certeza que seguía ejerciendo en el pueblo. Por un lado eso la alegraba, pero por otro le hacía daño, demasiado.

En una ocasión, él le había comentado que no podría verla con otro hombre, pues al parecer la situación ahora era a la inversa, sería ella quien no podría ver a Connor con otra mujer; así que lo mejor era huir lejos, muy lejos donde los rumores no podrían llegar.

El tiempo curaba las heridas, ella sabía mucho de ese tema. Se pasó la mano por el pelo y aspiró profundamente el aire

cargado de salitre. Iba a echar de menos su pueblo, a sus gentes y a las personas que iba a dejar allí.

—Mamá, mira, ya casi hemos llegado a la torre.

Kate sonrió a Matt.

No deseaba por nada del mundo decepcionar a sus hijos, sin embargo, hiciese lo que hiciese, tenía la impresión de que era algo inevitable. Esa sensación le dolió más que ninguna otra vivida hasta ahora.

—¡Te esperamos allí! —vociferó Elliot ya a una distancia considerable.

Kate levantó la mano en el aire y les dio su conformidad.

—Te echo una carrera —escuchó decir a Matt desde la distancia, su voz era clara y fuerte y eso hizo que las lágrimas se volvieresen a agolpar en los ojos de Kate.

Sus hijos desaparecieron de su vista, no le importó porque en el fondo sabía que estarían bien.

De pronto, algo captó su atención. Todo se tornó silencioso. Miró hacia un lado y luego al otro, pero no encontró a nadie. Sus ojos se estrecharon y sus labios se apretaron en una línea muy fina.

¿Por qué tenía la impresión de que algo no iba bien?

—¡Matt, Elliot! —gritó.

Pero no obtuvo respuesta alguna. Al principio intentó llamar a la calma, pero un segundo después el corazón le latió a mil por hora. El pánico la traspasó como una espada de corte muy afilado.

—¡Elliot, Matt, ¿dónde estáis?!

No hubo respuesta alguna.

A pesar de que sus piernas temblaron echó a correr en dirección al lugar donde había visto a sus hijos por última vez.

—¡Elliot! —exclamó con el miedo aferrado a sus entrañas.

De pronto su hijo mayor apareció por la parte posterior de la torre.

—¿Qué ocurre, mamá?

Kate sintió que el corazón se le iba a salir por la garganta.

—Gracias a Dios, ¿dónde está Matt?

—Estoy aquí, mamá.

El alivio que sintió Kate fue inmenso.

A Matt solo podía verle la cabeza, su cuerpo se ocultaba tras la torre. El corazón retumbó contra su pecho y volvió a latir con cierta normalidad.

—No os alejéis demasiado, ¿de acuerdo?

Matt rió y ella no supo descifrar esa sonrisa hasta que vio a Connor al lado de su hijo pequeño. Sus ojos se encontraron un momento que a ella le pareció efímero.

Connor vestía esa tarde pantalones vaqueros y una camisa blanca remangada a la altura de los antebrazos. Una sonrisa tímida anidaba en sus labios, las manos las tenía embutidas en los bolsillos delanteros y las piernas ligeramente abiertas en una V invertida.

Se acercó a él indecisa, sin saber muy bien lo que esperar de ese encuentro. Los niños habían vuelto a desaparecer, pero en esa ocasión no hubo ninguna alarma que sonase en su cerebro. A unos pasos de distancia de él, se detuvo y permaneció inmóvil, observándolo.

—Connor —saludó. No tenía ni idea de cómo iniciar una conversación, así que optó por guardar silencio.

—Hola, Kate.

Escuchar su nombre en los labios de él le produjo un escalofrío que se centró en la parte baja de su vientre. Guardaba en la memoria cada segundo de su encuentro en la consulta. Aquella tarde él la había hecho sentir como una mujer deseable y desinhibida, algo que nunca podría dejar en el olvido. Aquella tarde la atesoraría en su corazón, de eso no había duda alguna.

Ella se retiró un mechón de pelo que el viento le había revuelto, estaba demasiado nerviosa.

Connor la observó con detenimiento y aquel gesto inocente le hizo desearla aún más. Le hubiese gustado ser él quién hubiese retirado ese mechón del rostro de Kate, pero tenía los puños apretados en el interior de los bolsillos. Se jugaba mucho, se jugaba su futuro con aquel encuentro. El hecho de haber mantenido cierta distancia con ella no había sido casual. Le había dado espacio y tiempo, algo, que según él, Kate parecía

necesitar.

En ese intervalo, él había aprovechado para mantener una conversación con Elliot y Matt. Nunca, por muchos años que pasasen, olvidaría aquella charla:

—¿Te quieres casar con mi madre?

La pregunta había sido formulada por Elliot, con cierta sorpresa y al mismo tiempo una pequeña dosis de recelo.

—Así es.

—A mí me encanta la idea. Pensé que a ti también te gustaba.

Matt había sonreído y en su mirada se podía descifrar un brillo burlón. Connor no había podido evitar pasar la mano y despeinar al hijo menor de Kate.

—¿Qué te parece, Elliot?

Connor intentó mantener los nervios a raya, ante sí tenía dos niños, uno encantado con la idea y otro sorprendido, sin embargo, la reacción de Elliot era la que más le había preocupado la última semana. Los tres estaban sentados muy cerca del mar, en la arena de la playa. Connor hacía de frontera entre los dos hermanos.

El hijo mayor de Kate se levantó y anduvo unos pasos, encontró un palo, lo cogió y comenzó a hacer dibujos abstractos sobre la arena. A Connor aquella espera lo desconcertaba, pero no se dejó llevar por el pánico.

—¿Por qué?

—¿Por qué qué?—inquirió Connor.

—¿Por qué te quieres casar con ella?

Connor se infundió de valor antes de tomar la palabra. Deseó mil veces responder a la pregunta de un juez antes que a la de Elliot.

—Elliot, estoy enamorado de tu madre, no desde hace unas semanas sino desde hace muchísimo tiempo.

Elliot se limitó a mirarlo.

—Tu padre la quería y mucho, por esa razón me fui lejos, necesitaba olvidarla y encontrar otra vida, así podría ser algún día feliz.

Connor se había propuesto ser sincero. Aquellos dos niños

eran muy importantes para él, se podía decir que en ese momento lo más importante. Era consciente de que Matt lo idolatraba, pero Elliot era otra cuestión. Saltaba a la vista que el niño lo apreciaba, pero era más mayor y no sabía si sería suficiente.

—Pero no lo hiciste.

—¿Olvidarla?

El niño asintió.

—No, no lo hice.

El niño asintió de nuevo, como si la respuesta de Connor tuviera sentido.

—Y, ¿ahora la quieres tanto como antes?

Durante una fracción de segundo, Connor siguió los movimientos del palo sobre la arena.

—No.

Elliot dejó de dibujar y levantó la cabeza de forma precipitada, sus ojos estaban muy abiertos y había cierta cautela en su mirada.

—La quiero más, como si eso fuese posible.

El niño aceptó la respuesta, pero no lo dio a entender.

—¿Por qué quieres saber nuestra opinión?

Esta vez respondió Matt.

—Porque somos importantes, ¿verdad Connor?

—Los más importantes —confirmó Connor sin poder evitar esbozar una sonrisa.

Matt tomó aire y su pecho aumentó de tamaño considerablemente. Connor supo que más que aire en aquel pequeño cuerpo había cabida para el orgullo.

—Yo quiero que Connor y mamá se casen.

Elliot observó a su hermano con atención y luego su mirada recayó en Connor.

—¿Si tenéis más hijos, los querrás más a ellos que a nosotros?

—No sé si habrá más hijos, Elliot, pero ten seguro una cosa: nadie me podrá arrebatar el cariño que siento por vosotros.

—Di que sí, Elliot.

La insistencia de Matt arrancó una sonrisa a Connor.

—Es el mejor médico del mundo mundial y nos quiere.

Connor no pudo evitar abrazar al pequeño. El tinte de su voz era de pura admiración.

\*\*\*

Kate bajó la mirada, incapaz de mirar a los ojos a Connor.

—Una vez me fui sin decirte lo que sentía por ti, Kate, y esta vez no voy a cometer el mismo error.

—¿Te vas? —preguntó ella con cierto atisbo de alarma en su voz.

—Eso dependerá de ti.

—¿De mí?

Connor observó como los ojos verdes de Kate, grandes de por sí, se hicieron aún más grandes.

Sacó una de las manos del bolsillo y se la llevó a la cabeza, con ella se acarició nerviosamente el pelo.

—Kate, no soy un hombre muy paciente —Aquella afirmación sorprendió a Kate. Si había alguien paciente en el mundo, ese era Connor—. Nunca lo he sido y supongo que lo mío me costará si logró permanecer aquí y no consigo convencerte de que estoy enamorado de ti —Realizó una impulsiva búsqueda en su mente, en pos del discurso que había estado ensayando ante el espejo del cuarto de baño esa misma mañana mientras se afeitaba—. Eres tú, siempre lo has sido y a estas alturas de la vida, soy consciente de que no habrá otra mujer que conquiste mi corazón como has sabido hacerlo tú. Llámalo destino, flechazo o como quieras, pero esta necesidad de estar contigo el resto de mis días no es algo efímero —Sintió la necesidad de cambiar el peso de un pie a otro —. Lo único que me importa en este momento es saber, qué piensas tú al respecto —Connor le dedicó una mirada inquisitiva. Kate estaba muy callada y se temía lo peor. Decidió jugar su última baza—. Me gustaría pensar que siempre te haré feliz, que no voy a decir nada equivocado, algo que te moleste, sin embargo, no podré hacerlo porque ante todo soy un hombre que comente muchos errores. El primero de todos ellos fue no luchar por ti cuando Tom se fijó en la hija menor de Ian Campbell.

—Connor...

Él levantó la mano y con ese gesto le suplicó que le dejara continuar.

—No debería haberte besado ni luego haberte hecho el amor, como si realmente el mundo se fuera a terminar mañana. Debería haber sido más paciente, tendría que haber sido sincero contigo desde el primer momento, pero aún no siendo mía, temí perderte de nuevo.

—Connor, siempre estaré contigo de una manera u otra.

—Lo quiero todo, Kate.

—¿Todo? No te entiendo.

—Lo que más deseo en el mundo es casarme contigo, ser parte de la familia que tienes y no dejar de amarte nunca por muchos problemas que vengan a nuestro encuentro.

Ella abrió la boca sin poder creerse lo que Connor estaba diciendo. Suspiró y su aliento se perdió junto a la brisa del mar.

Él se acercó lo suficiente a ella para ahuecar las manos sobre sus mejillas.

—Te quiero.

Ella dejó que las palabras flotaran un momento en el aire.

—Elliot y Matt...

—Ya he hablado con ellos y están de acuerdo.

—¿Has hablado con ellos? ¿Cuándo?

—Hace un par de días.

—Connor...yo...

—Soy consciente de que todos nosotros excepto tú hemos tenido tiempo para adaptarnos a esta nueva idea —Se acercó un paso más hasta que sus labios estuvieron a punto de tocarse.

—Di que sí, Kate.

Ella quería gritar sí a los cuatro vientos, sin embargo, no era ajena a todos sus problemas.

—Connor,...el banco, la deuda...yo no puedo hacerte cargar con esa responsabilidad.

Kate tuvo la impresión de que Connor la sonreía, no obstante, se quedó en eso, en una impresión porque un segundo después la estaba besando. Ella se perdió en aquellos cálidos labios y abrió su boca lentamente para recibirlo.

Cuando Connor dejó de besarla, ella se tambaleó y se sintió perdida.

—Cásate conmigo, Kate. Forma parte de mi vida.

Ella tomó una distancia prudencial, necesitaba pensar. Se llevó las manos al rostro y se cubrió los ojos.

—¿Es que no has oído ni una sola palabra de lo que te he dicho? —preguntó intentando vencer ese creciente deseo de decir que sí.

Connor asió las manos de ella, descubrió su rostro y, a continuación, trenzó sus dedos con los suyos.

—Juntos lo lograremos. Puede que haya altibajos, momentos en los que los problemas nos obliguen a tomar decisiones que no queremos, pero lo haremos juntos. Los cuatro —remarcó—, como una familia.

Ella deshizo su unión para rodearle los hombros con los brazos, hundió el rostro en su cuello.

—Te quiero, Connor Carson. ¡Que Dios me perdone por haberte amado toda una vida sin saberlo!

—¿Eso es un sí? —preguntó él cerrando el cuerpo de ella en el círculo de sus brazos.

—Es un sí.

—Gracias a Dios —exclamó eufórico— porque tengo una sorpresa para ti.

Ella se apartó lo suficiente para mirarlo a los ojos.

—¿Una sorpresa?

—Ajá.

Connor asió la mano de Kate y tiró suavemente de ella, al otro lado de la torre se concentraban buena parte de los vecinos del pueblo; es más, Kate creyó descubrir algún turista entre los presentes. Su mirada se perdió en la distancia, abrió la boca y la volvió a cerrar de golpe sin saber muy bien qué decir.

—¿Qué significa esto, Connor?

Él soltó una carcajada estridente, después se acercó a ella y la besó como si no existiese nadie más, como si todos los presentes hubiesen desaparecido de repente.

—Nuestra boda —dijo una vez saciado por el beso.

Kate lo miró horrorizada.

—¿Nuestra...qué? —inquirió observando los rostros sonrientes de los invitados—. ¿Cómo qué es nuestra boda?

—Ya te dije que no soy un hombre paciente. Dicho y hecho.

—Es demasiado precipitado.

—No, no lo es —le contradijo Connor.

Ella lo miró horrorizada, como si todo el mundo hubiese perdido el juicio.

—Te perdí una vez, Kate. No estoy dispuesto a perderte de nuevo.

Ella boqueó indecisa y comentó lo primero que se le pasó por la mente:

—Connor, no me puedo casar con este vestido —dijo mientras el corazón le galopaba entre las costillas.

—Yo creo que estás preciosa...

—Connor, esto es...

—¿Un sueño?

Ella no pudo evitar sonreír.

—Mejor que un sueño.

Las notas de una gaita flotaron entre los presentes que ya aplaudían y vitoreaban a la pareja.

Elliot y Matt se acercaron a ellos con paso decidido, su hijo pequeño portaba un precioso ramo de rosas blancas y el mayor dos alianzas de oro.

—Mamá, has tardado un siglo en decidirte —protestó Matt.

Connor y Kate no pudieron más que reír ante el comentario.

Kate se fijó en Elliot, su hijo la sonrió y asintió con un leve gesto. eso era todo lo que necesita Kate para completar su felicidad.

—¡Dios mío, Connor! ¿Y si me hubiese negado?

—Nos hubieses chafado la fiesta, mamá.

Kate, emocionada, se acuclilló, atrajo a sus hijos hasta ella y los abrazó con fuerza.

—Os quiero.

—Nosotros también a ti, mamá.

Kate se conmovió ante la declaración de Elliot.

—Mamá, si no te casas ya, no podré comer tarta.

—¿Quién ha dicho tal cosa? —preguntó Kate con fingido malestar.

—El abuelo —respondieron los dos niños al unísono.

Los ojos de Kate se perdieron entre los invitados, algunos de ellos habían comenzado su propia fiesta, las risas y aplausos así lo indicaban. Su padre, con los ojos brillantes, la esperaba a varios pasos de ella. Graham sonreía de oreja a oreja y le señaló al menos veinte barriles de cerveza que había a su lado. Sloan se llevó los dedos a los labios y silbó con fuerza, Madison, Scott y Alison rieron ante el gesto.

Kate nunca se imaginó ser tan feliz y comprendió que no tenía porqué afrontar sola las adversidades. Tenía amigos, vecinos, una familia maravillosa... «Y un amor», se atrevió a pensar al fin, mirando en dirección a Connor. Ellos hacían que el camino fuera más fácil. Y hasta el camino más largo comenzaba siempre con un paso corto.

El reverendo Mills hizo un gesto a la pareja, indicándoles que se acercasen al pequeño altar improvisado, un arco vestido de flores.

Alguien dijo una vez: «Cualquier camino que elijas será el correcto, siempre y cuando sea tu decisión. Confía en ti».

Eso iba a hacer, confiar en ella misma y en ese amor que por algún capricho del destino se perdió en el tiempo.

—Te quiero y te querré siempre, Connor Carson —dijo antes de que él la besara de nuevo.

**FIN**

## Agradecimientos:

Ante todo te quiero agradecer a ti, que estás leyendo esta página, que me hayas acompañado hasta Escocia, un lugar de ensueño.

Aunque no te lo creas es para mí más complicado escribir esta parte de agradecimientos que un capítulo de la novela. Mi miedo a olvidarme de alguien es enorme, por lo tanto si no veis vuestro nombre, por favor, disculpadme.

Son muchos los que me acompañáis cada vez que escribo una novela y por eso os quiero dedicar unas líneas

A mi hija Carla y a mi marido, Miguel, por robaros tanto tiempo y ser tan comprensivos. Os quiero.

A mis divinas, Aurora, Esperanza, Shaira y Toñi. Sin sus risas y sus experiencias mi vida no sería igual.

A ti, Consuelo Fernández, gracias por quererme tanto.

A Inés Morán Bueno, mi librería favorita, gracias por vender mis sueños en tu preciosa librería.

A María Teresa Hernández, por tantos cafés, risas y letras.

A Elena Soberón, como ya te dije en una ocasión, espero escribir muchos capítulos quince que te gusten.

A Ana Silva Silva, gracias por tus preciosos fanarts y por tu cariño incondicional.

A Mary Ann Gaby, gracias por ser esa brisa de aire fresco en mi vida.

A Lorraine Cocó por estar siempre ahí y responder todas mis dudas.

A Mar Fernández por maquetar mis novelas y por tantos consejos buenos.

A Marta Diego, Maiki y Patricia García, sabed que disfruto muchísimo y me encantan las reuniones con pizza, tarta de chocolate y tanto cariño.

Gracias a mis lectoras, sois vosotras las que hacéis posible que mis sueños crezcan cada día un poco más.

A todas... eternamente agradecida.

## Yolanda Revuelta



Nació un 17 de enero de 1973 en Torrelavega, provincia de Cantabria.

Cuando la lectura infantil pasó a formar parte de su baúl de recuerdos de pequeña, otro tipo de obras llegaron a sus manos, más acordes con la adolescencia por la que estaba pasando. Así conoció a los protagonistas de *Tempestad Salvaje*, de la autora Johanna Lindsay, donde se perdió entre los rincones del Oeste. Desde ese momento se convirtió en una voraz lectora del tan maravilloso género de la romántica, viajando y compartiendo adorables momentos, sintiendo mayor afinidad por las historias ambientadas donde los ranchos y el sol llenan el campo con sus características.

Y así continuó escribiendo también en la adolescencia, plasmando sus ideas en sus ratos libres, volcando sus pequeñas historias de amor producto, a veces, de sus propias experiencias y sus hormonas revolucionadas por la etapa por la que estaba pasando. Y ya nunca dejó de hacerlo.

Cree fervientemente en el proverbio Un amigo es un tesoro, por lo que disfruta de hablar, reír y divertirse enormemente con los suyos.

Hoy vive su propia historia de amor junto a su esposo, con quien ha tenido a su mayor inspiración, su hija Carla.

La mente de esta autora seguirá deleitándonos con bellas historias, pues en ella el bullicio que los cientos de personajes crean con sus diálogos nunca dejará de sonar.

Su lema Los sueños se cumplen si no los abandonas es el que la acompaña incansablemente, y es el que le da fuerzas en este camino del mundo de las letras.

## Otros títulos de la autora:

Noches en la niebla.

Preludios del pasado.

Donde me lleven tus sueños.

Y de repente, un extraño.

Trilogía Clan MacKinlay:

- Caricias del destino
- Caricias del poder
- Caricias del ayer

El país de los vientos fríos

Bilogía Isla Skye:

- La sombra de una mentira
- La promesa de no olvidarte

Me puedes encontrar en;  
Instagram, Twitter, google, Facebook

Y en mi página Web;

**[www.yolandarevuelta.es](http://www.yolandarevuelta.es)**